

# PLANAS DE POESIA

[1949 - 1951]

V O L U M E N I



EDICIÓN FACSIMIL

*VICECONSEJERO DE CULTURA Y DEPORTES: MIGUEL CABRERA CABRERA / DIRECTORA GENERAL DE CULTURA: HILDA MAURICIO / DIRECTOR DE PUBLICACIONES: CARLOS GAVIÑO DE FRANCHY*

*Director de la colección:*  
ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA



VICECONSEJERÍA DE CULTURA Y DEPORTES  
GOBIERNO DE CANARIAS

FOTOCOMPOSICIÓN: TALLER RELAX. URB. GUAJARA, 83.  
38205 LA LAGUNA. IMPRESIÓN: NUEVA GRÁFICA, S.A.L., EDUARDO DE ROO, 29, TEL.: 65 46 56.  
LA CUESTA DE ARGUIJÓN, LA LAGUNA.

Dep. Legal: TF 1.985 / 94

ISBN: 84-7947-161-1

# PLAÑAS DE POESIA

[1949 - 1951]

V O L U M E N I



*Introducción de*  
JESÚS PÁEZ

COLECCIÓN «FACSIMILES DE CANARIAS»

# INTRODUCCIÓN

## LAS REVISTAS LITERARIAS

Durante la posguerra española siguieron proliferando las publicaciones periódicas dedicadas a la poesía que tuvieron sus más inmediatos precedentes en aquellas de entre los autores de la llamada Generación del 27: desde las célebres *Carmen* y *Lola*, dirigidas por Gerardo Diego, hasta *Litoral* de Manuel Altolaguirre, pasando por la famosa *Caballo verde para la poesía* que dirigió Pablo Neruda. Como bien expresa Fanny Rubio, «la floración de las revistas literarias y poéticas de posguerra no constituye un fenómeno nuevo. Es la prolongación de un hecho, conocido a partir del florecimiento de los años veinte, que le sirve de referencia próxima»<sup>1</sup>.

Las causas por las que surge una revista literaria son muchas: desde la iniciativa oficial como una labor cultural presupuestada por las Administraciones, al mero capricho de un aficionado o la decidida vocación literaria de un determinado grupo de amigos. Por otra parte, la revista poética ha sido en más de una ocasión, y es todavía, el único cauce de que han dispuesto y tienen muchos poetas para dar a conocer sus primerizas o sus primeras composiciones, dada la enorme dificultad de publicación de cualquier libro —en particular, los de jóvenes poetas— en nuestro país. Tal fue el caso de *Planas de poesía*, fundada por los hermanos Millares Sall.

Sin embargo, hemos de hacer un poco de historia con respecto a la relación de los Millares y esa actividad tan digna de mérito cual es la de impulsar y mantener una revista literaria. A más de la afición de Agustín Millares Sall, heredada, sin duda, de sus antepasados y sus ascendientes, de coleccionar, bibliografiar, relacionar y hacer protocolos que van desde unas fichas de autores canarios hasta la relación de los periódicos publicados en las Islas, o la recolección del léxico de Gran Canaria, los hermanos Millares Sall, en la mayoría de los casos presididos por su padre, desde el año de 1939 se aplicaban a la tarea de confeccionar revistas familiares manuscritas en las que la poesía, la creación literaria en general y el dibujo se alternaban con miscelánea, cronologías, fragmentos antológicos, etc. Así, del mismísimo año

1. *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, Turner, Madrid, 1976, pág. 9.

en que acaba la contienda civil datan «Racha» y «Viento y marca», dos manufacturas debidas a los cuatro hermanos Millares Sall de edad más próxima: Agustín, Juan Luis, José María y Manolo. Este último actuaba siempre como dibujante, fiel a su vocación por este arte que le llevaría a ser uno de los pintores canarios más universales.

Se trataba, pues, de revistas domésticas que hoy tienen el valor de mostrar la curiosidad y el esmero con que unos adolescentes eran capaces de elaborar una publicación manuscrita de carácter revisteril en las que se plasmaban sus intereses y aficiones literarias. Con el transcurso del tiempo, esta actividad dejó huella en su formación y, ya en la juventud y madurez, de la iniciativa de los hermanos Millares Sall surgirían para la historia de la cultura y literatura canaria dos impagables revistas, *Planas de poesía* y *Millares*, la primera de las cuales se publica ahora en edición facsimilar.

Pero para elucidar el origen de *Planas de poesía* hemos de remontarnos a los oscuros años de la inmediata posguerra en los que el quehacer intelectual no fue precisamente una actividad protegida, sino una fatigosa lucha contra censuras, intolerancias y falta total de apoyo para cualquier empresa cultural que no llevase el amparo del yugo y las flechas o el marchamo de la ideología dominante y dominadora.

## EL CLIMA INTELECTUAL-LÍRICO DE LA POSGUERRA CANARIA

En el ambiente insular, aislado y cerrado, surge en los años 40, empero, una inquietud intelectual por parte de los jóvenes, digna de análisis y de encomio. Nos referimos al grupo de escritores, poetas en su mayoría, que al comenzar la década del 40 contaban veinte y pocos más años y que con el transcurrir de los tiempos se constituirían en una de las generaciones más preclaras y prolíficas de la literatura insular. Nombres como los de los hermanos Millares Sall, Ventura Doreste, Juan Mederos, Pedro Lezcano, Ángel Johan, Sebastián Manuel de la Nuez, etc., son ya hoy los componentes de la generación primera de posguerra, la de la *Antología cercada* (1947), publicación emblemática de un tipo de poesía y de una época gloriosa y precursora de la lírica canaria y española contemporánea.

La inquietud de estos jóvenes tiene una primera orientación humana y una canalización muy claras: la figura de Juan Manuel Trujillo, quien en tiempos precedentes había realizado en Tenerife *La Rosa de los Vientos*, una de las publicaciones más avanzadas de la vanguardia lírica junto al prestigioso surrealista Agustín Espinosa y el admirado primer historiador de la poesía canaria, Ángel Valbuena Prat. En opinión de Sebastián de la Nuez, quien realiza el estudio preliminar y el índice de la edición facsimilar de esta publicación llevada a cabo por el Plan Cultural de la Excm. Mancomunidad de Cabildos de Gran Canaria (1977), «su perenne lección queda en pie; su afán de perfección y su ensueño de pura belleza. Esas “rosas” representan,

además, históricamente, la superación de todo epigonismo modernista, del pesimismo grandilocuente de políticos, oradores y poetas»<sup>2</sup>.

Juan Manuel Trujillo, casado con la musicóloga Lola de la Torre, librero y editor por aquellos años iniciales de la década del 40, gustaba de reunir en su librería a los intelectuales y creadores de Las Palmas y es presumible pensar que, a partir de este contacto asiduo, acariciase la idea que terminó en la realidad de la publicación, en formato deliciosamente pulcro, de la también emblemática «Colección para treinta bibliófilos» (1943-1945), una de las publicaciones en que arrancan el nuevo tono lírico y las nuevas voces de la poesía insular en perfecto maridaje con los tonos y las voces de generaciones inmediatamente anteriores.

Esta colección es hoy ya un hecho histórico incontrovertible, en tanto que fue la piedra de toque inicial no sólo de publicaciones posteriores de gran significación para la historia de la poesía contemporánea, sino que puede considerarse también el primer canal en que se reconocen ya los nombres de los primeros poetas de posguerra tales como Agustín Millares Sall, Ventura Doreste y Pedro Lezcano. Figuran también títulos de Ángel Johan y del malogrado Sixto Millares Sall. Significativamente, el único nombre que no aparece es el de José María Millares Sall, quien, sin embargo, figurará, junto a los cuatro primeros citados, en la controvertida y crucial *Antología cercada* (1947). Alcanzaron a editarse veinte números, que fueron los siguientes: *La muerte imaginada*, de Pedro Perdomo Acedo; *Ifigenia*, de Ventura Doreste; *Romance de la niña sosa*, de Vicente Mújica; *La esperanza que presiento*, de Matías González; *Redondel sin salida*, de Ángel Johan; *Entre mar y cielo*, de Juan Millares Carlo; *Sueño a la deriva*, de Agustín Millares Sall; *Cinco poemas*, de Pedro Lezcano; *El árbol plantado*, de Ricardo Lezcano; *Un cartujo en Aula Dei*, de Vicente Jiménez Hernán; *Alba esencial*, de Ángel Johan; *Horas grises*, de Juan Millares Carlo; *Noche eterna*, de Sixto Millares Sall; *En el deshielo de la noche*, de Agustín Millares Sall; *Muerte siempre*, de Ángel Johan; *Epitalamio sin fin*, de Pedro Perdomo Acedo; *Estancia canaria*, de Julio Morales Lara; *Lo ideal de lo real*, de José Cabrera Melián; *Dido y Eneas*, de Ventura Doreste, y *Con la voz del silencio*, de María Rosa Alonso.

## LAS TERTULIAS Y LOS GRUPOS

Hacia 1945 —año en que se interrumpe la «Colección para treinta bibliófilos»—, se configura en Las Palmas de Gran Canaria otro de los elementos que forman parte de la intrahistoria de mucha literatura: las tertulias, las reuniones asiduas de los inquietos en algún centro en que se comparten opiniones, ideas, ilusiones, polémicas y controversia, así como iniciativas que cuajan o no en publicaciones. Una de las primeras tertulias de posguerra es la que se constituyó en el «Café Suizo», más conocido popularmente como

2. Ed. cit., pág. 9.

«El Polo». José María Millares —asiduo contertulio— nos escribe el siguiente testimonio:

Allí charlábamos y bebíamos un café negro que excitaba nuestros exaltados ánimos. Hablábamos de literatura, preferentemente de poesía, y también, a media voz, de política. Los jóvenes más asiduos entonces, además de los poetas que figurábamos en *Antología cercada*, eran Sebastián Manuel de la Nuez, Juan Mederos, Isidro Miranda Millares y Antidio Cabal. Recuerdo también a escritores como Víctor Doreste, Pedro Perdomo Acedo, Leandro Perdomo Spínola, o Joaquín Blanco Montesdeoca. Muchas veces, el poeta y pintor Juan Ismael, entonces residente en Tenerife, nos hacía una visita relámpago para solicitarnos la colaboración destinada a la recién estrenada revista *Mensaje*, de la que era uno de sus fundadores<sup>3</sup>.

Cerca de nuestra mesa se encontraba la tertulia del inolvidable Federico Sarmiento, personaje entrañable y muy querido por todos. A ella concurrían los poetas Juan Sosa y Patricio Pérez Moreno, así como un joven teniente del ejército, también periodista, Martín Moreno.

Con más entidad cada vez, la tertulia cambia de lugar y se realiza al amparo de una de nuestras más preclaras instituciones culturales: el Museo Canario. Aquí se incorpora el Secretario por entonces de la entidad, Alfonso Armas Ayala. Y, una vez más, conviven los jóvenes intelectuales con aquellos de generaciones precedentes, pues, como nos recuerda José María Millares, «en la Biblioteca del Museo Canario, a muy pocos metros separados de nosotros, se reunían Simón Benítez, Rafael Cabrera, Rafael O'Shanahan, Juan Bosch Millares y otros directivos».

El Museo Canario acogerá a partir de entonces la labor de todos los jóvenes que organizarán allí innumerables actos: desde exposiciones —Manolo Millares, Felo Monzón, Juan Ismael, Alberto Manrique— a recitales poéticos —aquí dieron a conocer sus poemas Agustín y José María Millares, Pedro Lezcano, Ventura Doreste, Isidro Miranda o José Luis Junco—, así como conferencias y lecturas dramáticas.

## LAS NUEVAS COLECCIONES

En 1946 hace su aparición una nueva serie de publicaciones con formato y tamaño similares a la primigenia «Colección para treinta bibliófilos». La nueva andadura poética y editorial llevará el título de «Cuadernos de poesía y crítica». De nuevo, bajo la primorosa dirección de Juan Manuel Trujillo,

3. La revista *Mensaje* fue fundada por el escritor tinerfeño Pedro Pinto de la Rosa y, en torno a él, los poetas Emeterio Cutiérriz Albelo, su hijo Carlos Pinto Grote y los pintores José Julio Rodríguez y Juan Ismael. *Mensaje* quiso contar, desde el principio, con la colaboración de todos los poetas insulares o peninsulares. De hecho, allí publicaron obras primerizas los poetas de la primera generación de posguerra de Canarias.

acompañado en esta ocasión de Ventura Doreste y Agustín Millares Sall, las ediciones de los poetas jóvenes se alternan con algún otro nombre de generaciones anteriores, aunque el grueso de las publicaciones pertenece ya a los nombres de los poetas de la primera generación de posguerra, como puede observarse en la lista de autores y títulos publicados: *La sangre que me hierve*, de Agustín Millares Sall; *Elegía a Miguel Hernández*, de Juan Mederos; *A los cuatro vientos*, de José María Millares; *Lenta madrugada*, de Antidio Cabal; *Romancero canario*, de Pedro Lezcano; *El grito en el cielo*, de Agustín Millares Sall; *Poemas*, de Juan Marqués; *Sonetos a Josefina*, de Ventura Doreste; *Jardín en sombra*, de Juan Millares Carlo; *Canto a la tierra*, de José María Millares Sall; *La agonía junta*, de Ángel Johan; *La flor hasta mi nave*, de Sebastián Manuel, y *Poesía primera*, de Isidro Miranda Millares.

La profesora norteamericana Eleanor Wright hace referencia en su estudio *The poetry of protest under Franco*<sup>4</sup> a dos de los cuadernos publicados en esta colección: *El grito en el cielo*, de Agustín Millares Sall y *Canto a la tierra*, de su hermano José María y juzga certeramente la poesía de ambos. Identifica al primero de ellos como «poeta civil cuyo tono imprecatorio aspira a la unanimidad en una época en la que los poetas líricos, implicados en vicisitudes individuales, eran superfluos». Con respecto al poema de José María Millares *Canto a la tierra*, dice: «es un poema dividido en cuatro partes dirigido a una España personificada, donde el poeta dedica su “sí mismo” a la tierra».

A esta colección siguió la iniciativa personal de Ventura Doreste de dirigir y dar a la imprenta, esta vez con la colaboración de Pedro Lezcano, impresor en ciernes, una nueva serie de publicaciones poéticas o prosísticas que tomó el nombre de «El Arca», cuyo primer número fue la célebre y significativa *Antología cercada* (1947), que puede considerarse el hecho o publicación generacional más contundentemente reveladora de que una nueva poesía, muy alejada de las convenciones de la lírica peninsular, se estaba fraguando en nuestras islas.

En 1949, el incansable entusiasta Ventura Doreste acomete la publicación de una nueva Colección bajo el título de «Los Dioscuros»<sup>5</sup> que, sin embargo, sólo estampó dos títulos, muy significativos, no obstante, para el transcurso de la poesía canaria de posguerra: *La estrella y el corazón* de Agustín Millares Sall, y *La zarza ardiendo* de Sebastián Manuel (de la Nuez Caballero)<sup>6</sup>.

4. Publicada en Tamesis Book Limited, London, 1986. Las referencias están tomadas de la reseña que hace M.J.M. (Michel Jorge Millares) en *La Provincia*, 24-8-1986. Aquí también se especifica que la traducción es de Magdalena Godoy Azpeitia.

5. En los «Cuadernos de poesía y crítica» se incluía, presidiendo las publicaciones, un significativo lema de Alfonso Reyes que rezaba: «Si el mundo tiende a convertirse en espíritu, es a través de la intelección y de la invención. Y la tierra se redime por sus benéficos dioscuros: el poeta, el crítico». Evidentemente, de ahí surge el título de la nueva colección que pretenderá dirigir Ventura Doreste.

6. De este último título se ha publicado una segunda edición con el título *Tres llamas de la zarza ardiente*, Colección Alegranza, número 11, Las Palmas de Gran Canaria, 1989. Esta edición incluye un estudio preliminar de Antonio García Ysábal, fundador y director de la citada Colección «Alegranza».

Hoy es ya también un hecho incontrovertible que esta publicación se puede considerar como una de las pioneras en el uso de un nuevo lenguaje advenido a la poesía española con bastante posterioridad: el lenguaje realista, testimonial, humanizado y comprometido de la que luego dio en llamarse «poesía social»<sup>7</sup>.

Sebastián de la Nuez resume el intento de esta Antología

como culminación de todo un proceso de maduración y decantación poéticas, que había puesto en pie a toda una generación de jóvenes (ya de hombres), nacidos en los años veinte o un poco antes, y algunos de los cuales habían padecido las consecuencias de la contienda civil... Según declaración de Ventura Doreste, fue él quien propuso reunir en una Antología a unos cuantos poetas preocupados por la problemática humana y social, que se sentían sitiados o cercados por las especiales circunstancias históricas; en suma, por el aparato represivo del estado y la falta de libertad de palabra. De ahí surgió el nombre de *Antología cercada*<sup>8</sup>.

La primera publicación de «El Arca» presentaba poemas de Agustín y José María Millares Sall, Pedro Lezcano, Ventura Doreste y Ángel Johan. También tendría que haber figurado Juan Mederos, quien, por razones particulares y personales, se niega a participar en la empresa<sup>9</sup>.

La importancia de esta antología, anticipadora a todas luces de la poesía social española, que tendría entre sus cumbres, entre otros, a Blas de Otero y Gabriel Celaya, fue señalada ya por este último desde el mismo año 1947, el de su publicación, cuando en carta dirigida a Agustín Millares Sall escribe: «Bleiberg me ha prestado *Antología cercada*. Después de leer el librito, he sentido necesidad de testimoniarles mi simpatía y admiración... ¿Cómo les han permitido publicarlo?»

La investigadora Eleanor Wright escribirá también en su libro —aún no traducido al castellano— *The poetry of protest under Franco* las siguientes consideraciones:

7. Hoy por hoy, también es éste un concepto polémico y controvertido. Lo cierto es que los poetas de *Antología cercada* estaban practicando en las Islas una poesía antiescapista y mucho más realista que aquella que se escribía en la península por parte de los poetas neogarcilistas del grupo «Juventud creadora»; e incluso de aquellos que, también desde una posición más realista, lo hicieron en torno a otra revista, la titulada *Espadaña*.

8. Sebastián de la Nuez: «Los poemas de la *Antología cercada*» en *Primer Congreso de poesía canaria*, Aula de Cultura de Tenerife, Madrid, 1978, pág. 77.

9. Parece ser —según testimonio de José María Millares— que esos motivos resultan del hecho de que Juan Manuel Trujillo no quiso, en su prurito de editor pulcro y primoroso, romper la línea de publicaciones individuales de sus colecciones, incluyendo una publicación antológica. Ante la negativa de Trujillo, Juan Mederos se retiró. Véase también a este respecto: José Luis Gallardo: «Comentario a la obra de un poeta olvidado: Juan Mederos, un poeta ausente en la *Antología cercada*», en *Primer Congreso de poesía canaria*, cit., pág. 41.

Un trabajo único que merece atención, por su protesta explícita, es la *Antología cercada...* el título... con su referencia al asedio, es paralelo a la referencia a la cautividad; dirige la protesta tanto a extranjeros como a españoles y se sitúa asimismo en la confluencia de la poesía de la resistencia francesa y de la Guerra Civil. A pesar de estos hechos, la antología despertó poco interés en España, aunque su recepción no fue probablemente tan limitada como la pequeña cantidad de comentarios sugiere, a la vista de las amenazas de la censura.

En efecto, este acontecimiento generacional y poético de 1947 fue injustamente olvidado y no reconocido del todo en su estricta significación histórica —la insularidad y la lejanía del centralismo cultural siempre ha sido un gran imponderable para nuestros valores—, ya que todavía en la década de los 70 se puede leer en uno de los ensayos insulares de Ventura Doreste su lamentación por ese olvido injusto, cuando escribe:

En primer término desearía tener en cuenta que Leopoldo de Luis, autor de una difundida *Antología de la poesía social*, persiste en olvidar que tal poesía solidaria tuvo una de sus originales expresiones en la *Antología cercada*, obra aparecida en 1947. Al componer su documentado prefacio a aquel libro antológico del género o subgénero social, Leopoldo de Luis resolvió no acordarse del solitario y solidario intento llevado a cabo, en dicho 1947, por unos poetas de las Islas Canarias. No se acordó entonces, ni tampoco ahora <sup>10</sup>.

Sin embargo, como expresa, de nuevo, Eleanor Wright,

el significado de la obra fue reconocido en México, con ocasión de su décimo aniversario. En un artículo, Gabriel García Narezo relacionó la *Antología* con su contexto histórico y resaltó que estuvo en la vanguardia de la resistencia. Al mismo tiempo Max Aub alababa la poesía de Agustín y José María Millares Sall por su «santo y seña, su hoz y su martillo», haciendo notar que el primer poeta mostraba la patriótica influencia de Aragón, y el segundo, la de Neruda.

Hemos de anotar que en el Primer Congreso de poesía canaria, celebrado en Tenerife en el año 1976, el profesor Sebastián de la Nuez, compañero generacional de los poetas de esta publicación, dio a conocer un riguroso estudio acerca de *Antología cercada* y ya en el año de 1982, con motivo de su 35 aniversario, por iniciativa del Instituto de bachillerato «Pérez Caldós» de Las Palmas, tiene lugar un homenaje a esta publicación al que se adhiere Vicente Aleixandre, quien envía una carta, cuyo contenido habla por sí sólo y que reproducimos a continuación:

10. V. Doreste: *Ensayos insulares*, Ediciones Nuestro Arte, Santa Cruz de Tenerife, 1977, página 141.

Madrid, 19-5-82

Queridos amigos: Acabo de recibir la noticia del Homenaje a la «Antología cercada». Aunque estas líneas ya no llegan a tiempo, quiero enviáros mi cercanía y mi identificación con vosotros en esta conmemoración gozosa. En mi memoria está, y mientras yo dure, lo que representó esa Antología en la evolución de la poesía española. Fuisteis los verdaderos pioneros de un movimiento que había de dejar un hondo surco en la marcha de nuestra lírica y además me atrevería a decir que en el mismo decurso de la cultura social. Vaya pues mi felicitación para todos vosotros y un abrazo de mi solidaridad en estas faustas fechas.

## LA GÉNESIS DE *PLANAS DE* EN LA EVOCACIÓN DE JOSÉ MARÍA MILLARES

Muchas veces, el azar, las circunstancias ocasionales, cuentan tanto o más en literatura como la planificación consciente y la predeterminación de cualquier proyecto. Tal fue el caso de *Planas de poesía*, cuya génesis más inmediata está en la imposibilidad de dar salida impresa a un libro. El clima intelectual de aquellos años de la posguerra canaria también coadyuvaba a acometer empresas editoriales personales, como se ha expuesto anteriormente. Debido a ello, el poeta José María Millares, que tiene entre sus manos el manuscrito de un libro rompedor de contenido y lenguaje titulado *Liverpool*, lo ofrece a los responsables de las colecciones «El Arca» y «Los Dioscuros», que no dieron salida al libro en mucho tiempo. El poeta decide, entonces, acometer la publicación por su cuenta —costeándola, irónicamente, con su paga extraordinaria del 18 de julio— y contando con la colaboración de su hermano Manolo en la parte relativa a ilustración y dibujos.

Como modelo más inmediato toman el cuaderno de edición y manufactura personal titulado *El poeta ausente* con texto de Germán Bleiberg y dibujos de Gregorio Prieto, impreso en Artes Gráficas Helios de Madrid, que incluía en la cubierta los nombres de escritor y dibujante. Los hermanos Millares Sall —José María, poeta, y Manolo, dibujante—, eligen el emblema que llevaría la publicación de entre varios que el pintor realiza, decidiéndose por el que lleva como título «Una familia», presente en la contracubierta de todos los números.

Con texto y dibujos a punto, José María Millares selecciona los tipos de letra, la distribución que en lo sucesivo debería tener la publicación, los lemas y citas de las solapillas, etc., y, ayudado de los rudimentarios conocimientos tipográficos aprendidos de Juan Manuel Trujillo, se tira el primer ejemplar de *Planas de poesía* en la Imprenta Lezcano y se inaugura con ello una de las publicaciones literarias más importantes de la cultura canaria de los años 50<sup>11</sup>. El poeta y crítico, antólogo de la poesía social, Leopoldo Luis, nos dice:

11. Un dato olvidado, quizás por el exceso de celo del poeta, genera un lapsus que se arrastra hasta casi los últimos números: reseñar la fecha de edición.

No sé si desde la propia colección de *Planas* se percibía bien lo que esa publicación significaba y, sobre todo, iba a significar. Por desdicha, el funcionamiento centralista de la cultura suponía una circulación limitada de tan importantes cuadernos... Pero vistos hoy con perspectiva, los cuadernos de *Planas* son los adelantados de aquella tendencia poética que... ocupó más de diez años del panorama poético español<sup>12</sup>.

En palabras del propio José María Millares:

El libro *Liverpool* no sólo iba a ser motivo de una nueva colección literaria, sino que, además, de alguna manera iba a cambiar con los formatos de otras colecciones. Los poemas iban a romper con el tradicional clasicismo del verso, imprimiendo a los versículos de las composiciones una autonomía y un ritmo que sólo el poeta, cada cual de manera muy personal y particular, puede imprimirle. La magia del surrealismo iba también a estar presente en este libro, aproximándose a aquellos autores que en años anteriores —1935...— lo habían practicado en Tenerife. Quizás fuera ese el motivo que me impulsó a titular la colección «Punto y aparte», pues yo era consciente de que iba a romper de algún modo con lo que se estaba haciendo para dar paso a otros posibles futuros caminos.

Una vez que el cuaderno estuvo compuesto, corregidas sus pruebas y totalmente listo para su tirada, Agustín Millares Sall, el mayor de los Millares, expresa su deseo de participar en la nueva aventura editorial y sugiere cambiar el título de la colección, proponiendo el definitivo de *Planas de poesía*. Desde el primer cuaderno figurará, pues, el lema «Al cuidado de los hermanos Millares Sall».

Superados los inconvenientes y la publicación del primer cuaderno, los hermanos Millares Sall tuvieron que plantearse, lógicamente, la continuidad de una empresa cultural que obligaba a unos desembolsos económicos de los que no disponían y que no generaba ganancias. Se necesitaba un milagro y éste se produjo, pues, según confiesa José María Millares,

ese milagro tuvo un nombre: Rafael Roca Suárez. Fue él quien se ofreció a hacerse cargo de su administración y quien, en definitiva, se convirtió en el gran motor de nuestra revista. Su entusiasmo carecía de límites y es justo reconocer que, debido a su trabajo, *Planas* no sólo adquirió vida y solvencia propia, sino que fue, al margen de errores políticos y humanos, un importante eslabón en la cultura, tanto en Canarias como fuera del Archipiélago.

Es por ello por lo que, a partir del ix número, el titulado *Crucifixión*, junto al de los Millares Sall, se incluye el nombre de Rafael Roca. En el número siguiente, se personifica propiamente ya que la orientación y el

12. Leopoldo de Luis: *Agustín Millares: una poética de la utopía*, Ediciones de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Centro Regional de Las Palmas, 1986, pág. 15.

cuidado de las planas son llevados a cabo por Agustín y José María Millares, poetas, Manolo Millares, pintor, y Rafael Roca.

Pero, lejos de lo que hacen suponer las ediciones, el equipo formado por los componentes anteriores sufrió las desvinculaciones de José María, a partir del número v, *Ronda de luces*, cuyo autor era el propio poeta, por el motivo del traslado de imprenta para la confección de la revista, que dejó de ser la tipografía Lezcano, más cercana y céntrica, por la imprenta Ortega, situada en Guanarteme.

La segunda desvinculación fue la de Manolo, por un motivo no tan ocasional y trivial, sino más trascendente y profundo: la diferencia de criterios acerca del arte, la condición del abstraccionismo. Así lo rememora José María Millares:

El hecho ocurrió porque en la Plana número xi titulada *El hombre de la pipa* (ejemplar dedicado expresamente a él), cuando Manolo había elegido ya los textos de la solapa, donde además insertaba uno de su propia cosecha, le sustituyeron uno de ellos por otro escrito por J. Renau<sup>13</sup> que Manolo consideró insultante, no sólo para el arte que él defendía sino también hacia su persona. Fue un error que traería consecuencias, ya que Manolo, al sentirse humillado y puestos en entredicho los criterios que él defendía y mantenía con respecto al abstraccionismo, abandonó definitivamente *Planas* quedando el cuidado de la composición de sus cubiertas e ilustraciones en manos más inexpertas y de pésimo gusto, como demuestra la horrible portada del cuaderno xvi, *Poema de la creación*, de Agustín.

En su primera época, la colección *Planas de poesía* alcanzó 18 números, entre los que se contaron los inéditos de Alonso Quesada *Smoking-Room* y *Llanura* o el poema también inédito de Federico García Lorca *Crucifixión*, y proyectaba 4 números más que se quedaron «en puertas» porque la represión política y censoria de la época, junto a delaciones de tipo personal y, verdaderamente, el mensaje político antifranquista que latía entre las líneas de las publicaciones, así como la ideología manifiestamente antifascista que se les imputaba a sus integrantes, acabó con la trayectoria inicial de una de las tentativas culturales más dignas y honestas de aquellos tiempos.

*Planas de poesía* se difundió en la península, llegando a anunciarse en *Ínsula*, la prestigiosa revista que dirigió José Luis Cano y se convirtiera en la principal fuente de divulgación y testimonio de la literatura española durante el franquismo. Leopoldo de Luis, uno de sus habituales colaboradores, publica en el número fechado el 15 de septiembre de 1950 un extenso artículo titulado «La poesía canaria actual» donde juzga así la labor de «los planistas», como llegó a conocerseles en la península:

13. Se trata del texto siguiente: «Si un buril de Durero tuviera que representar en nuestros días las plagas que azotan a la humanidad, tendría que añadir uno más a sus cuatro fatídicos jinetes: el del abstraccionismo.»

Quienes soslayando la responsabilidad de juzgar y tomar partido alegan no ver más que sombra negativa en la poesía de hoy, deberían repasar libros como *Alegría*, *Defensa del hombre* o *Ángel fieramente humano*. Y también la obra de este grupo isleño de *Planas de poesía*, que eleva su canto sobre los escombros y el rencor, con un acento auroral.

En este mismo sentido, José María Millares recuerda que

con motivo de un viaje que hice a Madrid, estando en compañía de mis paisanos y amigos Alfonso Armas Ayala y Manuel Bermejo Pérez, ambos por aquel entonces estudiantes universitarios, nos acercamos al Café Gijón, donde, al enterarse de mi presencia, el poeta y crítico Enrique Azcoaga improvisó allí mismo una cena homenaje que se celebró en no recuerdo qué lugar y a la que se sumaron el poeta Leopoldo de Luis, el premio nacional de literatura y crítico Jorge Campos, el célebre matemático e ingeniero de caminos José Callego Díaz y un crítico de arte, cuyo nombre lamento no recordar. Esta cena homenaje —tal como yo lo entendí entonces— no fue expresamente realizada a mi persona, sino como representante en ese momento de todos los componentes de *Planas de poesía*, y por la aportación que ésta había supuesto para el panorama literario español, por su enfrentamiento valiente a la dura represión franquista.

En los primeros días del mes de octubre del año 1951, los hermanos Millares Sall y Rafael Roca sufrieron un registro nocturno que culminó en la detención incomunicada y el encarcelamiento de los principales responsables de la primera época de *Planas de poesía*. La acusación fue la de subversión y militancia en el Partido Comunista.

## LA SEGUNDA ETAPA DE *PLANAS DE POESÍA*

Dos décadas más tarde, en los años 70, por la iniciativa de nuevo de José María Millares, a quien se unen su hermano Agustín, Alfonso Armas Ayala, José Caballero Millares y Agustín Millares Cantero, un nuevo título en la misma línea de *Liverpool* de José María Millares abre la segunda etapa de *Planas de poesía*. Se trata de *Ritmos alucinantes* en cuya dedicatoria puede leerse: «A mis hermanos Agustín y Manolo Millares que fundaron conmigo *Planas de poesía*, y a Rafael Roca que se embarcó generosamente en esta aventura».

Pero, a pesar de que la colección alcanzó 14 números y llegó a reeditar *Crucifixión*, ni los tiempos ni las manos eran ya los mismos. Y, aunque en este caso no podría decirse en estricta justicia y con todo su valor aquello de

«segundas partes...», lo cierto es que *Planas de poesía* cubrió una primera época gloriosa en la cultura lírica y literaria insular que convierten en clásicos, por humanos, universales y verdaderos, los cuadernillos forjados con la ilusión de unos jóvenes escritores cuyo compromiso con la literatura y el arte hoy están fuera de toda duda.

JESÚS PÁEZ

TÍTULOS Y FECHAS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS  
EN *PLANAS DE POESÍA* DURANTE LA 1ª ÉPOCA

1. <i>Liverpool</i>	1 julio 1949
2. <i>De la ventana a la calle</i>	21 sept. 1949
3. <i>Federico Chopin</i>	17 oct. 1949
4. <i>Smoking-Room</i>	5 dic. 1949
5. <i>Ronda de luces</i>	4 marzo 1950
6. <i>Ofensiva de primavera</i>	1 mayo 1950
7. <i>Elegía en bloque</i>	24 junio 1950
8. <i>Pasarse de bueno</i>	24 julio 1950
9. <i>Crucifixión</i>	15 sept. 1950
10. <i>Llanura</i>	4 nov. 1950
11. <i>Homenaje a Maupassant</i>	21 dic. 1950
12. <i>Los Horizontes</i>	5 enero 1951
13. <i>El hombre de la pipa</i>	5 feb. 1951
14. <i>Manantial de silencio</i>	14 marzo 1951
15. <i>Manifestación de paz</i>	14 abril 1951
16. <i>Poema de la creación</i>	1 mayo 1951
17. <i>Tema con variación sobre arte</i>	18 agosto 1951
18. <i>Alba en el surco</i>	31 agosto 1951

\* En los primeros días de octubre de 1951, la colección es secuestrada y algunos de sus componentes son detenidos por la brigada político-social desplazada expresamente desde Madrid.

COLABORADORES DE *PLANAS DE POESÍA* (1ª ÉPOCA)

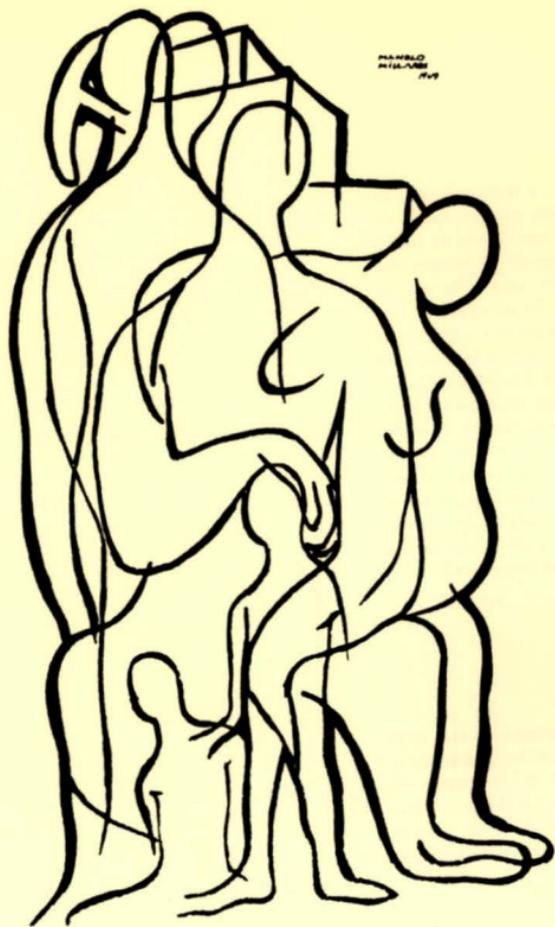
*Escritores*

José María Millares Sall  
Agustín Millares Sall  
Pino Ojeda  
Jorge Campos  
Juan Millares Carlo  
José Luis Junco  
Alonso Quesada  
Aurina Rodríguez  
José Gallego Díaz  
Rafael Roca Suárez  
Ventura Doreste  
Pedro Lezcano  
Juan Bravo  
Alfonso Armas Ayala  
Cirilo Benítez Ayala  
Federico García Lorca  
Miguel Benítez Inglot  
Agustín Millares Cubas  
Pino Betancor  
Enrique Azcoaga  
Leopoldo de Luis  
Ambrosio Hurtado de Mendoza

*Artistas*

Manuel Millares Sall  
Felo Monzón  
Elvireta Escobio  
Juan Hidalgo  
Alberto Manrique  
Vinicio Marcos  
Juan Ismael  
Cirilo Benítez  
Eduardo Vicente  
Jane Millares

# PLANAS DE POESÍA



JOSE M.<sup>a</sup> MILLARES SALL  
MANUEL MILLARES SALL

# LIVERPOOL

**LIVERPOOL**

POEMAS  
DE  
*JOSE M.<sup>a</sup> MILLARES SALL*

DIBUJOS  
DE  
*MANUEL MILLARES SALL*



EJEMPLAR N.º

*A ELISA DE LA NUEZ Y ELVIRETA ESCOBIO,  
FIRMES RIBERAS  
DE NUESTROS SEGUROS RIOS.*

## LIVERPOOL

Sobre vuestros curtidos rostros de paloma endurecida,  
sobre vuestras sonrisas de sal y vino agrio, ya sobre los duros cris-  
tales de la niebla,  
está mi alma están mis ojos, amigos,  
y sobre el último dolor de la tierra,  
y sobre el último dolor de mis manos tanteando el duro cemento  
de una puerta vacía,  
y sobre la última agonía de las aguas está flotando mi corazón,  
señores, mi corazón.

Por favor, abridme paso, dejadme cruzar este túnel de plomo,  
que quiero ser el primero en llegar con mi sangre a los muelles de  
Liverpool.

Amigos, vosotros que os perfiláis como aletas de pescado  
sobre las últimas esquinas de los buques;  
vosotros que de cada rincón saltáis de una bodega a otra  
como sapos de azufre ardiendo, como tristes pezuñas de lagarto,  
para husmear el rojo carbón de las calderas,  
para darle vida al hierro como al alba le dáis su fruto,  
para darle aliento al agua que se aleja para siempre de la tierra,  
del polvo que tanto amáis tras unos ojos,  
decidme que puedo soñar en vuestros rostros de ceniza  
y en vuestras sucias calles de alquitrán, y en vuestros hogares de  
nata corrompida,  
y echar la raíz de mi sangre como un ancla sobre vuestras jurisdic-  
ciones marítimas,  
porque además de ser un hombre como vosotros, soy un poeta,  
y un poeta es un corazón más sobre la niebla del mundo.

Por favor, abridme paso, que quiero ser el primero en saludar con  
mi sangre vuestras sonrisas de azufre,  
vuestras mujeres de estopa. Por favor, abridme paso.

MANOLO  
MILLARES  
1947



Oh, Liverpool, Liverpool.

Amigos, sobre este puerto extranjero están ya mis pies  
que se hunden conmovidos sobre las duras baldosas, como tiernos  
tallos contra el fango.

Podéis comprobar que aún mi boca está en mi cara,  
y que mi lengua no es una bala de algodón sobre el muelle,  
y que mi vientre no está hinchado por el vino  
y que mis manos no han rastreado aún los senos de vuestras mujeres,  
y que aún no han besado sus cuerpos sudorosos mis labios de  
martillo.

Oh, Liverpool, Liverpool.

Mi cuerpo es negro, amigos, bajo vuestros dormidos ojos de cielo  
alcoholizado,  
bajo la tibia luz de los faroles que aspiran a ser estrellas  
de otros lejanos ojos que se hunden dulcemente en las aguas.

Oh, Liverpool, Liverpool.

Y no es más que un triste cargamento de pescado que se pudre,  
y yo en sus piedras, un poeta que se cansa de sus mujeres y de sus  
calles.

Oh, Liverpool, Liverpool.

Oliendo a sudor y a manos que se aburren en un vaso turbio de  
ginebra.

Sobre fardos de algodón y de lino y de murciélagos,  
o bajo la húmeda lona que cubre las mercancías,  
duermen cuerpos humanos, brazos y piernas y cabezas de plomo,  
bajo la luz y bajo la niebla y bajo las sirenas que penetran hasta sus  
oídos de lumbre enferma.

Eh, tú, que viene el alba como un tren descarrilado desde las últimas colinas del mundo.

Ya las cubiertas se apagan, y a lo lejos solo brillan las estrellas  
y del otro lado las tristes luces de vuestras calles,  
y aquella boca fría de acento inglés,  
y aquellos cabellos amarillos de lengua extraña.

Oh, yes, yes, miss Fly, I need you.

Sí, pero hemos de separarnos como la niebla que abandona los altos puentes del mundo.

Un trasatlántico saludo, boy.

Oh, Liverpool, Liverpool.

Las mismas aguas untadas de aceite y las mismas carnes de acero  
sobre ellas flotando,

y las mismas gorras sobre idénticos cráneos de agua y sal,  
y los mismos brazos con sus anclas de tinta y sus sirenas desnudas,  
y un triste corazón en una esquina del brazo, oculto como un  
perro frío,

y los mismos gestos, y las mismas fatigas, y los mismos saludos,  
y los mismos ojos que lloran la ausencia de otras carnes.

Ah, pero yo soy sólo un poeta sobre estas calles,  
sobre esta simetría exacta, donde cada zaguán es un vómito de vino,  
donde cada cabeza es una bola de acero hundida sobre los hombros,  
donde cada esquina es como un filo de navaja, donde cada portal  
es un grupo de sangre,

un vaso de sangre a la intemperie,

donde en cada ventana una joven inglesa se desnuda friamente,

donde una sombra de vino se pasea por los muelles ofreciendo una  
bandeja de labios cortados,  
ya enlazados en un nudo de sangre y de armonía,  
donde yo, entonces, cubro mi rostro en otro rostro para buscar  
el mío,  
exactamente el mío.

Ah, pero el aire es frío y penetra por mis carnes duramente  
y ya el alba en mis ojos duramente se agrupa, y entonces me  
incorporo  
y alargo hasta la bruma mi lengua española  
y cuelgo mi esqueleto sobre un árbol para siempre de mi carne.

Oh, Liverpool, Liverpool.

Good-by, miss Fly, mis extraños amigos, good-by.

Oh, Liverpool, Liverpool.

## HONG - KONG

**Y**o he podido navegar  
sobre la última ceniza del aliento de una estrella  
para dormir donde la noche convive  
bajo el cielo amarillo de una China que sonrío.

Yo he podido oír vuestras humildes carcajadas  
sobre el brillo espeso  
de las últimas bayonetas de la noche  
tiernamente encendidas sobre los dulces campos  
de un arroz que flota como el alba.

Yo he oído sobre vuestras curtidas pieles de manzana  
cómo se deslizaba tierno

el amargo sudor de una agonía  
y la caliente lágrima de un hijo muerto,  
apenas recién nacido bajo un brazo opresor,  
dulcemente caído sobre un muslo aún más débil,  
ya para nadie.

Y he oído en cada gesto,  
en cada sombra, en cada surco,  
cuando una mesa de vinagre se aburre bajo la lluvia  
o entre cuatro paredes de amargura,  
aisladas en una boca muerta, negra de hormigas,  
el aire tibio de los rincones de una casa  
bombardeada a cuatro mil pies de altura.

He aquí mis pies, amigos míos,  
sobre el blando pavimento de una calle de Hong-Kong,  
sobre las últimas colinas de vuestros territorios,  
sobre la dura detonación de vuestras carnes,  
ya penetrando dulcemente  
en el duro metal de vuestras luchas,  
ya hoyando con mis dolorosas suelas  
la extraña simetría de las calles de Hong-Kong.

Un poeta, amigos míos, es un hombre como vosotros  
y como vosotros sueña en un mundo igual,  
tierno como una legumbre en nuestras bocas.  
Y con la misma fiebre que todos poseemos  
puede asimismo derribar el duro rostro de los metales  
en el cegado brillo de una libra, o con su puño,  
hundir en el polvo la masa ardiente de una caja blindada.  
Pero nuestros hijos crecen  
y se derraman como granos sobre las últimas riberas de la noche.

y nacen como lombrices hambrientas.  
sobre el polvo seco, mudos,  
desnutridamente dulces.

Sí, pero ¿y los hombres,  
y los que han nacido bajo la última ceniza de una estrella?

Palmo a palmo, amigos míos,  
lágrima contra lágrima como parto sobre parto,  
se entregan los hombres a la lucha por la tierra.

Sí, amigos míos, Hong-Kong es China entre mis párpados.  
Es un pueblo que dobla en su rodilla  
la masa caliente del metal que encadena.  
Sí, Hong-Kong es China, y Shanghai y Nankin.

He aquí los frutos de una vena más madura,  
de un marzo sollozante en esa hendidura estrecha  
de unos ojos casi ojos,  
maduros ya sobre la sal que arrasa las colinas,  
las últimas cosechas del arroz.

Y ahora son las ilustres pagodas  
las que se derrumban estrepitosamente,  
con sus grotescos budas sonriendo espesamente a los turistas,  
ya desalojando las cúspides  
para dar nuevo paso a los surcos que revientan.

Sí, amigos míos,  
ahora son los ilustres mandarines  
los que nadan boca arriba, por una vez hermanos de la tierra  
y las hormigas,

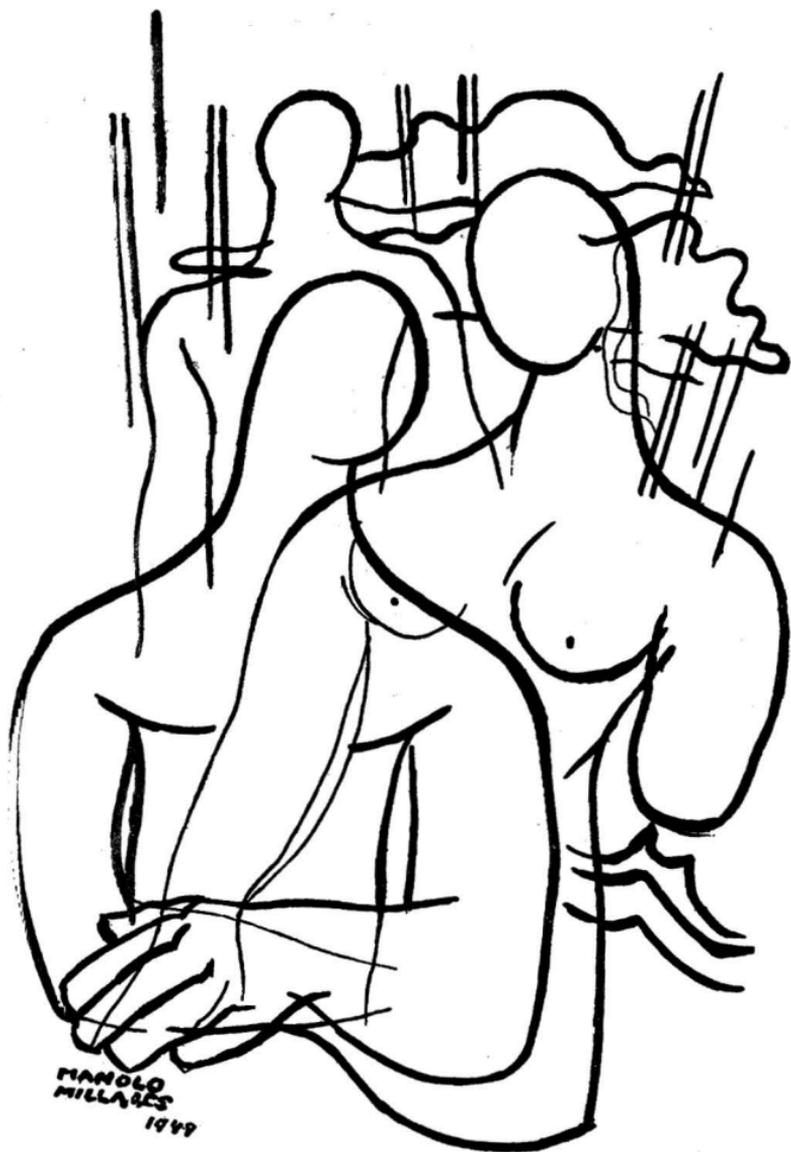
y los largos ataúdes,  
por una vez recorriendo las estrechas calles  
de Hong-Kong  
sobre sus propias cosechas de vinagre.

Por una vez se alzan los muertos  
para observar con sus ojos de polvo y mariposas,  
cómo huyen sus negros carros hinchados por el fango y la miseria,  
cómo se abren de nuevo las antiguas vitrinas del marfil  
para darle vida al libro,  
y con el libro a la paloma y al trabajo colectivo.

No podrán,  
mirad cómo huyen tambaleándose por las esquinas  
las malolientes ratas de habla inglesa,  
las malolientes ratas de habla nipona,  
el duro metal de habla alemana.

Ya no podrán  
contener la avalancha dulce de la voz de los pueblos.  
Ya no podrán  
sus fusiles ni sus altas montañas de amargura  
contra esa boca furiosa de los aires  
amasando sus miserables almas de oro y sangre.

Ya no podrán  
contra el dulce cielo amarillo  
de sus maduras pieles de manzana,  
ni contra sus apretados ojos de arroz purísimo,  
ni contra todo lo que nace de raíz como las alas,  
como la sangre,  
como la vida.



Sí, yo he soñado  
con el alma de un poeta  
en un poeta sobre el campo de batalla,  
y he bebido el té amargo de una lucha,  
y he podido comprobar cada latido  
contra la hora exacta de un avión que despega  
del último dolor que da este fruto de la guerra.

Sí, amigos míos, yo he soñado  
a través del brillo que imagino en vuestros ojos  
con el fruto de una estrella  
sobre el alma de ese pueblo que es el mío,  
con la misma palabra ardiéndome en la boca,  
ya próxima a estallar sobre los montes,  
ya próxima a mí mismo.

Sí, amigos míos,  
es China la que canta sobre el mundo,  
un pueblo que comienza libremente a vivir sobre la tierra,  
sobre la voz, sobre la sangre,  
sobre las almas de los hombres.

Un pueblo. Sí. Un pueblo.  
Se llama China.

Amigos míos, un gran pueblo.

## EL NUMERO 12

A las doce,  
cuando los guardias abandonan las esquinas para naufragar en los  
rincones de una boca.  
quisiera verte;  
quisiera verte, ya en el sonido espeso que dan los metales  
cuando exactos se hunden en el centro de una plaza vacía, aún  
con ese olor  
de los niños que juegan, de la rosa pisada;  
o paseante por los últimos muros de un cementerio que cruje,  
a dos pasos de tu lecho,  
o en ese olor pesado de las calles oscuras, donde,  
tras la inocencia de los cristales se disuelve un rostro enfermo,  
y unos ojos enteros se vierten en las frías baldosas de unas espaldas,  
o junto a la sal amarga de una puerta que se cierra de pronto,  
porque así sabrás cuánto pesan las campanas en el corazón de los  
hombres

a esa hora que navegan huérfanas por la noche;  
porque así sabrás cuántas sombras husmean vigilantes las esquinas  
y apoyan sus cabezas sobre el duro pavimento de sus propias almas,  
y el por qué se interrumpe el tráfico, y en un charco se te vacía el  
rostro suciamente,  
y en los bolsillos se te pudren las manos;  
porque así sabrás que un buque zarpa con los riñones deshechos  
a la media noche exactamente,  
y una docena de rostros huyen de sus hogares  
para beberse el jornal en una inmunda taberna y sobarse triste-  
mente las rodillas  
con la mano izquierda de sus desgracias;  
y el por qué una joven elegante se te sube a los labios por un vaso  
de leche oliendo a sangre.

Sí, a las doce quisiera ver tu rostro bajo un portal  
en espera de una mano o de unos ojos que te miren dulcemente,  
o bien bajo el áspero sonido de los relojes que sólo viven para  
verte,  
para hundirte en sus lentas maquinarias,  
o bien bajo la lluvia inadvertida que equivocadamente se hunde por  
tu carne,  
o bien bajo la luz que azota el viento, cuando las estrellas  
dejan de ser lo que son, y sí una cosa más de nuestra vida; a las  
doce,  
ya sin la dulce lana que siempre has disfrutado,  
con la sangre limpia al aire libre, quisiera verte,  
a las doce,  
cuando el mundo desconoce su rostro  
y se hunde silencioso en el mar, quisiera verte,  
quisiera verte. Adios. Buenas noches.

## EL NUMERO 2 y ½

Naturalmente, yo en mis ojos,  
y en los últimos resquicios de la tierra, indagando media hora,  
ya demás sobre todas las frentes, sobre todas las lenguas, sobre  
todos los muertos,  
y en las últimas calles, donde los hombres no discuten por un  
vaso de sangre,  
donde los hombres abandonan tranquilamente una baraja de duros  
corazones  
sobre una mesa antigua de caoba, sobre una colcha de agua fría,  
ya con destino a los que mueren con un reloj de oro en el  
bolsillo.

Naturalmente, yo puedo abrir en dos mis ojos,  
y en dos mi mano izquierda para cederle la derecha a una señora  
sin marido,  
y separar mis venas contra el último grito de unos cabellos,

a esa hora exacta después de las comidas,  
a esa hora exacta en que brilla una boca en la oscuridad de  
un lecho,  
a esa hora exacta en que un reloj se para en la muñeca de una mano,  
a esa hora exacta en que los ómnibus se llenan de famélicos  
horteras,  
de oníricas dactilógrafas,  
y de jóvenes y viejos abogados sin bufete;  
a esa hora exacta de anémicos oficinistas recién afeitados,  
de eruptos y revistas extranjeras y novelas policíacas;  
a esa hora exacta en que descansan los cinematógrafos una dura  
jornada de alientos y suspiros y manos amorosas;  
a esa hora exacta en que se bebe café para soñar con blandos  
lechos de algodón  
y luego comentar ruidosamente una aventura con la doncella de la  
esquina;  
a esa hora exacta en que miles de ciudadanos atraviesan sus bocas  
con un mondadiente para que no diga el vecino;  
a esa hora exacta en que de un zagüán sacan un féretro vacío  
y cuatro ciudadanos discuten seriamente en una esquina sobre el  
valor de número divisible por sí mismo;  
a esa hora exacta en que los pies se vacían inconscientemente en  
el hueco de un zapato,  
a esa hora exacta en que un vientre se retuerce en el último piso  
de una casa oscura,  
a esa hora exacta en que la mano de un amigo sobre un hombro se  
vuelca como un vaso de vinagre;  
a esa hora exacta en que los barcos se alejan y una joven se desnuda  
en mis riñones.

Naturalmente, yo en mis ojos,  
sobre la caliente oreja de un reloj moribundo,



### EL NUMERO 3

A vosotros me dirijo, pobres aeronautas de la rutina,  
a vosotros que nacísteis con un número enfermo en mitad de vues-  
tras miserables pupilas,  
que ceñís al cuello sudoroso una palabra almidonada,  
ya dicha en ese tono entre severa y patriarcal;  
a vosotros que respetáis la morbosa ondulación de un vientre,  
o el pulgar trabado en las axilas de un chaleco,  
o bien el oro dulce que encadena la hora exacta de vuestro vulgar  
trabajo.

Bajo la luz eléctrica,  
bajo la gran pantalla que ilumina vuestros cálculos,  
bajo la espesa atmósfera de las horas que se pudren  
naufra la matemática de los estómagos,



cuando ya reventados vuestros cerebros de mosca envenenada  
por la enorme factura de una suma repetida año tras año  
regresáis a un hogar sin manteles, de huesos de aceituna y arenques  
putrefactos.

Sí, a vosotros me dirijo, pobres aspirantes del pupitre.  
Sois como el número tres, consumidos y jorobados,  
danzantes apresurados de una hora exacta,  
navegantes dormidos por estrechos corredores de saliva,  
anémicas moscas de una sociedad endomingada, ya revoloteando,  
mendigando  
por entre las mesas una suma que resta vuestros bolsillos,  
una suma que multiplica vuestras miserias.

Por vuestros sudorosos cuellos de algodón endurecido  
se deshace la masa gris de vuestras mensuales inteligencias.  
de vuestras terrenales opiniones.

Sí, a vosotros, que sois como el número tres, me dirijo.  
Quisiera poder deciros  
cómo aborrezco cada latido de vuestros corazones de perro con  
librea,  
porque no tenéis la sangre suficiente para dirigir una palabra  
hacia esa altura desnuda en la paloma,  
sin que se acobarde y se estire como una lengua babosa  
por las ensortijadas manos que os consume;  
porque carecéis de espíritu,  
porque habéis nacido como un número,  
como el número tres,  
débil y rastroso, sin voluntad de hombres, sin voz.  
con los pies ya arrastrados por la losa oscura de vuestros pensa-  
mientos,

de vuestras voluntarias amarguras.

Sí, a vosotros me dirijo,  
a vosotros porque era necesario hablaros duramente, pobres aeronautas de la rutina,  
para que de una vez sepáis qué pienso  
cuando dulcemente os inclináis sobre los números,  
cuando dulcemente os rebajáis ante un chaleco bien planchado;  
qué pienso de vuestras dormidas lenguas de pájara,  
de vuestros dormidos corazones de lagarto,  
de vuestras incansables reverencias,  
de vuestros estériles vientres, muertos de frío en esa escala de vuestros oscuros nacimientos.

Sí, duramente quería hablaros,  
hacer ceniza cuantas opiniones encabezáis rectamente  
hacia la desvergonzada razón de vuestros amos.

Sí, pobres aeronautas de la rutina,  
qué dura será siempre para vosotros la sonrisa.  
si no sois más que un número,  
el número tres, el más terrible de todos  
porque nació con esa breve inclinación hacia el pupitre,  
jorobado y anémico, exactamente a una hora en punto,  
ni más ni menos. Como el número tres.  
A las tres en punto exactamente.

## EL NUMERO 2

A las dos de la mañana,  
cuando incendien los principios del hombre los caballos muertos  
de las estrellas,  
cuando mis manos desentierren la palabra de los cielos que han  
callado  
dulcemente en el ombligo de los niños,  
cuando dejen de bostezar los pechos de una joven sin marido,  
cuando los ríos turbios de la sangre dejen de hollar un lecho de  
agua fría,  
cuando desentierren sus memorias de unos ojos. de unos labios. de  
una vida,  
los hombres que se incrustan en las esquinas despreocupadamente.  
a las dos de la mañana:  
cuando mueran sobre el aire las palomas. las estrellas. los suspiros.

cuando yo busque en el rincón de unas alas mi propio corazón  
desnudo,  
cuando hacia mí la tierra se despliegue para darme su fruto  
sazonado,  
cuando en la boca se hunda la palabra de mi sangre,  
la hora que se pudre bajo mi carne, a las dos de la mañana.  
Ah, los muñones sangrantes de los jóvenes combatientes,  
muertos ya bajo las horribles fauces de las trincheras que se abren  
a la media noche,  
bajo el amor que chorrea en el barro duro las uñas que muerden la  
cabellera espesa  
de los más largos años de la vida.

¿Y dónde el alba y el surco verde, dónde,  
y la dulce azul geografía de los horizontes que no llegan,  
y la ternura caliente de unos pantalones cortos, desnudos en mis  
rodillas de niño que se ha muerto,  
cuando mi boca punteaba la seda dulce de los brazos de mi amada.

Sí, a las dos de la mañana, señores,  
ha muerto un gato negro bajo mis axilas,  
ha muerto mi vida en el hueco de unos zapatos, junto a una  
ventana.

y por ella, señores, por ella  
se han ido las mejores palabras de mi vida,  
mis piernas de aire azul marino,  
y mi tierna camiseta de hilo crudo,  
y la callada ternura de los cabellos de una fámula entristecida.  
Sí, a las dos de la mañana,  
bajo la espesa detonación de unos ojos que saltan ciegos,  
ya duros de roer en el aire la palabra que no existe,  
los labios que no existen, los corazones que no existen,

a las dos, señores, a las dos,  
cuando los hombres se hinchan de sangre  
bajo la pesadumbre de los sueños, cuando ya nadie escucha  
el horrible desgarró de los tejidos de las almas de los jóvenes  
combatientes,  
cuando un niño muere sumergido en un beso, a las dos,  
como si tal cosa pudiera ocurrir en la vida.

Y es precisamente a las dos de la mañana,  
cuando a los gallos se les revientan las crestas para cantar,  
señores, para cantar.

# *PLANAS DE POESIA*

## I

Tirada de 200 ejemplares, numerados  
y firmados por sus autores.

### SE TITULAN LOS DIBUJOS:

1. Un pueblo.
2. Un poeta y un pintor.
3. Escena de muelle
4. Gente pobre.
5. «Mientras haya en el mundo hojas  
aceradas, hay que tener cien ojos»  
(Kersh).
6. Una familia.

*SE IMPRIMIO*  
*EN LA IMPRENTA DE PEDRO LEZCANO,*  
*EN LAS PALMAS, AL CUIDADO*  
*DE LOS*  
*HERMANOS MILLARES SALL.*



# De la Ventana a la Calle

AGUSTIN MILLARES SALL  
RAFAEL MONZON GRAU-BASSAS

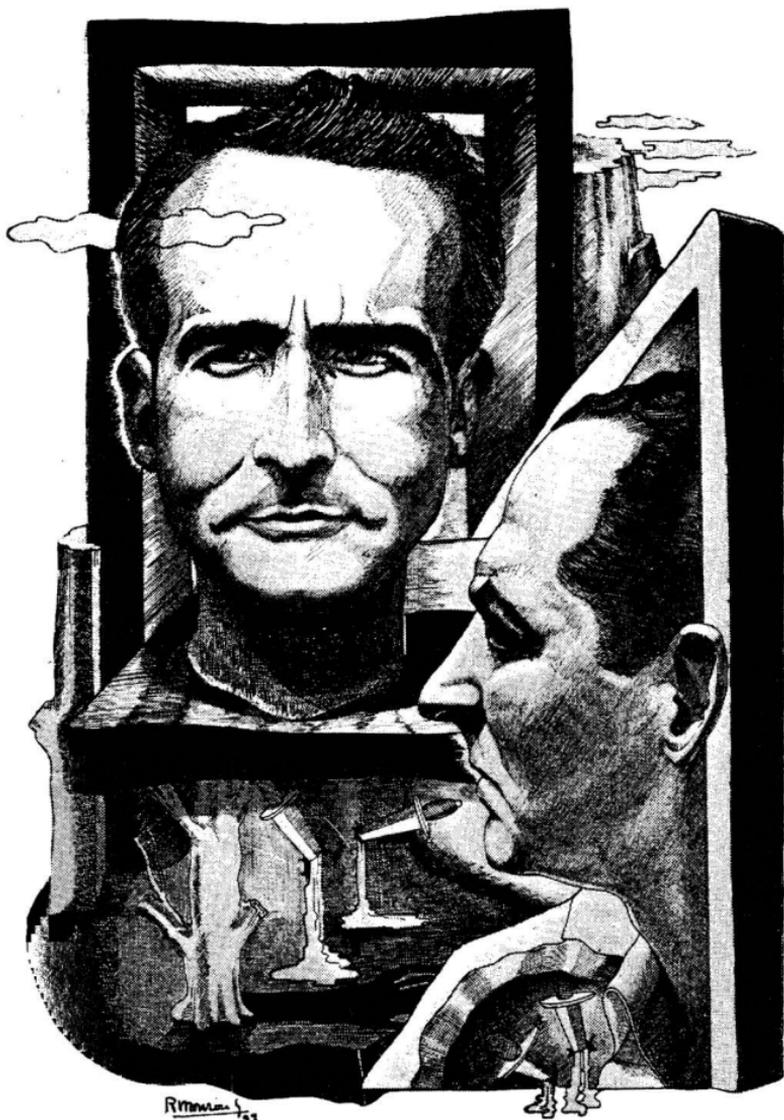


# DE LA VENTANA A LA CALLE

**POEMAS**  
**DE**  
***AGUSTIN MILLARES SALL***

**DIBUJOS**  
**DE**  
***RAFAEL MONZON GRAU-BASSAS***

***EJEMPLAR N.º***



***A NUESTROS PADRES.***

## LA PALABRA VIRJEN

*A Magdalena.*

I

Busco el mar recién pintado  
de una estrella adolescente  
busco una nueva canción  
-viento o luz a cuatro voces-  
busco una racha de suerte  
donde brillen los colores  
rojos azules y verdes  
o no importa de qué nombre.  
Busco la palabra virjen

que burlando la continua  
persecución de los sátiros  
se adueña del aire libre  
cuando asciende de los labios.

## II

No sé por qué me imagino  
que salimos de las ropas  
como súbitos reflejos  
de ventanas al cerrarse  
o que vamos con las sombras  
hacia un rincón que no quiere  
cambiar palabras con nadie  
o en el corcel de una ola  
huyendo hacia alguna parte.

También a veces presiento  
que recuerdos insurgentes  
ponen la luz en la calle  
que perturbadores duendes  
han dado vuelta a los cuadros  
que aquí y allí fijamente  
no han cesado de mirarnos  
que la llave cubre el ojo  
de la cerradura en este  
oscurecer de los cuartos.



### III

Por algo están nuestros ojos  
saliendo a la superficie  
y van a ocupar la plaza  
que el alba deja vacante.  
Por algo alumbra la sangre  
cada instante que se extingue  
mientras los astros corrijen  
la inclinación de la tarde.

Por algo está circulando  
la saliva en la garganta  
como si una cremallera  
nos fuera abriendo un camino  
un meridiano en el alma.

Por algo un día la audacia  
se transportó a los dominios  
de firmamentos distintos  
partiendo desde otras playas.

### IV

No nos causa ningún miedo  
irnos hoy aventurando  
por un paisaje hecho a gritos.

Pensamos que llega el sol  
al umbral de sus vestidos  
como a los labios el vino  
como a las puertas el viento.

V

Columnas de luz sostienen  
los doce meses del año.  
Poco importa que no vaya  
la lengua de poste en poste  
o que se modere el paso  
vertiginoso del hombre.  
Los pueblos se comunican  
por senderos subterráneos.  
Se dan la mano y el brazo  
como se juntan dos mares  
como se funden dos llantos  
como se unen dos cristales  
—de la ventana y del aire—  
para acortar el espacio.

VI

Mañana pueden las manos  
sumerjirse en el aplauso  
y en el viento jubiloso

### III

Por algo están nuestros ojos  
saliendo a la superficie  
y van a ocupar la plaza  
que el alba deja vacante.  
Por algo alumbra la sangre  
cada instante que se extingue  
mientras los astros corrijen  
la inclinación de la tarde.

Por algo está circulando  
la saliva en la garganta  
como si una cremallera  
nos fuera abriendo un camino  
un meridiano en el alma.

Por algo un día la audacia  
se transportó a los dominios  
de firmamentos distintos  
partiendo desde otras playas.

### IV

No nos causa ningún miedo  
irnos hoy aventurando  
por un paisaje hecho a gritos.

Pensamos que llega el sol  
al umbral de sus vestidos  
como a los labios el vino  
como a las puertas el viento.

V

Columnas de luz sostienen  
los doce meses del año.  
Poco importa que no vaya  
la lengua de poste en poste  
o que se modere el paso  
vertiginoso del hombre.  
Los pueblos se comunican  
por senderos subterráneos.  
Se dan la mano y el brazo  
como se juntan dos mares  
como se funden dos llantos  
como se unen dos cristales  
—de la ventana y del aire—  
para acortar el espacio.

VI

Mañana pueden las manos  
sumerjirse en el aplauso  
y en el viento jubiloso

dejando de ser los restos  
desplazados de un naufragio  
hacia un tiempo que debiera  
cerrarse como los ojos.

No imitarán a las plumas  
blancas y negras de pájaros  
cuyo traslado depende  
de los caprichos del aire  
ni a recortadas orejas  
a la deriva en un plato  
ni a mutilados escritos  
aquí y allí por la calle.

Serán fortificaciones  
contra el espanto desnudo  
espejos para mirarse  
las tristezas de la cara  
dos péndulos o dos lágrimas  
en las órbitas del mundo  
dos desesperadas llamas  
acariciando el futuro.

## VII

Busco la palabra virgen  
dueña absoluta del aire.  
Busco la palabra libre

que despega de los labios  
como el pájaro  
—sin que su vuelo termine  
en el alero de un astro—  
saliendo a la superficie  
de las manos  
o del mar recién pintado  
de una estrella adolescente.

## PERMANENCIA DEL HOMBRE

*A Juan Hidalgo*

celebrando su Trío en Si bemol.

Tira el viento de los árboles.  
Tira el río de los pies.  
Viento y río sólo ven  
lo que no pueden llevarse.

La retirada del mar  
se lleva sólo la arena.  
Las raíces de la piedra  
pueden más.

Son las nubes las que corren.  
No la luna.  
Es el tiempo el que se fuga.  
No los hombres.

Ni la esperanza se pierde  
ni el eco ahoga el cantar.  
El futuro no se va  
porque viene.

Como el sol la humanidad  
es hoy ayer y mañana.  
Porque pasa  
y porque vuelve a pasar.

Son las nubes las que corren.  
No la luna.  
Es el tiempo el que se fuga.  
No los hombres.

## EL DÍA MÁS CERCA

*A José Luis Junco.*

### I

Que el día esté cerca  
más cerca más cerca.  
Donde pueda verlo  
y todos lo vean.

Donde no lo pueda derrocar la estrella  
donde no lo pueda clausurar el cielo  
donde no lo pueda trasladar el viento  
donde no lo pueda sepultar la selva.



Si. Junto a la idea  
que me roba el sueño  
lo quiero.

Lo quiero  
donde el hombre espera.  
Donde a mí me vea.  
Donde pueda verlo.

## II

Que ponga ese día  
sobre las cabezas  
su mano de esquinas  
para dar sorpresas.

Que se sienta cerca  
su aliento de orilla  
de mar con esencia  
de flor submarina.

Que pongá ese día  
proa a este planeta  
que está aún la vida  
más viva que muerta.

Que venga ese día  
descorchando puertas.

### III

No sé qué luz tiene  
ni cómo se escribe.

Sé exclusivamente  
que existe  
que ha existido siempre.

Y puedo decirles  
que sé a lo que viene.

### IV

La tierra da vueltas  
y el aire se mueve.  
Las ásperas suertes  
después son de seda.

Jirando están siempre  
el corazón la rueda.

La canción redonda  
que es hoy luna nueva  
mañana a esta hora  
no será tan negra.

Será luna llena.

## LA CASA POR LA VENTANA

*A mi hermano Juan Luis.*

**P**orque me veo  
a sólo unos pasos  
del panorama que parece un cuento  
del sitio deseado  
en que el sueño  
buscan y suelen conciliar los pájaros  
como dos gotas caen en un vaso  
cuando los ojos miran hacia dentro.

Porque me veo  
dentro del marco

donde el silencio pinta un solo árbol  
donde el amor se tiende en cualquier suelo  
donde la herida abierta de la mano  
pretende salpicar sus cinco dedos.  
Porque me veo donde aguarda el júbilo  
a tres o cuatro metros de ser alguien  
de saltar estos muros  
que me cierran el aire.  
Porque estoy solamente a unos minutos  
de ver salvado para siempre el mundo  
de las vidas que encienden con carburo  
de los cerebros hechos con alambre.  
Porque estoy solamente a unos instantes  
del cuerpo a cuerpo entre la luz y el humo  
en mitad de la calle  
de la luz que prepara otro diluvio  
de las pobladas ingles que dan fruto  
y del voraz incendio de la carne  
donde el valle desciende entre los muslos.

Porque digo en qué sitio  
vine al mundo y el alba  
quiso nacer conmigo.  
Porque dice mi alma  
y se me ve en la cara  
que he vivido  
constantemente a orillas de una playa  
constantemente abriéndome un camino  
constantemente hallando una esperanza.  
Y porque al tiempo mismo

mi sangre se ve siempre renovada  
y el aire estoy tocando como vidrio  
y a mi vida la empujan nuevos bríos  
y estoy creciendo como la montaña  
y estoy soñando ser como las alas  
y estoy naciendo siempre como el río.

Por esto y lo demás que no se esconde  
por todo lo que espero y mucho más  
por esto y lo que apenas se conoce  
por esto y lo que aún no tiene nombre  
acudo a recibir la claridad  
el principio del fin de cada noche  
el soñado crepúsculo del mal  
igual que la mirada va hacia el norte  
como la luz anuncia el horizonte  
como a la costa se aproxima el mar.

Por esto y lo demás  
que no se oye  
ni se ve ni se sabe dónde está  
quiero ser manantial a cuatro voces  
matriz de la palabra libertad.



## MIRANDO POR TODOS

*A un cantante negro.*

¿Qué más da el color del hombre?  
¿Qué más da que sea amarillo  
negro o blanco?  
¿Qué más da que sea cobrizo  
o malayo?

¿Han turbado los colores  
en el cielo el equilibrio  
de los astros?

No tiene el día otro nombre

cuando nace en otro sitio.  
Lo mismo sale y se pone  
el sol que alumbra el camino  
en éste en ése o en aquel  
espacio donde vivimos.

¿Qué más da el color del hombre?  
¿Qué más da que sea distinto  
en el color de la piel  
si forma en la humanidad  
tanto si es negro o amarillo  
blanco o malayo o cobrizo?

Tan hermano es el hermano  
de sangre como el que no  
comparte la misma sangre.  
Amarillo negro o blanco  
merecen el mismo amor.  
Tú y el hombre de otra calle  
debajo de un mismo sol.  
Tú y el ser de otro lugar  
abarcando el mismo espacio  
y surcando el mismo mar.

Todos sois seres humanos  
cosecha del mismo campo.  
Tú y el que está más allá  
de tus ojos de tus labios  
soñando poderte hablar  
en el lenguaje más claro.

Tú y el que está más allá  
-en el más bajo solar  
o en el castillo más alto-  
el que se ve iluminado  
o el que está en la oscuridad.  
Más arriba o más abajo  
todos sois seres humanos.

Daos la mano  
y en paz.

## ELEJÍA

*A Rafael Roca*

No seré el corazón ido por la tanjente  
ni el astro que del radio de influencia de un sol  
se escapa para siempre  
pero sí ese otro mar que del mar se desprende  
para alentar la flor  
y dispersar la muerte.

No seré el caracol que se oculta en su concha  
ni el hombre que a otros hombres va cerrando sus puertas  
o aparta las verdades porque no quiere verlas  
sino la mano ardiente que en la cabeza flota

o los ojos que acuden a consolar la pena  
o el sentir que se encuentra  
siempre en todas las rondas  
o el amor que se acerca  
siempre a todas las cosas.

Ahora mismo interrumpo—después de una noticia  
que llega a perforarme con cuchilladas negras—  
mi condición de isla.  
Y a través del océano—sin volver la cabeza—  
voy dejando las suelas  
de mi viaje de ida  
sintiendo cómo el llanto me barre la cubierta.

Sabes—como sé yo—que el silencio es un puente  
que la canción controla como un reloj el pulso  
que donde sale el sol no es perpetua la nieve  
que donde sopla el viento no se estaciona el humo.

Sabes que con luz propia dentro del universo  
lejos está el poeta de coronar a un rey  
como el ave y la estrella de encerrarse en el tiempo  
o como el corazón de poner a los pies  
de un ocaso cualquiera su inicial movimiento.

Y es que sólo el poeta se descubre ante el hombre  
que traduce a las lenguas la palabra del mundo  
se descubre ante el árbol que produce canciones  
y ante el jesto gallardo que adelanta el futuro.

Moviendo como mueve la esperanza y la vida  
el poeta no puede fracasar con la ciencia  
donde inician su juego las olas de otra orilla  
donde termina el paso de un hombre por la tierra.

Ahora mismo hay debajo de mis pies otro suelo  
y una nueva ciudad ante mí se levanta  
sin que pueda decirme si la he visto en un sueño.  
Todo en ella parece sepultado en el duelo  
aunque el luto no está sino dentro del alma  
probando la existencia de un dolor verdadero.

Que no digan que el sol aquí nunca se ha puesto  
y que nunca ha dejado de sonreír la suerte.  
No podría creerlo.  
Sin embargo ahora mismo la tristeza parece  
que es la primera vez que estos prados conmueve  
que embadurna estos cielos  
que lastima estos seres.

Hay en todas las bocas un dolor que fermenta  
y ondeando en las frentes una dura y amarga  
bandera a media asta.  
La noticia anda suelta  
de ventana a ventana  
de una puerta a otra puerta  
de una rama a otra rama  
de una estrella a otra estrella.

Se han cerrado unos labios y unos ojos se han ido.  
Todas las casas cierran.  
En las manos del hombre se ha parado el martillo  
y han quedado suspensas  
la azada y las tijeras.  
Se han parado las máquinas y el remo ha enmudecido.  
Se ha cerrado hasta el libro.

# *PLANAS DE POESIA*

## **II**

Tirada de 200 ejemplares, numerados  
y firmados por sus autores.

### **SE TITULAN LOS DIBUJOS:**

- 1. Composición I**
- 2. Retrato.**
- 3. Composición II**
- 4. Composición III**
- 5. Composición IV**

*SE IMPRIMO  
EN LA IMPRENTA DE PEDRO LEZCANO,  
EN LAS PALMAS, AL CUIDADO  
DE LOS  
HERMANOS MILLARES SALL.*





# FEDERICO CHOPIN

ELVIRETA ESCOBIO - PINO OJEDA,  
JUAN HIDALGO - JORGE CAMPOS,  
JUAN MILLARES CARLO - JOSE  
LUIS JUNCO - JOSE M.<sup>a</sup> MILLARES  
SALL - AGUSTIN MILLARES SALL,  
ALBERTO MANRIQUE - RAFAEL  
MONZON - VINICIO MARCOS  
TRUJILLO - JUAN ISMAEL  
Y MANOLO MILLARES SALL.

# FEDERICO CHOPIN

1849 - 1949

***EJEMPLAR N.º***



Dos pueblos unidos por la música.

IMPROMPTU SOBRE CHOPIN

El romanticismo se enciende y vibra en París con un aliento de libertad de nebulosos límites. El centro de Francia es el corazón—digámoslo por una vez, que en ésta no suena mal—de la vida artística de Europa, que es, para entonces, decir del mundo: impulsos, sentimientos, formas, fórmulas, modos y modas, van a pasar a muchos otros países que mientras tanto se desvanecen en una visión pictórica y literaria. Escocia con agrestes castillos y lagos neblinosos, España, bronca, colorista y semiarábica, el Mediterráneo, camino de un exotismo fácil y sonoro, la Italia de las ruinas y los bandoleros, la Europa mediosiática donde se mezclan tiranos y cingaros o el norte semiignorado y feudal. Estos son los límites de un mundo que cristaliza en producciones artísticas.

Europa—todavía puede llamarse Europa para nuestra recortada visión occidental a lo que se mueve en torno a una cultura—vive un momento de su historia en que se boceta el poderío británico y Francia enquistada los logros de su Gran Revolución tratando de contrarrestar su propio virus. Pronto va a nacer un materialismo orientador del espíritu. Pero, mientras tanto, el romántico, todo anhelos de independencia, pierde en evasiones hacia el paisaje lejano, la edad transcurrida o la más honda captura de su sentimiento. 1830 y 1848 son las fechas de dos revoluciones que estremecen el continente. En ellas, y entre ellas, se mueve el mundo romántico. Justamente entre ellas transcurre la vida parisina de Chopin.

¿Qué aportaba a la capital francesa el músico polaco? En primer lugar su figura, con el contorno dolorido de la Polonia sojuzgada proyectándose tras él como el fondo eterno de su retrato. Los contemporáneos nos le dicen bello, pálido, atractivo—no con la

callada y melancólica simpatía de la época por el exilado, el desgraciado en amor, el tuberculoso.—De todo ello, iba a tener en dosis suficiente el joven pianista.

La enfermedad le tenía emplazado desde su familia, desde la suerte común de sus amigos, cumpliendo un requisito generacional, desde algún rincón interno donde el mito bacilar aguardaba el momento preciso de su floración. Y llegaba desde la lejana y doliente Polonia, mancillada y poseedora de un pintoresquismo suavizado donde se juntan al alma eslava pinceladas tziganas. Con su palidez y su fama de gran compositor corriendo ante él, trae en una copa de plata en que le acompaña tierra de su país natal. Los amigos le habían despedido cantando:

—Que tu talento nacido en nuestro suelo:  
brille por todas partes...

El quiere cumplir su deseo. Reciente la revolución triunfadora en París, Listz se rinde a su maestría, las notas brotan triunfales de su lápiz. El amor por María Wodzinska le estimula y traza un horizonte de felicidad. El piano es maleable bajo su potencia creadora. El sentimiento de la patria se le resuelve en mazurkas y polonesas. Como Espronceda, hasta como el propio Byron, su espíritu de libertad no se encauza por sentidos prácticos, pero se traduce en sus composiciones. Y así surgen sus obras, difíciles de calificar en que advertimos algo del nacionalismo colorista de la época envuelto en una bruma poética que funde las sonoridades y donde se halla el verdadero fondo de sinceridad.

Después viene el cortejo de males. La ruptura con María. El frustrado intento de hallar consuelo en Jorge Sand. La enfermedad siendo ya algo más que un matiz a la moda haciéndose sentir en lo interno, la desastrosa excursión a Mallorca, el alejamiento de la esperanza puesta en una Polonia entresonada.

El refugio es el piano. Más y más intimista cada vez, se sumerge en la alineada serie de sonidos. Prefiere el teclado a la orquesta y el saloncillo al concierto. Quiere hablar en voz baja y mejor para pocos que le sigan. Hay algo de Heine y Becquer en el modo de sentir y expresar. Le supongo en París dando a comprender con su paso el mortecino vacilar de su llama vital. Mientras Polonia sigue sollozando en el fondo de sus notas y su virtuosismo, no de gran teclado ni golpeteo, fluye como un cauce cristalino que permite entrever las guijas del fondo. Cuando Chopin desaparece ha dejado una escuela a los técnicos y una eterna clave para conmovir a los sentimentales. El resto se evaporó porque fué consumido en la charamasca romántica.

PRELUDIO

El agua vertical de los espejos  
un hálito romántico estremece  
y en cascada de ritmos aparece  
la evocación, en gris, de los cortejos.

Los ojos, delirantes, van más lejos:  
helada estepa la amargura acrece;  
rictus de angustia la visión ofrece  
de trágicos y duros entrecejos.

El sudor de los cielos, gota a gota,  
fecunda la llanura del teclado  
y borra de la frente el triste ceño,

en tanto que el poeta, nota a nota,  
del infinito en malva iluminado,  
arranca los claveles del ensueño.



Polonesa

# P I N O   O J E D A

## EVOCACION

¿Con qué palabra intacta he de llamarte?  
¿Con qué palabra no hecha todavía?  
¿En que espectral y alada geometría  
inscribiré la grácil curva de tu arte?

Déjame evocarte lentamente,  
surtidor melodioso, colmena arrebatada,  
dulce flagelador –fusta ritmada–  
de mi furtiva ansia adolescente.

Déjame evocar tu voz doliente  
al contraluz de luna desvelada,  
ecos, brisas, notas apagadas,  
que flotan en el azul eternamente...

Déjame evocar luces de ocaso,  
ó la delicia tranquila de una aurora

para envolver tu sombra en esta hora  
que cierra los cien años a tu paso.

Déjame que me embriague en el beleño  
dulcemente aromado de tus sonos,  
que sigan siendo siempre tus canciones  
favorable horizonte de mis sueños.

¿Qué lírica glosa ofreceré a tu arte?  
—mi palabra aún no está creada  
se halla grávida en el seno de la nada—:  
sólo puedo una lágrima ofrendarte...



Fantasia

# LETRILLA

Música: Juan Hidalgo.  
Letra: Luis de Góngora.

Lento.

A Agustín y Magdalena

*canta.*

*Piano.  
(Orquesta.)* *pp*

No son to-dos rui-se-ño-res los que con-tenen-ta las flo-res

si no cam-pa-ri-las-de-pla-ta que to-can a la al-ba

The first system of the musical score consists of a vocal line on a single staff and a piano accompaniment on two staves. The vocal line begins with the lyrics "si no cam-pa-ri-las-de-pla-ta que to-can a la al-ba". The piano accompaniment features a steady eighth-note bass line and chords in the right hand.

si no tron-pe-li-eas de o-ro que ha-can la sel-va

The second system continues the musical score with the lyrics "si no tron-pe-li-eas de o-ro que ha-can la sel-va". The piano accompaniment includes a dynamic marking of *f* (forte) and a *crec.* (crescendo) instruction.

a los so-les que a-da-vo

**Lento.**

The third system begins with the lyrics "a los so-les que a-da-vo" and is marked **Lento.** (Lento). The piano accompaniment features a dynamic marking of *ff* (fortissimo) and a *f* (forte) marking.

The fourth system shows the continuation of the piano accompaniment. It includes dynamic markings of *ff* (fortissimo) and *p* (piano), along with a *poco rit.* (poco ritardando) instruction.

pp a tempo. p pp pp poco rit.

**Movido.**

No le - das las vo - ces le - das

p mf

son de si - re - nas con plu - mas cu - yas hú - mi - das es - pu - mas

**Rubato.**

son las ver - das a - la - me - das , Si sus - pen - di - do te que - das

con garbo. Dim. con garbo.

Lento

a los si-va-nes cla-mo-res • No son lo-dos rei-se-ño-res

ten.

los que can-tan en-tre las flo-res si-no cam-pa-ñi-las de pla-ta

que to-can a la al-ba si-no trom-pe-Li-cas de o-ro

que ha-cen la sal-va a los so-las que á-do-ro

Lento.

Ló - car - ti - fi - cio - so - que ad - mi - ra

y lo dul - ce que con sus la - zos de a - quel vio - lín que veis - la

*Rubato.*  
*Ni de é-so-trá in-quisi-ta Li-ra, O tró-ins-tre-man-tos quier ti-ra*

*lan.*  
*con garbo.*

*Lento.*  
*de los sen-ti-dos ma-jo-res, No son lo-dos rei-se-ño-res*

*lan.*  
*mf*

*Los que cam-bian en-tre las flo-ras si-ros cam-pesillas de pla-ta.*

*poco ff*  
*a tempo.*

*que lo-can a la alba si-ros trom-pe-li-cas de o-ro*

*mf*

*que no con la salva a los so-las que a do = =*

**Lento.**

*poco rit.*

*pp a tempo*

*poco rit.*



Estudio

J O S E   L U I S   J U N C O

MUERTE Y FUNERALES  
DE FEDERICO CHOPIN

I

Un silencio con campanas se rodeó de alfileres.  
Y cuando el aire sangraba  
en sus ojos persistían  
rubores de sensitivas y el palpar de los sables.

Una noche con espuelas le apuró cien madrugadas  
y sus manos se poblaron de palabras sin saliva,  
dejando una perspectiva de carreteras abiertas.

Trece días se retuvo aquel perfil sobre la tierra.  
Sí, ¡trece días, trece días contrahechos;  
trece días de madera invadidos de taladros!  
(Tal vez fuera larga noche con un trece a las espaldas.)

El chirrido de las puertas se calzó las alpargatas.  
En la llaga del silencio se llenaban los tinteros  
y un poeta sobre el pecho presentía una gotera,  
perforándole los vértices de los últimos clamores.

Haciendo trizas las notas de la canción más amarga,  
dió el reloj las dós en punto, dió el reloj dos puñaladas.  
El arco-iris buscaba una capa de azabache,  
y en las nevadas de Octubre se derretía un teclado.

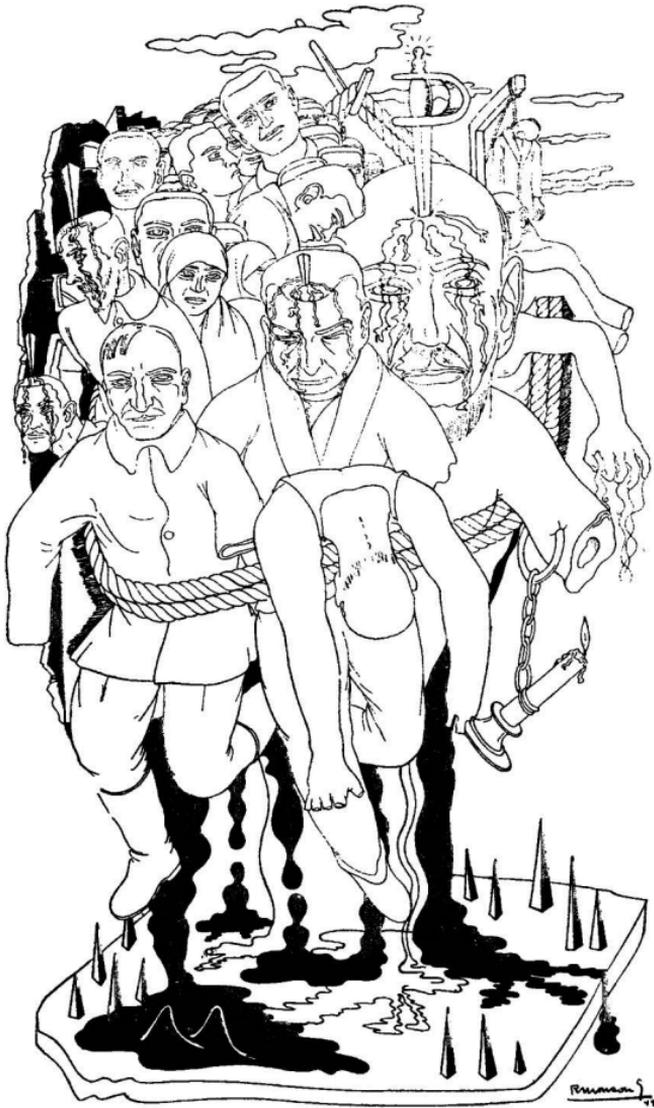
## II

Han echado los cerrojos en las últimas sonrisas.  
¡Silencio! ¡Que nadie diga siquiera media palabra!  
¿No oís fantásticos sonos creciendo como las ramas...?  
Son lamentos de las olas en las playas de Mallorca.

¡Ya el aire se apelonona formando gruesas paredes!  
¡Ya comienzan los cinceles del Requiem a perfilarle!  
(Jazmines y madre selvas sus costados van cercando.)

¡Ya está la frente de todos mirándose los zapatos!  
¡Ya llega el Aguila blanca con un corchete en las garras!  
(Negras, blancas y redondas combinaban un sudario.)

En un puñado de tierra su cabeza descansaba...  
Y cuando la Marcha Fúnebre sus dedos acariciaba:  
¡nieve y luto de marfil lo estaban eternizando!



Concreción polaca - 1831.

J O S E   M . <sup>a</sup>   M I L L A R E S   S A L L

CANTO A POLONIA

Llovido en el ascua sonora de tu alma,  
ya más allá del mar,  
ya sobre los últimos costados de una ola sin regreso,  
ya donde las crines furiosas del aliento se desbocan  
para hollar en el cielo la palabra deliciosa de los astros,  
ya en el sonido purísimo de los blandos metales de tus manos,  
oh, mi Federico Chopin, sin rodeos,  
con el alma en pie sobre todas las tumbas,  
sobre un montón de ojos de niño que se pudren dulcemente,  
oh, mi Federico Chopin,  
con mis labios calientes por el vino, voy llovido,  
con mi frente cortada bajo el brazo, sintiendo tu Polonia,  
y sus esquinas, y los tristes estercoleros  
de los vientres desgarrados por el frío de tu patria,  
hace cien años, y de tu tierra y de tu sangre, voy llovido.

Oh, mi Federico Chopin, las campanas,  
las estremecidas campanas de Francia te saludan,  
los caballos barridos por la sangre,  
    la lluvia sonora,  
la más sonora de Polonia girando, ah, Polonia,  
locamente girando en tu memoria, y tú, Federico,  
Federico Chopin, ah, si son las estrellas las que cantan,  
si es el aliento del cielo, si son las huertas,  
las estremecidas huertas, ya volcadas,  
ya vencidas sobre el aire de tu carne hecha armonía, lo que suena,  
lo que canta, lo que dice, oh, mi Federico, mi Federico Chopin.

Yo te busco en la raíz perdida de los dedos de mi amada,  
y en tu voz hecha memoria de los hombres,  
y en tu vida hecha palabra de los cielos,  
    y en tu pueblo,  
    porque pueblo fué tu muerte,  
    porque pueblo fué tu aliento,  
porque pueblo fué tu vida para siempre.

Yo te busco en mi rostro,  
dolorido en esta forma de piano contrahecho,  
goteando esta amargura de hombre que no muere,  
de silencio que revienta en mis oídos,  
o bien contra una puerta que no existe,  
    y en la tierra,  
tu pedazo de tierra como un puño de amargura en el espacio.

Oh, las campanas, son las campanas,  
las estremecidas campanas de Francia las que te saludan,  
bajo ese cielo azul del alma tuya,  
bajo la vid que se sumerge porque viene trotando tu mejilla  
de paloma,  
porque viene trotando una rosa hecha alaridos de armonía,  
porque vienen trotando tus suspiros, y tus estrellas,  
y los altos campanarios combativos de tu sangre de aluminio.

Ah, mi Federico, mi Federico Chopin,  
cómo te aman las blancas paredes de mi cuarto,  
cómo te aman las entristecidas suelas de mis zapatos,  
cuando el vino se recalienta en el espacio de mi frente,  
cuando la negra sensación de unos cabellos se derraman del vaho  
de unos ojos que son tuyos,  
sólo para sentir cómo penetras, oh, mi Federico,  
igual que el aire por la boca de los ángeles, siempre cantando,  
siempre misteriosamente cantando,  
por tu Polonia,  
por tu enarbolada Polonia.

Porque no se ha muerto el sonido  
como mueren los relojes que se pudren tercamente en un bolsillo,  
ni tú, que eres la rosa armonizada de los astros,  
eterno como el aire que rezuma esta ventana de tu nombre,  
porque siempre te veo,  
porque siempre te siento bajo el tacto delicioso de los dedos de  
mi amada,  
porque siempre he de escuchar tu desgajado pecho  
izando una colina de luz sobre las mártires esquinas de mi patria,

porque eres, como el aire, el pie derecho de mis ojos,  
y tu tierra, y tus caballos y tu dulce cielo azul, y más azul,  
y más azul, como tu gran Polonesa, ya libre, libre, libre,  
oh, mi Federico, mi Polonia, libre,  
porque ya Francia dejó de ser tu lecho, y tu desgracia,  
y sí Polonia,  
y sí tu tierra ya en tu palabra, ya en tu gloria, ya en tu libertad,  
oh, mi Federico Chopin, todo un pueblo,  
todo un astro, todo un canto.



Llanto de Chopin por sus amigos - 1832.

CHOPIN Y LA PAZ

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo  
*Espronceda*

Federico Chopin: Has traído contigo  
—el año en que tu paso bajo el sol se celebra—  
el regreso a los cauces donde eterna es la fiesta  
y el amor se disfruta con los cinco sentidos.

Federico Chopin: Has venido ligado  
a este instante feliz en que el día regresa.  
Surjirán mundos nuevos y habrá nuevas cosechas  
cuando toda esta dicha fructifique en los campos.

Tu música ha empezado por dar alas al hombre.  
Con preludios scherzos fantasías baladas  
valeses y polonesas en los pianos nos hablas  
de una vida que el frío de la muerte no rompe.

Hoy el sol se levanta con los cielos abiertos.  
Hoy el mar y los aires libremente circulan.  
Hoy la noche parece más lejana que nunca.  
Hoy se afirma que vamos a vivir tiempos nuevos.

Hoy respira mejor el ser sobre la tierra.  
Hoy se observa que vuelven a sonreír los pueblos.  
El cielo de los hombres se descubre de nuevo  
y en los lúgubres ojos se disipa la niebla

Hoy la rosa se ha abierto sin verse amenazada  
y el pájaro ha volado sin medir el peligro.  
Hoy ha vuelto la luz a inundar los caminos  
y el país de la paz a anunciarnos el alba.

Hoy el júbilo alienta los momentos del día  
y otra vez la esperanza gravita en el espacio.  
Hoy suena la descarga de un unánime aplauso  
y el mundo puesto en pie proclama su alegría.

Federico Chopin: Hoy nos da tu presencia  
el vigor y el aliento de las altas montañas.  
Federico Chopin: Hoy nos das la palabra  
y el valor suficiente para abrir nuevas sendas.

Hoy contigo levantan sus voces los artistas  
los sabios los poetas y los hombres de ciencia.  
Hoy al género humano se alían las estrellas  
y los seres cantando nacen en las orillas.

Hoy por tí los países han juntado sus brazos  
para alzar los cimientos de un estado distinto.  
Son los ríos que vienen por diversos caminos  
a fundirse en el mar de las olas en blanco.

Federico Chopin: Te aclaman multitudes  
el árbol te describe y Octubre te saluda.  
Hoy después de la lluvia  
nos colocas debajo de los cielos azules.

# PLANAS DE POESIA

## III

Tirada de 250 ejemplares, numerados  
y firmados por sus autores.

### ORDEN DE LOS DIBUJOS

1. – Federico Chopin (portada)  
*Elvireta Escobio*
2. – Dos pueblos unidos por la música.  
*Manuel Millares Sall*
3. – Polonesa.  
*Juan Ismael*
4. – Fantasía.  
*Alberto Manrique*
5. – Estudio.  
*Vinicio Marcos*
6. – Concreción polaca - 1831.  
*Rafael Monzón*
7. – Llanto de Chopin por sus amigos-1832.  
*Manuel Millares Sall*

SE IMPRIMIO  
EN LA IMPRENTA DE PEDRO LEZCANO,  
EN LAS PALMAS, AL CUIDADO  
DE LOS  
HERMANOS MILLARES SALL.

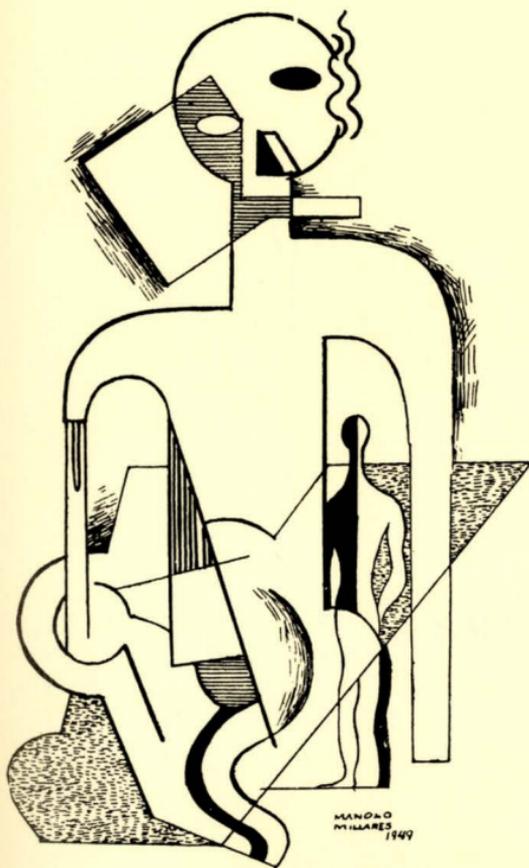


# SMOKING - ROOM

CUENTOS DE LOS INGLESES DE LA COLONIA EN CANARIAS

ALONSO QUESADA

MANUEL MILLARES SALL



# **SMOKING - ROOM**

*EJEMPLAR N.º*

CUENTOS  
DE  
*ALONSO QUESADA*  
DIBUJOS  
DE  
*MANUEL MILLARES*



## A CARMEN DE BURGOS

(COLOMBINE)

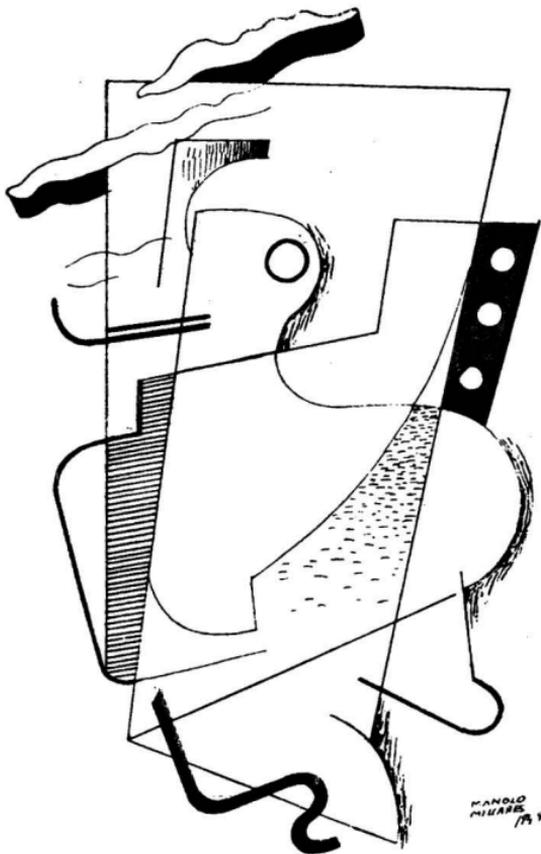
*Por nuestra antigua amistad de camaradas, Carmen,—en la que usted fué siempre para mí hermana mayor—, quiero poner, en la primera página de este libro de dulce buen humor, su nombre ilustre y querido.*

*Ocho años de diálogo lejano y fraternal, de limpia amistad sobre los mares atlánticos, sostienen firmemente el recuerdo.*

*Usted conoce mi árida vida de insulario, la aspereza circunstancial de mis soledades inteligentes... A fuerza de continentales anhelos y de arañar sobre el horizonte mudo, he podido arrancar a las vidas que cruzan por mi playa estas narraciones desconocidas.*

*Pero como es libro único en mi particular camino literario y le tengo amor, guárdemelo usted del olvido mundano, con la gracia y la dignidad de su nombre, en la puerta.*

A. Q.



## EN EL HALL

(El autor penetra lentamente en el Hall del Hotel, con un libro. Mira a todos los rincones y lee en una puerta: SMOKING-ROOM. Entra.)

ESTANCIA: El «Fumador» del Hotel Metropole. Hasta 16 ingleses de la colonia. Un domingo español para toros y lentejuelas en un lugar andaluz o castellano. El mar atlántico duerme bajo el sol su mediodía largo y ardiente como la arena áurea. Llega el picor del sueño a la estancia.

Té. Un té perfilado: las cuatro. El «Fumador» tiene un imperceptible arrullo de siesta. *El Autor del Libro*, con el mamotreto sobre sus rodillas. Tiene un aspecto falso de timidez. Mister Packer, Mr. Cohen, Mr. Lester, Mr. Wilson y doce británicos más, en los divanes. Humo de cigarrillos que hace de ensueño suplementario. Se pierde por el ventanal del jardín como las ideas humildes.

Té. «Cake». Alguna palabra entre las pausas del «sandwich». Suena la sirena de un paquebote. Mister Packer se interesa. El autor del libro acaricia el lomo del mamotreto como el poeta de «Juan Gabriel Borchman» y los ingleses lo invitan en silencio a leer.

Falta Mister Duncan. No llega. Debe empezar la lectura.

## DIALOGO

MR. COHEN            Ya no viene. (Mira a la puerta y apura el té). Es mejor que empiece usted, Mr. Quesada.

MR. PACKER                   ¿Va usted a leerlo en español?  
 EL AUTOR                    Sí. Pero mi español es accesible. Mr. Packer. un  
 honesto español de clase media. sin arrequives.

MR. COHEN                    Muy bien. Pero tome usted té. Observo que be-  
 be usted el té como una medicina.

EL AUTOR                    Como una medicina, no. Como un pretexto,  
 simplemente. (El autor bebe de una taza). Se  
 titula SMOKING-ROOM.

MR. WILSON                  Ah, ¿y por qué Smoking-Room?  
 EL AUTOR                    Son cuentos para un salón de fumar.

MR. WILSON                  Bien. ¿Y va usted a ganar dinero con ese libro?  
 EL AUTOR                    Probablemente 20 duros escasos.

MR. WILSON                  ¿Y cuánto tiempo ha tardado usted haciéndolo?  
 EL AUTOR                    Poco a poco se ha hecho en dos años.

MR. WILSON                  ¡Oh, caramba! ¿Y dos años para ganar 20 du-  
 ros? Poca cosa.

EL AUTOR                    Ciertamente. Veinte duros mensuales podrá usted  
 pagarme en su oficina, Mr. Wilson.

MR. WILSON                  Correcto.

EL AUTOR                    No importa ganar poco. Yo estoy acostumbrado.  
 MR. COHEN                  Es una costumbre muy española. La más barata  
 de las costumbres.

EL AUTOR                    ¡Pseh! Voy a leerles a ustedes este libro porque  
 Mr. Packer, el querido Mr. Packer, se ha empe-  
 ñado.

MR. PACKER                  ¡Oh, sí! A mí me hace mucha gracia. Mister  
 Quesada ganaría en Inglaterra con este libro  
 500 libras... Ahora. que es más difícil ganar en  
 Inglaterra las 500 libras.

EL AUTOR                    No lo crea usted, Mr. Packer. Tan difícil como  
 ganar los 20 duros en España.

MR. WILSON                  Correcto.

EL AUTOR                    Sí, Mr. Wilson. Yo ganaría 500 libras en Ingla-  
 terra pero es seguro que usted mismo en España  
 no me pagaba los veinte duros.

MR. COHEN                  Es que en Inglaterra hay más frío.

MR. PACKER                  Y en España, el sol sustituye muchos artículos  
 de primera necesidad.

MR. WILSON

Y como en Inglaterra cuestan más baratos los libros, se gana más.

EL AUTOR

¿Cómo, Mr. Wilson?

MR. WILSON

En España sólo gana usted veinte duros porque vende 20 libros. En Inglaterra se venden todos. En Inglaterra se venden hasta los prospectos del *Overseas Club*. Yo mismo que no hago libros, puedo hacer uno y venderlo. La solución son las Ligas. Inglaterra está llena de Ligas. Y todos los de la Liga correspondiente compran el suyo. Hay en Inglaterra Ligas contra el sombrero, contra la suela de cuero... Y como hay también la Liga de los que compran el libro sin mirarlo, tiene usted la seguridad de que lo vende. Yo puedo hacer un libro con las hojas en blanco y lo vendo. Comprenderá usted, desde luego, que lo vendo como cuaderno para anotaciones... Ahora, hay que calcular. En España no se calcula más que en la lotería.

EL AUTOR

Yo soy, precisamente, un pobre hombre, Mr. Wilson. Yo trabajo de un modo modesto y oscuro para ganar ese pan sentimental y manoseado de que hablan tanto las oraciones cristianas. Después me entretengo en esta especie de golf intelectual que si no me desarrolla mucho el caletre me distrae un ratito.

MR. WILSON

Correcto. Desde luego habíamos sospechado que no había pretendido usted escribir «La feria de las vanidades». Dice, sin embargo, Mr. Packer que es usted un humorista inglés.

EL AUTOR

Cierto, Mr. Wilson. Lo soy. Es muy fácil serlo. Además me gusta. El tono inglés es bueno y en España más. Vea usted. Las señoritas españolas han aprendido de ustedes toda la gracia de los deportes. Yo que soy un hombre magro, «rather thin», Mr Wilson, no puedo exponerme a las terribles consecuencias musculares, y me apliqué al

humorismo. Es más cómodo y hace bien. Lo aprendí antes que el idioma. Y vi que era más fácil el humorismo que la lengua. El llamarse uno humorista inglés no tiene importancia. El humorismo para mí está en ese «yes» tan gentil con que ustedes otorgan todas las cosas dulces. Sobre que si en el libro hay humorismo más bien es vuestro que mío. Por otro lado, yo aprendí a ser flemático y humorista en un pequeño folleto titulado «La flema en cinco lecciones».

MR. WILSON  
MR. PACKER

Correcto.

Nuestro querido amigo Mr. John, le enseñó a usted primeramente, antes de ese folleto, a ser humorista. ¿No es verdad, Mr. Quesada?

EL AUTOR

Justo. Mr. John, fué. ¡Gran amigo! Su monóculo era de un cristal extraordinario. El decía que todo el «humour» está en el monóculo. Yo lo recuerdo gratamente. Y digamos en honor de las cosas levemente agradables que no hace mal nunca un señor de monóculo. En el rincón de un gran comedor inglés es preciso que haya siempre un señor de monóculo. El monóculo puede ser como un suave perfume, como una etiqueta de limpieza social; luego se supone uno que las caras de monóculo han de estar rasuradas y limpias reflejándose en el espejo de una pechera inútil. Una ventaja. Sobre todo en España donde yo he visto señores sin afeitarse... Mr. John era tan limpio como su monóculo.

MR. PACKER

Los zapatos de charol de un señor que tiene monóculo he observado que crujen siempre con un imperceptible rumor de media de seda. ¿No? Claro, Mr. Quesada. Todo el humor está en el monóculo, como dijo Mr. John. Por lo menos el humor del salón sostiene al señor del monóculo, erguido, firme; y visto de espaldas el señor se le nota el cordón del monóculo, como si fuera el hilo con

que está sostenido a esa sociedad tan divertida. Mr. John era un hombre muy inteligente.

EL AUTOR

Yo le quería mucho, y él, a pesar de su hielo, me quería también un poco. Una vez fué a un viaje largo. A la Palestina. Volvió después de seis años. De todos los lugares sagrados me envió unas tarjetas ridículas. Casi todas eran vistas del Tánis. Y ponía en una: «Este es el mar Rojo. Por aquí pasaron aquellos cándidos israelitas al mando de Moisés». «Ese puente que usted ve en un extremo es un capricho del grabador de la tarjeta». Volvió aburrido, pero me trajo un regalo. Me lo anunció antes solemnemente: «Le traigo a usted un regalo que no sospecha». ¡Era un vaso plegable! Realmente no lo sospechaba. Me quedé un poco asombrado con el vaso, pero Mr. John me dijo muy serio: «Pude traerle a usted otro recuerdo más rico; ya sabe usted que no soy tacaño, pero este vaso es un regalo útil. Para mí guarda un recuerdo sorprendente. Recorriamos los lugares sagrados. Llegamos muertos de sed y de fatiga a un sitio donde corría agua fresca. Mis compañeros hubieron de beber en las conchas improvisadas de sus manos, pero yo saqué mi vaso, que fué como un cáliz divino en aquel instante, y bebí ansiosamente hasta diez. Algún día, cuando vaya a Palestina, verá como tengo razón».

MR. WILSON  
EL AUTOR

Gracioso, correcto. ¿Guarda usted el vaso? Sí, lo guardo. Y ya lo utilicé un día, Mr. Wilson.

MR. COHEN

¿Comprobó usted las delicias del vaso? ¿Ha estado usted en la Palestina?

EL AUTOR

Nunca.

MR. WILSON

¿Entonces..?

EL AUTOR

Es que en ese vaso plegable es donde he bebido yo todo el humorismo inglés.

## CUADRO

ESTANCIA: La misma. Las cinco. Oro de whisky en las mesas del té. *El Autor del libro*, sostiene unas cuartillas en la mano. Mr. Duncan no ha venido. Silencio. Silencio británico: Silencio de pupitre, suavidad silenciosa de felpudo. Los ingleses no escuchan. Sólo Mr. Packer sonríe con una grata sonrisa de Pastor. Mr. Wilson fuma en su pipa y hace como que envuelve las ideas en el humo. El tiempo se desliza, como una moneda de oro en un tapete verde. Todo se hace tiempo. El tiempo es moneda.  Habrá tiempo, pues, para acabar temprano?

El Autor lee deprisa para ganar el tiempo... Una pausa antes de empezar. Luego, asegura la voz con una mirada sobre el auditorio gris, y empieza en un tono engolado, hispánico, la lectura.

## LAS DOS MUJERES DE MR. TALBOT

La primera mujer de Mr. Talbot había muerto tísica. Era una inglesita de porcelana, dulcísima y tranquila, que marchitó su vida junto a la aridez de Mr. Talbot que era un viento seco de egoísmo y de mercantilidad, un trovador de la Teneduría. Para él, recibir una larga carta de Nueva York, una de esas enormes cartas americanas de sobre azul y apaisado—carta de papel irrompible, las que hay que abrir siempre a puñetazos—era como recibir una idea luminosa o la intensa sensación de un perfume. Cuando Edith, su primera mujer, murió, Talbot esperaba ansioso de California, uno de estos pliegos urgentes. Por eso, al levantarse aquel día y observar que su mujer estaba más demacrada que nunca, se enfadó. Miraba a la pobre inglesa con cierto rencor comprimido y vio que ya no tenía sino unos ojos profundos que se perdían en las cuencas sombrías como si rodaran, para desaparecer al fin, en un abismo negro sin fondo. Vio que ya no podía hablar, que la voz no se oía, que era una voz tan sutil y silenciosa como la voz del pensamiento. Y sospechó, se convenció enseguida, de que la muerte rondaba, como una abeja, alrededor de la muchachita rubia. Y hasta sintió el rumor de las alas y el rebotar del insecto en las paredes desnudas. Si se muere ahora mismo—pensó—vá a ser un conflicto.

Y mistress Talbot, claro, se murió sin más consideraciones. Los ojos acabaron de perderse y la boca se entreabrió para que saliera el ténue adiós de la partida. Se murió, como se mueren todas las delgadas inglesitas de las colonias: indiferentemente, enco-

giéndose de hombros y dejando entrar por el pecho la muerte para que desde dentro pudiera arrojar los últimos chorros rojos de la vida dañina.

Mister Talbot la vió morir y después de muerta la contempló largamente, sin piedad y sin dolor. Era una triste silueta. Parecía un armazón de mimbre, bajo las sábanas. No tenía ojos, no tenía boca. La cara era una mancha lívida que se confundía con los claros cabellos de lino. Las manos pequeñitas no se veían tampoco, mezcladas en los amplios encajes de la colcha.

Mister Talbot quedóse indeciso. ¿Qué hacer? Estaba solo. No tenía criados. El portero de la oficina les traía del hotel las comidas. Una mujer les arreglaba la casa y esta mujer no llegaría sino dos o tres horas después. Y él necesitaba estar en la oficina temprano. Lió un cigarrillo. Lo encendió. Y siguió razonando.

Era natural que su mujer se muriera. No tenía hijos, no tenía salud. Una mujer sin salud y sin hijos no era negocio. Además, todo el mundo se muere. Si él hubiera sido el muerto la cosa tuviera otro color distinto. ¿Quién hubiese abierto las cartas de Nueva York? Y acordándose enseguida de la que esperaba, y sin mayores reflexiones, con una agilidad deportiva, arrojó el cigarro y se dispuso a vestir a la muerta.

Sacó trajes del armario. Un traje blanco, un traje rosa, un traje verde. Todos vaporosos, alegres; trajes de inglesas lindas, trajes económicos para las colonias, hechos para las heridas del sol y las aguas malas de los lavaderos españoles que las rompe pronto. Talbot no sabía que traje poner a su muerta. El verde era demasiado cruel, el blanco igualaba demasiado con el rostro.

La vistió al fin con el traje rosa. Y aguardó un rato, contemplándola. ¡Si no hubiera estado enferma...!

Quiso—por un breve instante conmovido—darle un beso de despedida. pero se detuvo. La muchacha tenía una sombra sangrienta en los labios. No era posible, pues. Además, realmente, ella no estaba allí. Aquello sólo era un ridículo simulacro de la querida gentileza. Mejor era marcharse. Y cogió el sombrero, cerró la puerta bruscamente, guardándose la llave y corrió afanoso a su oficina.

—¿Y mistress Talbot?—le preguntó solícito el portero, al entrar.

—Mistress Talbot se ha muerto ahora mismo. Y se metió en el «Private Office» devorando con una avidez morbosa todos los sobres ocres, azules, que venían de la América lejana perfumados de humo y llenos de eco fabril.

A las dos horas salió y fué a disponer el entierro.

Al siguiente día no había ya en su alma huella alguna de la muerte. Con la misma tenacidad de siempre volvió a devorar cartas y a lanzar cartas al mundo.

Pasaron algunos años. Talbot se levantaba a las siete y salía de su oficina a las ocho de la noche. Pero tomaba el *lunch*, el té y bailaban en todos los bailes de turistas. En esos bailes severos que parecen de oficina, que tienen la pesadez y la monótona insulceza de una oficina.

Jamás hablaba sino las palabras precisas de sus cartas. Parecía no ver a nadie, absorto en la llegada de una carta única, de una carta mejor que las otras, la carta ideal que sería el verdadero triunfo de su vida mercantil.

Llegaba el verano y Talbot hacía un viaje a Inglaterra. Volvía más rojo, más seco y con un traje nuevo, pero igual al del año anterior. Un traje gris, agrisado por la ceniza de Londres y por la universal indiferencia inglesa. Un traje de espíritu impávido, gris como el alma de aquel hombre hermético.

Un año volvió con el traje y con una mujer nueva.

Pero esta mujer no era rubia ni triste, ni cristalina. Era una mujer espléndidamente morena, una inglesa injertada, de ojos vivos, que el sol atlántico incendiaba más. Tenía unos senos brincadores, unos senos que hablaban en voz alta, como para matar el recuerdo de aquellos otros senos chiquititos, silenciosos que se replegaron tímidos en el pecho hundido. Talbot había adquirido ahora una mujer más duradera. Había sido un negocio más firme. La segunda mistress Talbot era una mujer que bien valía cualquiera de los nutridos sobres que Talbot recibía de California con tanta dicha.

Y si antes no había fijado un hogar, ahora alquiló un chalet confortable, porque la nueva mistress Talbot era aficionada a las

alegrías caseras. Daba té, hacía música, jugaba al tennis con sus amigos y cantaba. Traía un ardor español en la sangre, y la carne morena se había curtido bajo el sol de Calcuta. Pero Talbot continuaba sin conmoverse. La mujer salía sola y regresaba muy tarde, la mujer fumaba cigarrillos turcos, la mujer se divertía con todos los pequeños *gentlemans* de la colonia. Y Talbot mudo siempre. Jamás la mortificó con impertinencias latinas. La dama hacía su gusto, que era muchas veces bastante exótico.

¿La amaba Talbot? ¿La amaba más que a Edith? Parecía que no la besaba nunca. No se le notaba que la besaba. Tenía los labios fijos, sin huella de vibración, como si no se hubieran despertado jamás por un beso. Mr. Talbot abriría sin duda el corpiño de su mujer como abría los sobres yankees. Se acostaba con ella oficiosamente y si allá en el recóndito rincón de su alma la guardaba amor, la estridente inglesita no era, no podía ser sino una de las tres horas fijas de Talbot: la hora del té, la hora del lunch, la hora del amor...

Corría el tiempo. Talbot abriendo sobres y su mujer abriendo almas. Y una tarde, cuando el árido inglés regresaba de su oficina, hallóse en el hall de su casa a su mujer, charlando vivamente con un hombrequito moreno de mirada española. Hizo un imperceptible gesto de «manager» contrariado y aguantó impávido la presentación.

—El señor Prada, mi marido...

El señor Prada había estado en Londres, de mercader elegante. Era hombre rico, muy distinguido. Había oído cantar a la Melba y vió dormirse, cantando también, en un concierto benéfico, a Adelina Patti. Mistress Talbot, soltera aún, estuvo esa misma noche en el teatro. Y mientras la diva famosa se dormía antes de acabar su canto, los ingleses la ovacionaban. ¡Qué recuerdos...! El Sr. Prada conocía la «Royal Galery», había estado en el «Serpentine» de Hyde Park. Era un perfecto londinense. Y Talbot, mientras su mujer le contaba entusiasmada estas cosas del señor Prada, tenía puesta su imaginación en una importante avería. Al puerto acababan de llegar unos camiones americanos, todos averiados. Y Talbot necesitaba inspeccionar. Por otro lado aquel señor Prada le había contrariado un poco. ¡Acaso la primera sensación de su vida!

Y en cuanto tomó el té con el señor Prada, pidió permiso para retirarse.

—Voy al Puerto, si usted me lo permite.

Y rápidamente, como iluminado por una idea definitiva, añadió:

—Venga usted conmigo, querido señor. Verá que camiones tan interesantes.

—Mr. Prada estará mejor aquí—contestó la señora, vehémente—¡Qué ocurrencia, Fred! Llevar a Mr. Prada a ver un camión, como si se tratara de la Gioconda.

—Digo yo,—insistió Talbot, mirando fijamente por primera vez a su esposa—que un camión es muy interesante. He oído decir que el autor de la Gioconda era muy amante de la mecánica y, seguramente, le habrían interesado más los camiones que sus propios cuadros.

Pero mistress Talbot, volviéndose al señor Prada, insinuó dulcemente:

—Mr. Prada no querrá.

—¡Sí querrá Mr. Prada!..

Y como el tono de la voz era violento, desusado en Talbot, la señora dejó marchar al señor Prada, que con mayor gusto se hubiera quedado con la dama.

Y Prada y Talbot se marcharon al puerto aquel día. Cuando regresó Talbot, solo, le dijo a su mujer:

—No me gusta nada ese Sr. Prada.

Y fué tan seca la frase, tenía tal durez la mirada del marido que mistress Talbot desconcertada, acobardada, no osó chistar.

No comprendía mistress Talbot aquella inesperada actitud de su marido. ¿A qué aquella impertinencia impropia de un inglés civilizado?.. Eran unos ojos nuevos, duros, decisivos; era una nueva voz de sonido extraño. ¿Por ventura, la amaría aquel hombre?..

La señora Talbot sentíase distinta, como ante una espantosa revelación. ¿Era la luz atlántica, el sol, el mar, todas esas cosas vibrantes las que, actuando cotidianamente sobre el alma de aquel hombre de acero, lo habían cambiado? ¿Era un marido inglés? ¡No podía serlo! Y al mismo tiempo que mistress Talbot descubría este mundo insospechado en su marido, sentíase ella también de

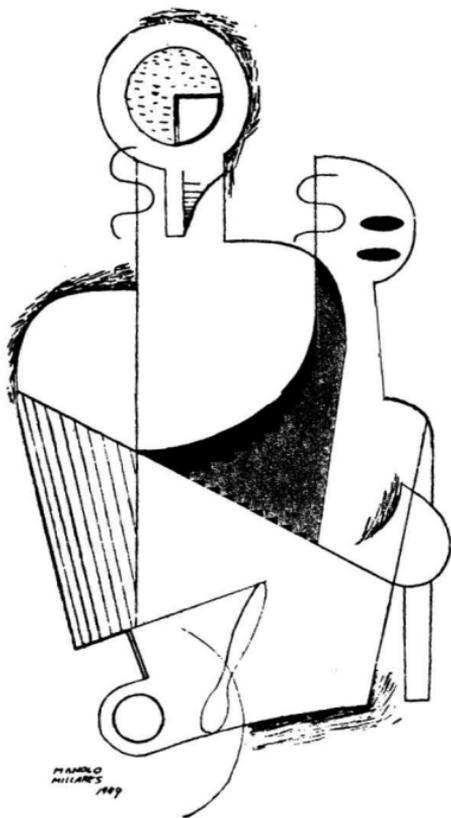
un modo nuevo, con un ardor distinto. La espalda se le erizaba cálidamente, los senos querían romper las suaves prisiones del corpiño. Cruzaba las manos nostálgica, entreabría los labios con una sonrisa dolorosa y alegre. Ella, en realidad, fué siempre así, pero ahora, todas sus ansias se extendían lánguidamente, tardaban más tiempo en acabarse y cuando se acababan, dejaban el alma y la boca con un amargo gusto más deseoso.

Otro día, después de aquel señalado, estaba sola, paseándose nerviosa en el hall. ¡No podía ser! Su marido, aquel hombre terriblemente frío había vuelto al mutismo: el apasionado gesto no se repitió. ¿Tuvo celos, entonces? Y mistress Talbot, rabiosa, desesperada, sintió como en su espíritu florecía un silencioso rencor por su marido. Era un hombre indigno. No había vuelto a ver a aquel agradable señor Prada por culpa de una incomprensible actitud de marido español o italiano. ¿Qué pretendía hacer con ella aquel hombre? Y recordó, espantada, lo que le contaron antes de su boda. ¿No había encerrado a su primera mujer muerta, y se había marchado a la oficina fríamente, sin dolor, sin pena? ¿Y ahora, cómo esa violencia, esa ridícula pretensión de prohibirle sus amigos particulares?..

Mistress Talbot cruzaba por el hall agitada. Tenía irresistibles deseos de vengarse. Sí. Se vengaría. Era necesario recobrar la libertad. ¿Qué podía hacerle Talbot? Matarla, no, porque en el fondo, todos estos egoístas son cobardes. ¿Divorciarse de ella? Mejor. ¡Ah, qué alegría! El divorcio. Eso.

Sonó un timbre, el timbre de la calle. No lo oyó. Y siguió paseándose, concibiendo la venganza. Volvió a sonar el timbre y a poco vió aparecer a la doncella seguida de Mr. Palmer, un inglés bello como un griego antiguo que leía el Kempis y recitaba versos de Tennyson. Mistress Talbot dió un grito de alegría. La venganza se presentaba mejor de lo que esperaba. Palmer era el hombre. Tendió su mano al inglés y luego de un momento de vacilación, en el que acechó el más mínimo gesto de su amigo, se le arrojó en los brazos llorándole apasionadamente.

El lector del Kempis recibió a la fragante compañera con una sorpresa tan calurosa que más parecía corazón pagano que humilde imitador de Cristo.



Mistress Talbot lo sentó a su lado. Empezaba a vengarse.

— ¡Ah, Mr. Palmer! Estoy loca. Lo sé. Esto es una locura. Usted no lo comprenderá. Pero yo me vuelvo loca aquí dentro. Este país es muy triste. Mi marido, además, no me ama. ¡Oh, y usted no sabe lo que en un país de estos significa no amar! ¡Oh, Mr. Palmer, que pensará usted de mí..?

Y se juntaba al inglés más apasionada, besándole la boca griega. Y Palmer la recibía más sorprendido pero besándola también.

— Gracias, Mr. Palmer. Yo le amo a usted. Es decir, no sé si le amo, pero no amo a mi marido. A mí, tampoco me ama nadie. ¿Usted me amará, Mr. Palmer? Mi marido jamás se ocupó de mí, pero un día sin razón justificadora se siente celoso y me prohíbe una amistad. ¿Ha visto usted que inglés más extraordinario? ¿Cree usted que un inglés tiene derecho a prohibir a su esposa un amigo? ¿Comprende usted que se pueda ser celoso sin amar? ¡Bésemelo usted, Mr. Palmer, bésemelo usted! ¡Ah, cuánto diera porque Talbot me viese ahora mismo! Así recobraría mi libertad. Una vez fuí débil, pero no lo volveré a ser nunca.

Y la ardorosa inglesa se abrazaba al imitador del Kempis con un oriental frenesí de favorita. Lo besaba en los ojos, en los labios místicos, en la nuca santa.

Había un sol llameante en el jardín, el sol hería los cristales del patio, el mar vibraba cerca. Un rumor infinito agitaba el lomo azul del Atlántico que se tendía en la playa con languidez fatigosa. Mistress Talbot, perseguida por la luz africana, por el rumor marino, crugía de amor sobre las rodillas del señor Palmer que ya no imitaba a nadie sino a su propio instinto, sorprendido y cercado por unos cálidos brazos y una boca furiosa y hambrienta. ¡La venganza estaba consumada ya!

Pero mistress Talbot miró de pronto hacia el jardín y dió un grito, separándose de su amigo. Detrás de los cristales, contemplándola sonriendo, estaba Mr. Talbot.

— ¡Huya usted, Mr. Palmer! Es mi marido. Por esa puerta... Salga usted por el camino de las lomas... ¡Oh, qué sorpresa!..

Palmer, sin saber que hacer, salió por la primera ventana que vió abierta, en el mismo momento que Talbot abría lá puerta del hall.

Mistress Talbot, teniblorosa, espantada, con un espanto que no esperaba tener cuando concibió su venganza, replegóse en un rincón esperando el instante de la tragedia. ¿La mataría? Volvió a verle los ojos con que miró al señor Prada y sintió otra vez aquella voz terrible y distinta, sonar en el hall. Se había extremado. ¡La catástrofe iba a ser enorme!

Pero Talbot se sentó tranquilamente en un sillón y se puso a hojear un periódico.

¡Dios mío! —pensó la ardiente muchachita— Ahora me mata. Esta frialdad cruel, es una señal de muerte segura.

Talbot volvió los ojos hacia ella. Ella, estremeciéndose, se retorció como una serpiente herida. Talbot la llamó. ¡Ah, sólo le quedaban de vida unos minutos!..

—¡Oh, mistress Talbot!.. ¿Estábais ahí? ¿Qué tenéis?.. Acercaos.

Pero ella no se acercó. Estaba arrepentida. ¡Oh, si pudiera deshacer lo hecho! Talbot la volvió a llamar: esta vez con la voz más dura. Se acercó lentamente. Y cuando se halló frente a él una sombra de sangre le cubrió los ojos y un frío espantoso le erizó la espalda. Talbot, sonriéndose, exclamó:

—No importa. ¿Qué tenéis? ¡Si os he visto! Y lo comprendo. Un temperamento como el vuestro. A mí no me importa nada. Acérquese... No le haré nada... No vaya a dar lugar a un escándalo... Se pueden enterar los criados... Venga. ¡Si no me importa! Es un inglés reservado... ¡Españoles no! Los españoles todo lo dicen en seguida...

¡No la mataba, Mr. Talbot! Pero se sintió muerta, con los ojos en el fondo de su alma, se sintió muerta, vestida de rosa y que aquel hombre la dejaba en un cuarto desolado, cerrando la puerta con un estrépito brutal...

## LA SILUETA DE DUNCAN

Mister Duncan es interesante porque se emborracha y porque es profesor de francés. He aquí una frase de Mister Duncan: — «Yo, todas las noches, cuando me voy a acostar meto la cabeza en la palangana. Y la cabeza hace ¡puff! como los fósforos encendidos que se sumergen en el agua».

Mister Duncan llegó a la ciudad de incógnito, como el Rey de un estado minúsculo. Fué el único inglés que no se le vió llegar. Parecía, como si hubiera venido escondido en la bodega dentro de un cajón que no abrieron sino en el hotel. Llegó embriagado. La borrachera actual es la misma de antaño. Una borrachera crónica que ayuda a mantenerse en pie, con tiesura urbana de *policeman*. Es probable que si Mister Duncan no estuviera siempre borracho se derrumbaría como un muro antiguo.

La figura de Mister Duncan es tan popular como la estatua de un pobre hombre. No huele a vino jamás, Mister Duncan. Su borrachera es intrínseca. Digna, civil y liberal.

—¿Cómo se puede saber que está borracho? Porque él lo dice. Oid: — «Estoy borracho».

—¿Cómo está usted borracho, si no se le conoce a usted que lo está?

—No se me conoce, porque soy inglés. La borrachera de un súbdito inglés es respetuosa, silenciosa y con cierto matiz irónico. Nadie piensa que yo estoy borracho, porque lo estoy siempre. Y si me sonrío solo, es porque sé que la gente está engañada.

Mister Duncan pasea su borrachera como el Pabellón Royal.

Es una borrachera que parece ondear, rítmica y severa, sobre la cabeza de su propietario, asta humana. Una borrachera independiente de todas las demás borracheras del mundo. Emancipada, casi.

Mister Duncan sólo bebe y siembra vocablos galos como un labrador filológico. No concibió jamás la guerra europea. No se estremeció. No fué a luchar tampoco. Decía: «Por uno sólo que deje de ir no se va a perder la guerra, ni se va a ganar porque yo vaya». La borrachera se detiene, magnánima en él. Sin embargo...

—¿Ve usted como los alemanes destrozan los pueblos franceses, Mr. Duncan?

—No importa. Así tendrán más cosas que pagar.

Y cuando la paz llegó, Mister Duncan para brindarse la gloria tomóse un vaso de agua mineral. Ese día tambaléase sobre las aceras. ¡*All right!*

Después, adoptó repentinamente un aire pensativo, misterioso, de hombre que tiene una rueda sin llantas de goma dentro de la testa.

No habló sino la precisa gramática de su Ollendorff recalcado. El pensamiento estaba, como en una Sión maravillosa, confundido. Había en él un pensamiento preocupado del camino del otro pensamiento que sostenía el soliloquio de una emoción recóndita. Miraba distraído el «man». La borrachera, resentida de su abandono, llegó a arrastrarle detrás, como una paja desdoblada.

«Le pere». «La mere». ¿Tiene usted el cuchillo de «mon cousin»? No; pero tengo el corsé de la «petitè Henriette». Mister Duncan se trastornaba. Los discípulos olvidaban la lengua gala y el Ollendorff, era un *Ahu*, desorbitado e inútil. —¿Cómo se dice regalo, en francés?— ¡Se dice «couteau»!—El corazón y el seso de Mister Duncan eran dos arcos herméticos.

Cuando la colonia celebró el triunfo de la Paz con un banquete y los hurras volaron como los humos de las pipas y el whisky cantó un «God save the King» sin oído, Mr. Duncan calló más.

—¡Esto prueba que Inglaterra es el país más fuerte del mundo!— ¡Hurra!

Los ojos de Mr. Duncan pasaron entre los hurras serenamen-

te y la mirada serenísimas era como un cielo bajo en el que se desahacían las lágrimas de los cohetes y se perdía el humo del entusiasmo oficial.

—¡Volverán los barcos y nosotros seguiremos siendo los hombres del mar!

Pero Mr. Duncan afirmaba más su silencio y su desdén.—¿No era patriota? ¿O la borrachera había decidido de su chola y se iba haciendo caos el pensamiento y abismo negro la memoria magnífica?—No. Mister Duncan poseía un secreto. Un secreto de folletín. ¿Dónde estaba este secreto?

¿Una herida? ¿Mister Duncan tenía una herida? ¿Un cáncer? ¿Una preocupación familiar? Su rostro era de tener un hermano con las piernas cercenadas, una granja incendiada en Francia, una mujer en la Cruz Roja del frente. La sonrisa era amarga a veces, a veces alegre, de una alegría imperceptible y rápida. Pero nadie supo la razón entonces. Y la ciudad sunisa, se durmió, tiritando de frío, en el portal de este secreto terrible.

Un día lo vieron salir del telégrafo. ¿Qué fue? ¿Acaso el secreto? Otro día lo vieron entrar. ¿A quién telegrafaba este hombre solitario, antes tan expansivo, ahora tan sobrio y hermético?

La paz ¡oh, hombres! creció sobre el mundo entero. La paz académica y oficial. Mister Duncan no sonreía. Y llegaron vapores al puerto y la isla tornó a sonreír y a sembrar la grosería de sus plátanos, sus tomates y sus exportadores. Las bananas de la insula correrían a Inglaterra otra vez. Agentes, cosecheros, estudiantes de inglés... Y en medio de este tráfago que distrajo la curiosidad sentimental, de rebotica, y que Duncan temía, la boca trilingüe de nuestro empapado amigo dibujó su nueva sonrisa.

Y un día, casi olvidado ya el misterio del secreto, sonrió del todo, a plena boca húmeda. De un modo elocuente, d'anunziano. Sonrisa de primer Ministro. Le vimos y se acercó a nosotros.

—Estoy más borracho que nunca. Pero aquí, en el bolsillo tengo una cosa extraordinaria. Una carta. Se la voy a enseñar a usted. Es una carta de Lloyd George, para mí; sólo para mí. Es contestando a un telegrama mío. ¿Recuerda usted que una vez fuí al telégrafo y la gente se alarmó? ¡Ah, pues fuí a felicitar a Lloyd George!

Mister Duncan saca de su bolsillo un sobre pequeño, con el membrete oficial en un rinconcito, una carta pequeña, carta de hotel o de *miss*. El sobre decía: «E. Duncan, Esq.—Las Palmas, Canary Islands.»

Mister Duncan da vueltas al sobre cerrado entre sus manos. La emoción de sus ojos grises era todas las viejas borracheras, condensadas en una única y moderna, llena de imperio.

—¿Y qué le dice a usted Lloyd George?

—¿Qué dice?—Y Mister Duncan nos sonreía con desdén.—¡Oh, no sé qué dice! La he recibido ayer y no la he abierto todavía.

Y luego de otra pausa ideológica, en la que dió más vueltas al sobre, añadió guardándose avaro la carta misteriosa:

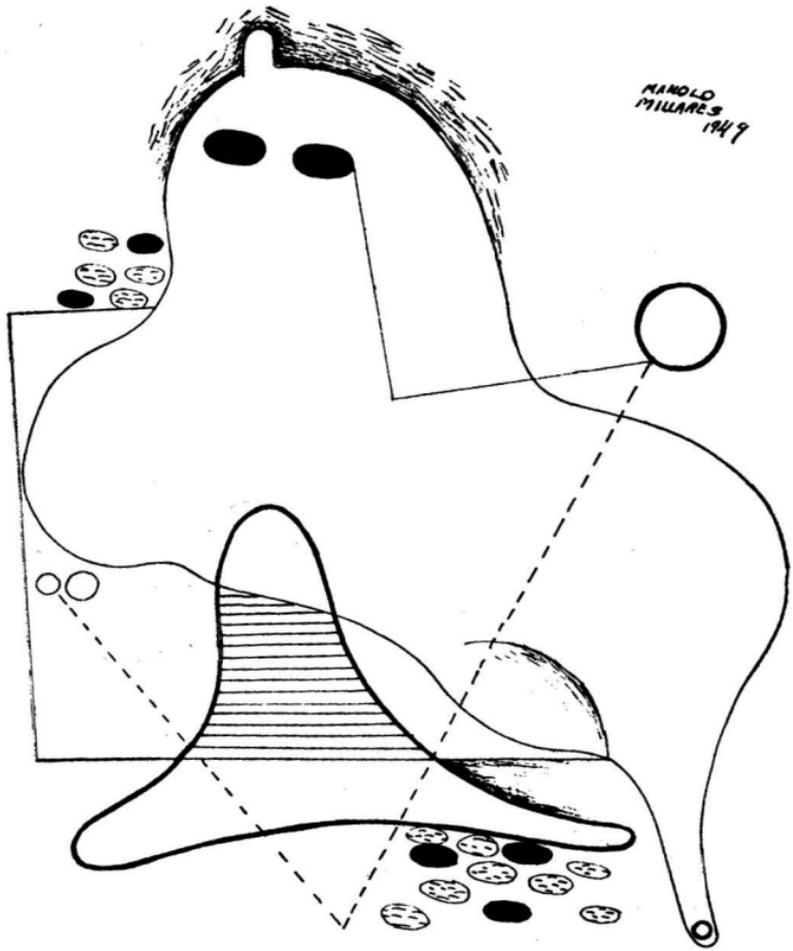
—No sé. No pienso abrirla nunca.

## EL AMOR ELÉCTRICO

Nuestra amiga, la señorita Bland, acaba de contraer matrimonio. Si la pasión no ha sido volcánica, lo fué el acto civil, de una rapidez de pensamiento. La señorita Bland pensó en su boda, y en el acto se casó. El papá de la señorita no ha podido enterarse todavía.

Esta inglesita dorada y sonora es la única hija de uno de esos militares ingleses que van a la costa de Africa, con aire y condiciones de comerciante. Un señor viudo, de bigotes largos, sobre la boca, cubriéndosela como una glorieta. El militar nos había dejado a su hija en un hotel, mientras negociaba o militarizaba en Sierra Leona. De cuando en cuando aparecía a ver a su niña. La niña, en tanto, recorría la ciudad alegremente, vestida de blanco, con un bastoncito de *gentleman*. Es linda, canta como una italiana y sabía cobrar su pensión de libras con infantilidad de mujer y cuquería colonial de comerciante. La voz era benéfica, benéfica para los hospitales y las Cruces Rojas. Miss Bland cantó en todas las fiestas aliadas que organizó el «Overseas Club». Ella ha contribuído con seis camas. Una cama de los hospitales del frente fué construída con los *gorjeos* de la señorita Bland. Era una dulcísima voluptuosidad presentirse uno acostado en aquella cama armónica, graciosa y ligera, hecha de la voz de la inglesita, y hasta sentir en las heridas las notas musicales de la miss, como un agua fresca que lavara la sangre coagulada.

Era un número de concierto ambulante. Parecía siempre como que se había escapado de un concierto inglés, que acababa de



dejar el salón donde sus austeros paisanos la aguardaran inútilmente. Era una nota bonita, fácil. Al sentirla cruzar a nuestro lado nos daba la impresión de un agua de verano, agua de jardines. Tenía el claro olor de un baño reciente, un baño de mediodía; parecía tener la gracia limpia de un cuarto de baño nuevo, con un ventanillo abierto sobre una huerta, y hasta nos hacía presumir una carne de jabón de frutas. El refugio de su cuerpo era un refugio fresco, húmedo. No había calor a su lado. Olería un ardoroso día de Levante, era ensanchar los pulmones y humedecer las narices, obstruidas de polvo, de sol. Era la brisa de la tarde, la brisa marina, que cruzaba por la ciudad cuando el sol se perdía en las montañas. Sola, sin novio y sus veintiocho años hechos diez y seis, nos alegraba el camino. Salía de una tienda inesperadamente, tropezábamos con ella al volver una esquina. La risa era una risa domesticada a la española, una risa de escenario, risa doctora en teatralería, amiga íntima del bastoncito que golpeaba en la acera al compás de la risa como un esclavo eterno de ella.

Cada uno de nosotros habíamos acordado íntimamente que no se casara con nadie. Y poníamos un secreto esfuerzo volitivo en alejarle los novios. Y ella lo notaba, porque todos se iban pronto. Los años pasaban y el tiempo lo perdía. ¡El tiempo! ¡Un tiempo extranjero! Pero no, no era perderlo. El tiempo pasa renovando las almas, sin hacer jornada en quienes la infancia hincó sus prestigios para toda la vida. El tiempo no podía perderlo, porque es él quien nos pierde. El tiempo desfila incólume sin entremezclarse en nosotros, para arrastrarnos a los que por mayor seriedad nos acercamos a su orilla. Y la señorita Bland no se quería acercar, todo lo hacía a la margen del tiempo. Como una niña arrojaba sus años al tiempo, pero ella se quedaba con menos. No, no perdía el tiempo. Todos estábamos de acuerdo para no dejarla marchitar. Y acaso por eso se ha casado brúscamente, para que no tuviéramos tiempo de quitarle su último novio.

Lo conoció ayer y se ha casado hoy. Y el bastoncito, la risa, los trajes alegres, las notas benéficas, los cabellos áureos, todo, se

prepara para ofrecerle pronto al señor Bland la sutil pillería de un nieto lejano. Porque la miss se va con su marido a Melbourne.

Haye tan lejos, para que le dejemos tener su hijo como una mujer de treinta años. Un hijo necesario para quien será toda la risa y toda la alegría que la gentil muchacha derrochó en la ínsula.

La dueña del hotel, que la cuidaba se quedó estupefacta cuando miss Bland la invitó a su boda. Y el cónsul, que es un hombre acartonado y prestigioso, con ese prestigio inevitable de las personas viejas, le ha dicho que está muy bien su decisión porque había que ser ya menos joven, que no convenía abusar tanto de los años juveniles, riéndose, y que Melbourne, aunque está muy lejos, es una población moderna. Y como miss Bland tenía prisa, por su boda, apenas oyó a su Cónsul. Sólo pensaba en Melbourne y en lo que su marido era en Melbourne.

La colonia, que la quería mucho, como nosotros, no ha podido festejar su boda, amarrando al coche nupcial el viejo zapato, ni arrojársela arroz al despedirla. Se ha casado como quien mete de prisa sus ropas en un baúl y con su marido a rastras se fué a un Banco a cambiar cheques por monedas de oro. El marido no ha tenido lugar de verla tranquila. Es posible que no la pueda ver hasta Melbourne.

Pero ella está cantando secretamente su boda. Canta dentro del pecho y la alegría musical de su alma la empuja de prisa por las calles y camina más ligera, más vaporosa.

El marido vé como se le escapa, pero él sabe que al llegar a Melbourne la hallará reposada y sin bastoncito.

¡Qué seas feliz, Oliva...! —Le dijeron los amigos ingleses.

El Cónsul añadió: «—Señorita: ha encontrado usted un buen marido...»

Las inglesas alegres por esta boda genuina, exclamaron: «Ella no sabe que se ha casado todavía...».

Y Mrs. Wood, la dueña del hotel donde Oliva vivió cinco años, sintió una pequeña tristeza al ver el cuarto de la niña vacío y dijo, entre amargada y furiosa:

—¡Qué ligereza de cascos! Conoció a un señor un lunes, se casó un martes y hoy, miércoles, se marcha para Australia...

Y añadió, desconcertada:

—Las costumbres españolas han echado a perder a esta muchacha...

*PLANAS DE POESIA*

IV

Tirada de 250 ejemplares, numerados.

SE TITULAN LOS DIBUJOS:

**Portada: Síntesis del inglés colonial**

**Retrato de Alonso Quesada**

**Tres composiciones abstractas**

SE IMPRIMO  
EN LA IMPRENTA DE PEDRO LEZCANO,  
EN LAS PALMAS, AL CUADRO  
DE LOS  
HERMANOS MILLARES SALL.



JOSE M.º MILLARES SALL  
MANUEL MILLARES SALL



RONDA  
de  
LUCES

# **RONDA DE LUCES**

*Queda hecho el depósito  
que marca la Ley.*

VERSOS:

*JOSE M.<sup>a</sup> MILLARES SALL*

DIBUJOS:

*MANUEL MILLARES SALL*

PABLO  
MILLARES 1950



**DEDICATORIA**  
***A NUESTROS PADRES.***

## *RONDA DE LUCES*

### I

**C**ampo de luces tacto fué sonoro  
recinto luminoso de la brisa.  
Soles cantó el clarín y tromba un toro  
de atmosféricos cuernos. Ya desliza  
entre nubes los vítores que un coro  
-aplausos y suspiros-, canaliza.  
En tanto sobre salvas va el espada  
que un público de aliento hace alborada.

### II

**C**ubre la plaza el nervio montañoso  
que un túnel reventando diera vida  
-tromba de lucha o carro victorioso-  
y al público se alonga y pronto olvida.  
Al aire embiste ciego, jubiloso  
saluda con sus cuernos al suicida  
que espera, por lucir ante doncellas,  
cómo su vida extiende a las estrellas.

### III

Sobre un relincho monta, espuelas pica,  
y sangra su costado espesas mieles,  
sereno, el picador que al potro indica  
—gesto de macho— al toro, que sin rieles,  
tormenta es de ceguera, y dulcifica  
el aire que atraviesa de corceles;  
en tanto al aire ondea el paño rojo,  
siempre en la mano sol, nunca despojo.

### IV

Capa de sangre arroja limpia al viento  
donde españoles ojos los ijares  
incendian con el fuego más sediento  
que voraces pisaron sus pesares.  
En palco de armonía un pecho es tiento  
de angustia florecida en los altares  
donde se yerguen soplos de sus senos,  
que ávidos de sol no son serenos.

### V

Ciega de sol su frente combativa,  
de dos puñales cuño, desbarata,  
con ímpetu de tren, la llama viva  
que a la sangre enfurece, y se desata  
la roja claridad que diestra esquiva  
la mano del torero que arrebata  
del limpio corazón de la garganta,  
el ruedo de un olé que al toro espanta.

## VI

De nuevo acude al sol que se deshoja  
el bravo impulso negro enfurecido,  
mordiendo con sus ojos la luz roja  
—de náufrago esperanza, puerto o nido—,  
que al pecho fuera paz de su congoja.  
Lloran las banderillas lo perdido  
mientras un lomo sangra lo que flores  
público fué de aplausos, red de honores.

## VII

Las patas clava firme en el terreno  
y espera al retador que se adelanta  
con paso sigiloso, hasta el moreno  
volcán de carne brava, y ya levanta  
la espada y se la hunde hasta el sereno  
redoble embravecido, en tanto canta,  
roja la sangre en tierra, mansedumbre,  
muriendo ya el que fué tromba de lumbre.

## VIII

En masa los aplausos se congregan,  
y al aire se desnudan los pañuelos  
—inviernos que apresados se disgregan—  
lamiendo con sus alas los riachuelos  
que alientos atmosféricos segregan,  
dulficando el campo que a los cielos  
blanco de luz se eleva esplendoroso  
y en hombros con el alba el fiero mozo.



## IX

Una mano en sus ojos se despluma  
donde miles sedientas le reclaman.  
Allí posa su alma que rezuma  
la vid de su pasión, allí se enraman  
las luces que a la sombra diestra esfuma  
del pecho, donde alondras se encaraman;  
allí su amor desnudo respirando  
lo gloria que alcanzó muerte buscando.

## X

Y brinda enamorado a la doncella  
músculos que a los montes acobarda.  
Oreja es como triunfo, lo que estrella  
de sombra es siempre luz que al pecho guarda,  
y luces siembra al paso, campos sella  
de nórdicos talones cuánto tarda  
la espesa algarabía de la fronda,  
y torres cede al alma que lo ronda.

## XI

Ya libres del tumulto y los honores  
-palomas en el aire malheridas-  
estancia de verdura a los amores  
buscaron, dulces goces que a sus vidas  
-por un momento fruto de dolores-,  
sintieran por la sangre, y desunidas  
las ansias que campanas son del viento;  
y libre de la angustia su contento.

## XII

Gallardo el brazo ciñe a la cintura  
que de un violín fué queja de armonía;  
la besa y se la lleva hasta la dura  
pared de sentimientos y alegría,  
en tanto de sus manos la ternura  
cobija su membrana y nace un día  
de alondras como lluvia sobre un cielo  
de cánticos que arrullan su desvelo.

## XIII

Talle de dulces lluvias: ala breve,  
las plumas naturales del suspiro;  
el que de nubes cielos tacta y bebe,  
el que a mi brazo viene sin retiro  
y pacta con mi carne y siembra leve  
su voz de alba serena donde expiro.  
¿Qué paz pulsó en tu cuerpo la cintura  
que un paso la hace luz, otro espesura?

## XIV

¿Qué me palpa los ojos? Si no un cielo  
un mar de niños muertos se los beba.  
¿Qué me canta en el ruedo de mi pelo  
que un desmayo lo tiende, otro lo eleva?  
¿De qué se llena el alma? ¿No es consuelo  
la miel de sus amores lo que lleva  
mi lengua hasta la piel de su ternura?  
¡Ay, si es selva, qué tierna su espesural

## XV

Soles en mí tus brazos olorosos  
ciñen de luna el tiempo de mi vida  
dando a mis labios goces venturosos,  
vigor a mis entrañas, donde olvida  
la carne que mis senos son esposos,  
gemelos sentimientos de una herida,  
no dueños de sí mismo, donde manos  
sedientas por su altura pisan llanos.

## XVI

Rajo sorbo de aliento, dulce guía,  
estancia pasajera que en las sienas  
sorpresa es de los labios, alegría  
de ser por el canal que me detienes  
esponja de ternura o de armonía,  
donde la voz desmaya, donde tienes  
de aliento las espaldas, donde el alma  
recinto es de silencio, limpia palma.

## XVII

Tienes como un tendido melodioso  
la voz que viene a mí de nardo y luna  
y verdes los canales del reposo  
que un corazón expande a la laguna  
donde la sangre hierve, donde hermoso  
bosque de talles crecen, porque duna,  
montículo de amor, pesa mi vena  
que un río da color y un sol serena.

### XVIII

**M**uérdeme el corazón con el latido  
que de oculto vigor el aire llenas;  
sé de mi sangre espada o florecido  
violín que me recorra las almenas  
que nieves o palomas han parido;  
sé de mis labios toro y de azucenas  
rásgame los vestidos que son flores  
que ocultan cuanto anhelan tus amores.

### XIX

**T**e clavaré hasta el puño mi ternura,  
como al toro la luna de mi espada;  
y haré dormir tus ojos en la albura  
cuando mis labios sientas, cuando alada  
la mano al cuello bese su espesura;  
y haré que un sol alumbre esta cornada  
de sombra sigilosa, porque al viento  
toreo siendo carne de tu aliento.

### XX

**S**eré como la brisa, tierna esposa,  
ceñida en tu ternura de paloma;  
nardo seré en tu mano melodiosa  
o esencia de limón o dulce loma  
de cálidos suspiros; venturosa  
será la sangre alpina que se asoma  
roja de bienestar en mi mejilla,  
lecho de soles, vértigo de orilla.



## XXI

Y en campo de seráfica armonía  
reposo dieron dulce a sus amores.  
Al ave del silencio el sol hería  
dándole paz al sueño y no temores.  
Veinte toros de sangre con el día  
huyeron de la tierra, y los albores  
que ardientes horizontes coronaban.  
Y en nubes sus pupilas divagaban.

## XXII

¿Hacia dónde, qué blanca melodía  
de los ojos me lleva? Vasto cielo  
se congrega en mi alma, todo un día  
de acústicas palomas; y de yelo  
transparente la atmósfera me guía  
hacia un disuelto cuerpo, soy un vuelo  
desconocido, soy, antes que era,  
sombra de furia o río sin ribera.

## XXIII

Es como desprenderse de la tierra,  
una esencia que emana enaltecida,  
un interior de cielo que se aferra  
tenaz hasta la altura que se olvida  
de ser, porque se busca y siempre yerra;  
y al sueño que es misterio de la vida  
o esposo sentimiento de la nada,  
la sangre se le entrega evaporada.

## XXIV

No existe la palabra que te nombre  
ni la luz que a tus ojos cante clara  
ni cielo que a tus ámbitos asombre  
ni estrella que en tu seno se apagara.  
No existe más verdad que la que alfombre  
tu voz de cielo en fruto, la que amara  
la sombra de tu sombra, la que diga  
cómo y en tí mi cuerpo se desliga.

## *P E C E S*

### I

Filo del agua es pez, cerúleo rayo  
vertiginoso, o duende de la brisa,  
ciudadano del musgo, pie de mayo,  
donde, fugaz aleta, se desliza  
y sangra la pupila como el tallo  
de sus silvestres ojos, y se alisa  
la mano como el alma y se congrega  
bajo el agua su pulso y se disgrega.

### II

Vino cosido en onda, en viento vino,  
de arrullada sonrisa el pez al cielo  
de los profundos mares; fué camino  
de estela para hermanos; fué desvelo  
de la luz de sus aguas y fué lino  
de copo malherido, donde el hielo  
de los aires terrestres buceaba  
la vida de unos ojos que él amaba.

### III

Arbol de luz, antorcha en pie encendida  
de luminosos peces, en bandada  
oscurecen la piel del brillo asida  
con la mano del agua, tibia espada,  
y curvan las colinas de oprimida  
rapidez con la aleta evaporada,  
como gamo en el aire y se disuelve  
huyendo de la mano que lo envuelve.

### IV

Hoja de luna viva en presuroso  
gesto la luz dispersa en curvo cielo,  
atraviesa la masa, donde un pozo  
de profundos cimientos fué de hielo,  
donde toro de miel hirió el reposo  
de sus tranquilas aguas, donde anhelo  
de viejo corazón quiso ser palma  
de luz, y hasta cobijo de su alma.

### V

Donde orillas sedientas se aglomeran  
y piedras, de cansancio sumergidas,  
la paz de los silencios siempre esperan;  
donde las dulces algas por las bridas  
de los nerviosos pulpos se sintieran  
absueltas de sus nervios, donde asidas  
las aletas del agua fueran viento  
porque un pez de evasivas fué el tormento.

## VI

Buho de mar, vigía de la onda  
que se expande en silencio, como brisa  
que pulsa suavemente cuanto sonda,  
dolorido clamor que se desliza  
por la mano del alma en curva fronda  
—estrella anochecida— donde pisa  
la noche su descalza sombra aguda,  
donde mora mi sueño y se desnuda.

## VII

Niños blancos, desnudos como aletas  
navegan silenciosos por el fondo.  
Buscan conchas de espuma, buscan setas  
de agua, buscan la vida que en el hondo  
y tierno mar se esconde, buscan metas  
que a sus manos desaten del redondo  
cenegal de sus almas, donde cante  
la luz y en pie la vida se levante.

## VIII

Riza el cabello —potro submarino  
que veloz deslizado surca suave—,  
riendas las blancas crines, del camino  
donde alados jardines giran graves  
la levedad del pez que aroma en lino  
la rizada corriente que no sabe  
donde el principio nace, donde muere  
se lleva en su atractivo cuanto vierte.

## IX

De pana el cielo oculto gira tierno  
bajo vientre de luz de agua dormida,  
y presuroso surca con su cuerno  
— clara trompa de lluvia— la cernida  
placidez de las aguas, donde eterno  
el corazón florece cuanta vida  
gozar se puede solo en un momento,  
donde el agua es clamor de sentimiento.

## X

Dilatadas colinas rumbo embridan  
y arrastran, como brisa, cuerpos muertos,  
donde asombrados ojos desanidan  
la dulzura del aire, donde yertos  
los labios como peces se descuidan  
y nadan presurosos hasta puertos  
sombrios de agua triste, sin que nada  
detenga su corriente apresurada.

## XI

Pulso de aguda forma es pez alado,  
tesón de la campana, y raya el cielo  
que dormido navega en apagado  
rumor de tempestad, en donde el vuelo  
fué sangre en la paloma y no ha dejado  
camino que no sienta, ni qué anhelo  
calladamente triste las regiones  
rompan su cerco, inflamen sus pasiones.

## XII

Albo sesgo mesado bajo el agua  
fué beso de corriente en la pupila  
navegante del alma, donde fragua  
de encendidas aletas asimila  
la nieve hasta sus poros, donde enagua  
de luna fué su goce, y se destila  
-pez en bajas ciudades- perecido  
rumoroso el silencio adormecido.

## XIII

Con aire de sirena dulce avanza  
-donde pórtico verde- y se detiene,  
y jardinero torna la esperanza,  
flor de tallos vacíos, sin que llene  
de olor la estancia breve en que descansa  
el cristal de la luna que mantiene  
-brillo desvanecido- como estrella,  
la sigilosa luz donde se sella.

## XIV

Niebla sorbe del aire que congela  
donde silencios cantan -sombra leve  
que al pez, rayo de mar quebrado hiela  
-corazón de agua viva-, donde bebe  
la onda su corriente y blonda vuela  
sin alas bajo el musgo, sin que eleve  
su cuerpo -en luna, aliento- porque brisa  
es, masa bajo el agua, y se desliza.

## XV

Abanico de escamas, red canora  
fué driza de la rosa y balancea  
-albo timón callado- su demora.  
Líquido rumoroso en pie se orea  
y piel de pez se busca y torna aurora  
al nardo submarino y dulce crea  
la mano que se alarga hasta la tierra  
liberada del polvo que la encierra.

## XVI

Friso de mar que potro cabalgara  
-pez de encendido lomo- submarino,  
por el ancho costado de algazara  
que mudo se debate en el camino,  
donde alado el silencio apresurara  
desnudo el corazón que rompe el lino  
del aire y llaga el pulso dispersado  
del molde de su frente, lluvia a nado.

## XVII

Mirlo en la vaga sombra fué la mano,  
ramo de agua olorosa hasta su pecho,  
y blondas caracolas, pie de llano,  
los encajes al alma y rosa el lecho  
donde dormido espera cuanto vano  
del vigoroso muslo fué deshecho,  
que pez la piel se escapa como brisa  
de su nerviosa mano escurridiza.

## XVIII

Delta el clamor se expande; sobre torre  
de cristalinas aguas, la sirena,  
-llovido el pelo al mar que un sol recorre-  
da riberas al pez y le serena  
conmóvida de luz, y a pic descorre  
con sus redondos ojos la colmena  
donde, crías de luna en agua, lloran  
fugaces las corrientes que se añoran.

## XIX

Albo su cuello ciñe de paloma,  
humedece los senos de agua fría,  
y entre el musgo que suave al cielo asoma  
tembloroso los rejos, sonda el día  
que nace donde muere, sobre loma,  
la silenciosa mano que partía,  
de peces injertada, la serena  
brevidad de las aguas en la arena.

## XX

Sumergidos jardines de rumores,  
donde sombras apagan levemente  
sus pasos submarinos, donde albores,  
-bandas las aguas, puras, en torrente-  
sobre cúspides vírgenes, clamores  
le dan a sus cinturas, y durmiente  
peldaño para el pez el cielo espiga,  
que balsa fué de aroma cuanto liga.



MANOLO  
MILLARES  
1960

## XXI

Asta de luz en pez apresurado  
donde rayo vertido peina el viento,  
donde establece el agua su rizado  
corazón de sirena y sentimiento,  
espuela fué de mar que pez izado  
no raya superficie ni lamento,  
que si sol fué del agua, fué corriente  
de sombra, y fué dolor de su torrente.

## XXII

Sí, deliciosas tiernas alas, giro  
de la onda que besa lentamente  
la clara flor del agua, fué respiro,  
y sus alados ojos suavemente  
sumergidos en conchas, y suspiro  
de pájaro enjaulado en el torrente  
de su virgen garganta, y leve goce  
de orilla, y de paloma limpio roce.

## XXIII

Bosques de agua segregan sus aromas  
y un marinero verde fué dormido  
—hoja que al viento flota— por palomas  
navegado en disuelto pez cernido  
por la plata del rayo, sobre lomas  
de submarinas sedas, cuando asido  
por la boca fugaz en pez inerte  
el hombre fué desnudo de su muerte.

## XXIV

Huído de la tierra, vuelo a sorbo  
de pulso, el pez ceñido a la corriente  
que habita bajo el agua, donde corvo  
dolor pesa en la espalda su torrente,  
dejó la vida alegre porque estorbo  
de la orilla fué el canto donde fuente  
quebró de luna el frío de su vuelo  
de agua dulce cosida y de su anhelo.

## XXV

Se ha quebrado el cristal de la pupila  
donde lienzo dormido era tersura  
de pez o plata alada, donde anguila  
la onda de la brisa fué llanura  
de marinos cabellos, donde hila  
de luna en pez tejida fué hermosura.  
Se ha quebrado su voz tan alta al viento  
que hasta el cielo pulsó su sentimiento.

## XXVI

Rompió la orilla el peso más callado  
—blanca espuma de labios— contra roca  
—pecho de terso musgo— con su alado  
corazón de agua en lucha y nervio en boca  
de rápida corriente, donde a nado  
la aleta presurosa se desboca  
porque el odio ha invadido su camino  
contagio de la tierra en su destino.

## XXVII

Con pie de pez adormecido vaga  
-yedra de sol- la vid que a la cintura,  
-nebulosa en el mar- de nardo llaga  
con cristalina mano; y la espesura  
con rumorosa sed de aire apaga,  
y transparenta el musgo con la albura  
donde un mundo se asoma y no comprende  
la vida que del alma se desprende.

## XXVIII

Náufrago gris, marino rayo alado  
descubierto respiro sigiloso;  
nave de viento a flote saturado  
de mar, navega dócil, silencioso,  
demudados los ojos de elevado  
clamor, donde con tiento rumoroso  
los hombres lloran lejos su cintura  
y una madre se alonga en su ternura.

## XXIX

De cristalino pie, de larva y luna,  
de silenciosa fibra cosechado;  
lejos del polvo negro, donde una  
y treinta voces libres van a nado,  
-jardineros del agua,- donde cuna  
de sus sienas, el mar, dejó cercado  
de cristalinas ondas, donde brisa  
da paz al pez del alma, y se desliza.

*PLANAS DE POESIA*

V

Tirada de 200 ejemplares, numerados.

SE TITULAN LOS DIBUJOS:

- 1 El picador
- 2 Retrato
- 3 La cogida
- 4 El torero
- 5 Agua y pez

*SE IMPRIMO  
EN LA IMPRENTA DE PEDRO LEZCANO,  
EN LAS PALMAS, AL CUIDADO  
DE LOS  
HERMANOS MILLARES SALL.*



AGUSTIN MILLARES SALL  
ALBERTO IGNACIO MANRIQUE



A.I.

# OFENSIVA DE PRIMAVERA

# **OFENSIVA DE PRIMAVERA**

***Queda hecho el depósito  
que marca la Ley.***

**POEMAS**  
**DE**  
**AGUSTIN MILLARES SALL**

**DIBUJOS**  
**DE**  
**ALBERTO IGNACIO MARRIQUE**

***EJEMPLAR N.º***



**A Cirilo Benítez Ayala**

*— mensajero de la verdad —  
que murió al amanecer*

**A Juan Rejano**

**A Carlos Augusto León**

**A Vicente Aleixandre**

**A Enrique Azcoaga**

**A Jorge Campos**

**A Leopoldo de Luis**

**A Germán Bleiberg**

*y a ti también*

**Alberto Assa**

## COMO TODAS LAS COSAS

Como riega la planta el jardinero  
Como forma el tipógrafo la masa  
Como conduce el carro el carretero  
Como elabora el pan el panadero  
Como construye el albañil la casa

Como alimenta el surco el campesino  
Como los hijos cada padre engendra  
Como pulsa los mares el marino  
Como la uva se traduce en vino  
Como se pone a madurar la almendra

Como alumbra el poeta la palabra  
Como se obtiene lana de la oveja  
Como ordeñan el ubre de la cabra  
Como la caja el artesano labra  
Como liba las flores una abeja

Como viene del sol la golondrina  
Como surgen la col y la algarroba  
Como el carbón se extrae de la mina  
Como se pule en el taller la encina  
el cedro el palisandro y la caoba

Como la aguja hilvana los vestidos  
Como se extrae azúcar de la caña  
Como el amor despierta los sentidos  
Como el pájaro vuela y hace nidos  
Como remonta el alba la montaña

Como escala el cristal la enredadera  
Como alumbra aceitunas el olivo  
Como esparce colores la bandera  
Como crece indomable la palmera  
Como florece el llanto colectivo

Como siembra la voz la melodía  
Como en tiempo de paz se esparcen granos



**Trabajo por crear un nuevo día  
Movilizando el aire y la alegría  
Con la lengua los ojos y las manos**

**Creando estoy un mundo donde el hombre  
Goce la libertad que no se cierra  
Vea la luz solar sin que se asombre  
Y halle el amor sin pronunciar su nombre  
En un lugar cualquiera de la tierra**

## LA PALABRA O LA VIDA

**Escuchad, de hombre a hombre,  
en las mares violentas que navegar nos toca,  
rebasado el eclipse del terror en la boca,  
los instantes del mundo llamados por su nombre.**

**Escuchad la palabra que hace frente a la muerte  
por amor a la vida.  
Escuchad la palabra que no ha sido vencida  
a pesar de que vive de espaldas a la suerte.**

**Mientras cae una lluvia que la tierra sedienta  
hasta los huesos cala,**

el vientre de la tierra se extiende como un ala,  
y el rayo que ha hecho blanco desploma la tormenta.

Se ha llegado hasta el límite del sufrimiento humano,  
y la evasión no existe.

La vida que aún hay dentro del hombre se resiste  
a no saber de un mundo que alcanza con la mano.

Escuchad la palabra  
que repite sin tregua la verdad de las cosas;  
la palabra que engendra tempestades y rosas  
para que la clausura de los ojos se abra.

Hasta el árbol más firme tiembla de pies a cabeza,  
y las puertas dan golpes cada vez más violentos.  
Como el perro y el gato, las aguas y los vientos  
se erizan al contacto de la naturaleza.

La libertad dormida por fin ha despertado.  
Levanta el tiempo el ancla para seguir su ruta,  
y la mirada, libre de toda nube, escruta  
el más amplio horizonte que el sol ha iluminado.

Escuchad la palabra que del alma despega  
para que sean claros los caminos oscuros.  
Escuchad la palabra que atraviesa los muros  
porque es algo de todos, y al corazón nos llega.

A su paso la bruma se vuelve fugitiva

**y se mueven las tierras sin que un dios las sacuda;  
el más hondo secreto del ayer se desnuda  
y la voz de los vientos se levanta agresiva.**

**Los pueblos que han llegado con su dolor muy lejos  
en las entrañas cantan un júbilo inminente.  
Una nueva alegría pone clara la frente  
y limpia las pupilas hasta hacerlas espejos.**

**Escuchad la palabra que la forma dibuja  
de la vida más bella.**

**Escuchad la palabra que a viajar nos empuja  
por encima del pájaro, más allá de la estrella.**



LOUIS ARAGON

¿En qué existencia habré entrado?  
¿Qué mundo inmenso y distinto me abrió de pronto su puerta?  
La amplitud me desconcierta  
y el color me ha deslumbrado.

Martillea una hora en punto  
sobre el yunque de las sienas.  
Por los railes azules de la sangre corren trenes.  
Y por la llaga del alma todo el dolor sale junto.

La mente se enciende como

si fuera un volcán que entrara de nuevo en actividad.  
De nada sirve poner altas murallas de plomo  
para romper en dos partes el mar de la humanidad.

Las aves que estaban mudas sus trinos han reanudado.  
La herida grave se cierra.  
Parece que hubiera vuelto la juventud a la tierra  
y la tempestad del mundo se hubiera al fin disipado.

Del alba mejor de todas nos entra la claridad.  
El primer rayo en el alma como un río se desborda.  
Y el sol brilla, y nos aborda,  
con mayor intensidad.

Hallándolo todo llano,  
juegan los cinco sentidos con lo sobrenatural.  
El aire quieto y brillante nos parece de cristal.  
Y el hombre toca el misterio fácilmente con la mano.

\* \* \*

¿A qué se debe este cambio tan brusco de situación?  
¿Por qué de las horas mustias pasamos a las más bellas?  
Suena como una canción:  
Donde puede el universo caber en el corazón,  
es que brillan las estrellas  
de un poema de ARAGON.

## NOTICIA DE MI ABUELO

*Ahora dentro de ti como en un cielo estoy,  
en un cielo infinito, con los que te quisieron.*

MANUEL ALTOLAGUIRRE

Fuiste tú como el ave raptada en pleno vuelo,  
al llevarte la mano que nos quita la vida.  
Fuiste como el naufragio de una estrella en el cielo,  
al ampliarse las ondas de tu voz sumergida  
en los mares del duelo.

Desde entonces, frecuento tu silencio profundo  
y al recuerdo continuo de tu nave me enrolo.  
Desde entonces, me tengo que enfrentar con el mundo  
inmensamente solo.

Fué demasiado pronto, pues había empezado  
a esclarecer el turbio misterio de las cosas.  
Teniéndote a mi lado,  
llegaba a descubrir, de un mundo insospechado,  
las horas más hermosas.

Tu puesto, desde entonces, continúa vacío,  
como un sitio en el cielo del que un astro se ausenta.  
Desde entonces, persigo la idea de ser mío  
para llenar el hueco que tu silencio aumenta.

No sabes lo que hubiera yo dado por tenerte  
en las horas difíciles de estos trágicos años,  
donde han visto mis ojos demasiado la muerte  
y llevo ya sufrido bastantes desengaños.

Tu voz ahuyenta el tiempo que no me dice nada.  
Por tí exclusivamente yo supe de algo nuevo.  
Hoy toda mi atención sobre tí está volcada  
y gracias a tí oriento la existencia que llevo,  
perdida entre las noches, hacia un alba soñada.

Por tí no existe engaño ni terror que me obligue,  
ni situación precaria que en mis ideas mande.  
Por tí tomó mi vida la dirección que sigue,  
y el mundo puede un día de mañana ser grande.

## MENSAJE DE ESPERANZA

Pretendo saludarte, pasando al otro lado  
de este lugar sin nombre donde reina el hastío.  
Mi palabra de aliento quisiera haber cruzado  
los muros que se juntan para hacerte el vacío.

Te sitiaron los blancos ejércitos del frío  
y, aunque es cumbre, no queda tu corazón nevado.

Tu entereza ha mellado  
los aires que las aguas congelaron de un río.  
Al mundo de la muerte tu vida se ha asomado.  
Me toca ese peligro, como si fuera mío,  
porque ya muchas veces lo tengo rebasado.

**Por el recuerdo inmenso del mundo acompañado,  
sé que no das avío  
para estrechar las manos de los que te la han dado.**

**Las olas de la noche que la tierra han lamido  
quedaron deslumbradas al ver tu claridad.  
Tu gesto innumerable ya dice esa verdad.  
Y a través de las nubes que enturbian el sentido  
hay seres subterráneos que ven la libertad.**

## CURSO DE LA VIDA

¿Son principio del fin las negras manchas  
que han empañado al sol de vez en cuando?  
Los pueblos continúan despertando.  
De nuevo el corazón late a sus anchas.

Para que un mar cualquiera se someta  
y el aire no se mueva a su albedrío,  
dueño y señor tendrá que ser el frío  
que amenaza la vida del planeta.

Hasta aquí la verdad se ha abierto paso  
a pesar de las tristes conjeturas,  
y el hombre ha vuelto a ver en las alturas  
que las penas también tienen su ocaso.

La humanidad que alterna con la fiera  
el temor a morir que no le falta,  
alba tendrá, porque a la vista salta  
que el sol ha de salir por donde quiera.

¿Qué sería del hombre si no hubiera  
aguardado con ansia ese momento?  
¿Qué sería del mundo sin el viento  
que le llega a anunciar la primavera?

¿Es que se hubiera el pulso sostenido  
y la esperanza prolongado tanto,  
si, después de la súplica y el llanto,  
tuviéramos que ser lo que hemos sido?

Ojalá que el lugar donde caímos  
no llegue más allá de hacernos viejos.  
Ojalá que el momento no esté lejos  
de cancelar la muerte que vivimos.

Llega a resucitar la paz perdida,  
la paz que ahora en el aire alcanzo y bebo.  
Sólo infunden valor un mundo nuevo,  
un tiempo diferente y otra vida.

## **EL DIABLO CON EL ANGEL**

**Empieza a estremecerse  
bajo los pies el suelo más seguro,  
mientras se pone el mundo tan oscuro  
que los hombres apenas pueden verse.**

**En tanto, un sol, el cielo no despeje  
y esté la nube en el espacio quieta,  
mejor será que pare este planeta  
de dar vueltas en torno de su eje.**

Azota un viento malo nuestra tierra  
y eléctricas descargas dan la diana.  
El corazón, que a nada ya se aferra,  
ante la perspectiva de otra guerra,  
se queda dando vueltas de campana.

El mundo entero  
por la escalera de la angustia sube.  
Lo rodean la más oscura nube  
y el espacio de tiempo más severo.

\* \* \*

¿Qué nos pasa a los hombres? ¿Qué ha ocurrido  
para que el mundo, en deplorable estado,  
por tantas pesadumbres escorado,  
se llegue a lamentar de haber nacido?

¿Qué amor pudiera haber estado ausente  
para que tanto mal se haya causado?  
¿Por qué el muerto se siente levantado  
por el tiempo vivido últimamente?

¿Por qué motivo el corazón se traba  
y las ideas y los pulsos cesan?  
¿Por qué causa nos pesan  
las palabras que el viento se llevaba?

¿Por qué, si el alba puede hinchar sus velas,  
el día dura lo que canta un gallo?  
¿Por qué, si la inquietud es un caballo,  
no suenan las arenagas como espuelas?

¿Por qué vuelve al infierno una vez más  
la humanidad que liberarse puede?  
¿Por qué, en vez de avanzar, el paso cede  
muchos siglos atrás?

¿Por qué en un mar tan fuertes cabeceos  
nos da el latido al apuntar el alba?  
¿Por qué, estando a la mano, no se salva  
el hombre con tan tristes acarreos?

¿Por qué el peligro suelto se pasea,  
abriendo precipicios al camino?

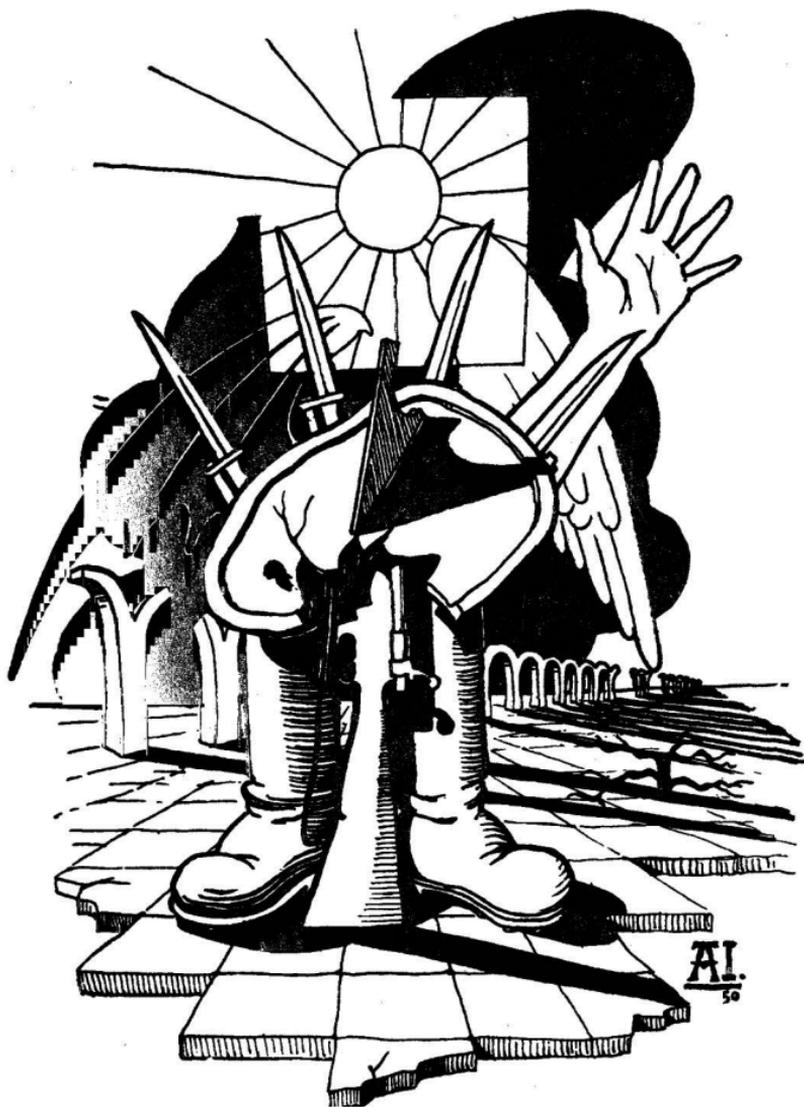
**¿Por qué, si no es siquiera ni vecino,  
el diablo con el ángel se codea?**

\* \* \*

**Todavía empapada está la tierra  
de aquella sangre que fué lluvia un día,  
y humeante la piedra, y la elegía  
escarbando las ruinas de una guerra.**

**Todavía en el trágico destino,  
sin compasión, frías miradas llueven.  
Todavía hay sentidos que se beben  
el sufrimiento ageno como el vino.**

**Todavía la luz supone un daño  
para los ojos que la noche han sido.  
Todavía es el aire compartido  
con un huésped extraño.**



Casi el poder del mundo está en las manos  
del que la humana destrucción ensaya,  
del que fomenta la dispar batalla  
de hermanos contra hermanos.

Aún en el país no hay un lugar  
que no nublen los buitres con sus alas,  
que no hiera el recuerdo de las balas  
y no acabe la sangre siendo un mar.

Todavía dará muchos rodeos  
el tiempo que ahora absorbe la atención.  
Todavía saldrá del corazón,  
aunque sean distintos sus deseos,  
un gemido en lugar de una canción

Todavía tendremos que esperar  
a que acabe el gigante forcejeo,  
del futuro que inicia su alboreo  
y el pasado que empieza a flaquear.

Pues aunque, el tiempo, sin valor se estanca,  
y hace que sea el caminar pesado,  
en la verdad se apoya la palanca  
con la que el mundo va a ser levantado.

Todavía otro tiempo habrá peor  
mientras el mal los hombres no rebasen.  
Todavía el dolor será mayor  
hasta que al fin, por anchas puertas, pasen  
la claridad, el aire y el color.

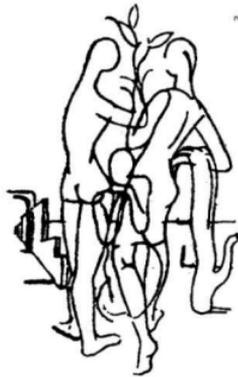
**PLANAS DE POESIA**  
**VI**

Tirada de 200 ejemplares, numerados

**SE TITULAN LOS DIBUJOS:**

1. *Templo de la Esperanza*
2. *Retrato*
3. *Como todas las cosas*
4. *La palabra o la vida*
5. *El diablo con el ángel*

**SE IMPRIMIO**  
**EN LA IMPRENTA ORTEGA,**  
**EN LAS PALMAS, AL CUIDADO**  
**DE LOS**  
**HERMANOS MILLARES SALL**





**HOMENAJE A CIRILO BENITEZ**  
**POR**

AURINA RODRIGUEZ - JOSE GALLEGO DIAZ,  
RAFAEL ROCA SUAREZ - AGUSTIN MILLARES  
SALL - VENTURA DORESTE - PEDRO  
LEZCANO - MANUEL MILLARES SALL - JOSE  
MARIA MILLARES SALL - JUAN BRAVO,  
JOSE LUIS JUNCO - ALFONSO ARMAS AYALA

**ELEGIA EN BLOQUE**

## **ELEGIA EN BLOQUE**

***Queda hecho el depósito  
que marca la ley.***

***EJEMPLAR N.º***



## RECORTES BIOGRAFICOS

por

AURINA RODRIGUEZ

*Hombre. Las Palmas.*—En la revaluación histórica de 1917, está generada la dimensión de 1936. Europa cerrada en el cáustico de esa dimensión. 1936 revaluación de la vida de Cirilo Benítez Ayala.

Cirilo nació en Las Palmas de Gran Canaria el día 8 de Julio de 1917. A los dos años su primera partida ganada a la muerte, su primer juego. 1928: comienza los estudios del bachillerato. Un profesor, Agustín Espinosa, con mucho de Juan Ramón Jiménez, va a mantener viva en él la relación literaria. El humor, un agudo y predispuesto sentido del humorismo innato en Cirilo, parecía despertarse por aquellas charlas con que el catedrático de literatura llenaba sus horas de clase; y entre las lecturas de *Platero y Yo* de Juan Ramón, *Luna Nueva* de Rabindranath Tagore, *Sobre los Angeles* de Rafael Alberti, *Zola* de Henri Barbusse y los bocetos que hacía de Charlot, Cirilo fué conociendo la tentación de lo desconocido. 1934: un bachillerato brillante. Del Instituto conservaría Cirilo el recuerdo de aquel manajo de nervios literarios; la meticulosidad de un matemático y el descubrimiento de los filósofos alemanes, mostrados por

la agudeza de un historiador, filósofo afortunado, catedrático nada flexible.

*Acción. Madrid.*—Llega Cirilo a Madrid en 1935, a preparar el ingreso para la Escuela de Caminos. La Residencia del Pinar conoce sus inquietudes. 1936: Cirilo vive el sistema de la tragedia. Un silencio de tres años; se sintió su espíritu, tan dúctil a las influencias, Madrid de nuevo. 1941: el ingreso en la Escuela de Caminos. Cirilo no se aviene a la inmovilidad; las matemáticas ocupan un lugar preferente en sus inclinaciones; la Facultad de Ciencias es el centro con el que simultanearía sus estudios de Ingeniero; durante sus años universitarios—1943—publica en *Revista Matemática Elemental* una nueva demostración de un teorema elemental: la síntesis de algo que él consideraba demasiado analítico. El ajedrecista coloca con seguridad las figuras, a pesar del doble tablero. En la Academia de Preparación de Ingenieros: el nuevo profesor. Sobre el encerado, Cirilo proseguiría aquella partida de ajedrez comenzada en el aula de Matemáticas del Instituto. Ciento de fichas, de problemas, de temas expresan la labor del joven matemático. La Ciencia Matemática, la que centró su carácter, y sobre todo la enseñanza, le atrae. Enseñar fué su pasión y en ese pragmatismo tributario del espíritu se reabre su inquietud.

1946: su carrera de Ingeniero. Destinado a la División Hidráulica, en Málaga, se le concede por el Ministerio la residencia en Madrid, para continuar sus estudios de Ciencias Exactas, obteniendo el título de Licenciado en 1947. Interesado por el problema de los transportes, un destino en la RENFE, en León, satisface en parte sus aspiraciones. Todos los fines de semana Cirilo vendría a Madrid; la Academia exigía este esfuerzo. 1947 y 1948: años de trabajo y actividad constante. Por fin, el traslado a Madrid—1949—al Servicio de Estudios de las Oficinas Centrales. En Enero de 1950 figura como becario para ampliar estudios en el Imperial College of Science and Technology de Londres por la memoria presentada a la Dirección General de Relaciones Exteriores, basada en el nuevo método de cálculo de estructuras de Southwell. Participa con Gallego Díaz, Barden Muñoz y Fernández Casado en el II Congreso de Ingeniería: una ponencia sobre Economía Nacional, una de sus mayores preocupaciones últimas.

El 6 de Abril de 1950, la voluntad es dejada a su propio silencio.

**EN LA MUERTE DE CIRILO BENITEZ AYALA**

*por*

**JOSE GALLEGO DIAZ**

**Ahora que la semilla viste de invierno al campo.  
Precisamente ahora.**

**Banderas de luto anuncian recios mensajes de alarma.  
¡Crezca la yerba en los ojos y en el corazón! Silencio...  
Silencio, amigos.  
Que todo el silencio de la tierra florezca para él  
hasta que el fruto estalle y las canciones  
broten como la sangre y el vino, alegremente.  
En un futuro limpio, preciso y ordenado,  
tal como él lo quería.**

¡Oh, qué ambición más pura! ¡Qué fina puntería  
para clavar dianas en el perfil solar!  
¿Quién pudo levantarte hasta tan fuertes rocas?  
¿Quién hizo nácar leve a la espuma del mar?

Yo siento aquí en mi pecho ese dolor sicario  
que arranca del vacío irremediable abrazo  
de todos los recuerdos citados en tu ausencia;  
y todos los alumnos, y todos los proyectos  
y todos los deseos y todos los hermanos  
lloramos en silencio.  
Porque tu muerte ha sido la nuestra, y muchos  
hemos muerto contigo. Viven tan sólo aquellos  
que deben quedar como testigos.  
Aquellos que repiten ya tu nombre  
a nuevos compañeros, y cantan la desgracia.

Ahora que la semilla viste de invierno al campo.  
Precisamente ahora.

## HOMBRE DE NUESTRO TIEMPO

por

RAFAEL ROCA

Al rendir homenaje a la memoria de nuestro entrañable camarada Cirilo Benítez Ayala, destacaremos sus rasgos fundamentales, convencidos de que servimos fielmente a los principios geniales que nuestro amigo mantenía intransigentemente.

Cirilo partía del principio justo: *El capital más valioso de la sociedad es el Hombre.*

Por eso amaba apasionadamente la vida y luchaba activamente por ella.

Por eso, sentía un profundo amor por la Humanidad y se interesaba ardientemente por todos y cada uno de sus problemas.

Por eso, amaba con infinita ternura la Verdad y la defendía como a las propias niñas de sus ojos.

Por eso, auténtico patriota, amaba a España, amaba a su Pueblo. La Patria de Cervantes y Lope de Vega, de Góngora y Velázquez, de Espronceda y Goya, del 2 de Mayo, de Cajal y Galdós, de Antonio Machado y Federico, de nuestra España siempre altiva y orgullosa, trabajadora y campesina.

Su carácter, suave y apacible, se tornaba duro y enérgico frente a la falsedad. Frente a todos aquellos pregoneros de la *evasión*.

Rechazaba *sín* contemplaciones todo aquello que fuera producto del decadentismo.

Apasionado adalid de la Ciencia y la Cultura, combatía todo intento de desfigurar la realidad. Combatía sin piedad todas aquellas corrientes *artísticas y literarias*, que sólo significan impotencia, incapacidad para resolver verazmente, con vivo realismo, todo problema de nuestra época.

Estudioso e investigador profundo, día tras día, seguía con desvelo la marcha de cualquier acontecimiento. Pertrechado de genial filosofía, investigaba cuidadosamente todo hecho y encontraba siempre la causa inicial y su desarrollo, como fenómeno económico, social, político, científico y cultural.

Gran analítico, todo lo sometía a severo análisis, sacando conclusiones científicas, que indicaban la necesidad de revisar una situación determinada; o resolvía ampliamente la situación presente y creaba bases firmes para el futuro.

Crítico genial, hacía de sus observaciones un estudio claro de cualquier aspecto de la vida. Su crítica, certera y apasionada, se convertía en una maravillosa exposición viva con magníficas soluciones prácticas.

Científico profesional, sometía la Ciencia a su más acerbo examen, para encontrar la fórmula adecuada que la desarrollara en beneficio exclusivo del hombre. Excluía de la Ciencia todo aquello que pudiera ser incompatible con la dignidad humana y sólo veía en la Ciencia un servicio glorioso para el Pueblo, para su más alto nivel material y cultural.

Su vehemente realismo le hacía ver con diáfana claridad el futuro luminoso del mundo, la meta a que siempre han estado encaminados todos los esfuerzos del hombre: el trabajo pacífico y constructivo de la vida. La Paz entre los pueblos.

Así era nuestro amado Cirilo Benítez Ayala. Hombre de nuestra época.

## **M E N S A J E**

*por*

**AGUSTIN MILLARES SALL**

Hoy el mar no ha dejado de ser una promesa.  
Oigo andar el reló.  
No me puedo explicar cómo el aire no cesa.  
Cómo la claridad pudo salir ilesa  
y tu latido no.

Cirilo, amigo mío, para mí que el suceso  
que engendra la descarga cerrada de un letargo,  
al presentir tu atmósfera, después de hacerse cargo  
del mundo y su proceso,  
respetando su órbita pasaría de largo.

Cirilo, amigo mío,  
hubiéramos luchado contra los elementos  
hasta haberte librado del dominio del frío.  
(Si hoy se puede cambiar la dirección de un río,  
aún permanecen vírgenes muchos descubrimientos.)

Cirilo, amigo mío, debe hallarse dormida,  
esperando su hora, la fórmula secreta  
que impida la evasión, la súbita partida  
del hombre cuya vida  
asegura la firme rotación del planeta.

Cirilo, amigo mío, no imaginé este instante  
cuando nuestra amistad presumía el encuentro.  
Aún te veo en el centro  
de las altas polémicas. Aún te tengo delante.  
Tus palabras me queman como el vuelo rasante  
de un avión, tierra adentro.

Sin embargo, adoptando la postura contraria,  
la muerte en este caso de vivir es capaz.  
Tu sangre riega el surco de una esperanza diaria.  
Tu sangre es una nueva línea ferroviaria  
tendida sobre el fértil terreno de la paz.

Cirilo, amigo mío, con el alba primera  
descendiendo ascendistes – portador de canciones –  
de la estrecha garganta de un vagón de tercera  
a la lengua del pueblo.

Te describe la hoguera  
y te agrandan las manos de las conversaciones.

Cirilo, amigo mío, la aurora va creciendo.  
A través de la patria continuarán tus viajes.  
Del sol que está naciendo  
por el mismo conducto nos seguirán viniendo  
los himnos más recientes, los últimos mensajes.

**E L E G I A**

*por*

**VENTURA DORESTE**

**1**

**Aquella voz nos vino  
ensordeciendo nuestro mediodía.**

**2**

**Aquella voz nos vino,  
aquel rumor, aquella desventura.**

**3**

**No eras sino llama desprendida,  
ala de viento, pétalo encendido.**

4

Ved el muro de sombras  
cerca de nuestra mano.  
Ved el claro misterio.  
Ved el oscuro río  
para los tristes ojos asombrados.

5

Mudas las voces, el oído ausente,  
allí sólo percute la memoria,  
allí sólo resuenan los latidos.

6

Resuenan los latidos. Nos escuchas.  
Sonríes, triste y leve.  
Lejos del pueblo, lejos de la vida,  
soñando entre los números primeros.

7

Un árbol caminante, una tormenta de sangre  
entre los hombres fuiste.  
Un abrazo cordial, una sonrisa pronta.

8

**Mas ahora,  
nada para los ojos tu imagen fugitiva,  
nada para las manos que te aguardaban siempre,  
nada para el oído que escuchaba tu voz.**

9

**Sin embargo,  
en el corazón de cada compañero,  
qué cálida presencia,  
qué dulce peso tu recuerdo eterno.**

10

**Así llegó la muerte;  
arrebatada muerte  
como el arranque súbito de un pájaro asustado.**

11

**Y así la voz nos vino:  
como el terrible impacto de una bala perdida;  
aquel rumor, aquella desventura.**

**P O E M A**

*por*

**PEDRO LEZCANO**

Al encerrarse mi dolor que vuela  
en esta estrecha lírica elegía,  
roja torna la tinta que se hiela,  
roja de sangre y de vergüenza mía...

¿Cómo ordenar un grito? ¡Si marchases  
de mi dolor como de aquí has partido!...  
Templa mi voz, con varonil sentido.  
Mide mi corazón con tus compases.

Que un gigantesco bloque de tinieblas,  
de alquitranada noche negra y fría,  
que una montaña de melancolía,  
un astro de dolor, un mar de nieblas,  
de mi voz no destierren tu armonía.

Sean tus salvas las olas y los truenos,  
y suenen de los vientos las roncadas letanías,  
y las puertas del mundo se cierren por ti al menos  
una vez con estruendo, porque tú las abrías.  
Y se oigan los martillos en todos los talleres,  
y corra en los maizales el llanto de los riegos,  
y floren las mujeres. ¡Que floren las mujeres  
de todos los labriegos!

El conocía piedra por piedra los sembrados,  
el ala de los vientos y el nombre de las flores;  
el sabía hasta dónde llegaban los arados,  
y más que a los sembrados amó a los sembradores...

¡Ay de su pelo negro, de su frente,  
de su noble mirar de camarada!...  
Ingeniero del aire, ¡qué mal puente  
tendiste hacia la nada!

## **SOBRE LA POESIA Y SU DESTINO**

por

**CIRILO BENITEZ AYALA**

La poesía, el arte en general, sólo tiene sentido considerado socialmente. Empleo aquí la palabra *social* como contraria de individual; es decir, indicando relación entre varios individuos y no la consideración de uno solo aislado. Y no es que deba ser así, es así. Todo lo que quede en un individuo, sin pasar de alguna forma a otro, será ilusión, locura, fantasía, pero no arte.

Así, pues, podemos considerar el fenómeno del arte como una relación de tres términos: artista, obra de arte y espectador. ¿Cual es el papel del artista en esta relación? Un papel de intermediario. El artista traduce, transmite una cierta *realidad* al espectador. En la obra de arte hay a la vez algo común y algo extraño al espectador, está su experiencia y la negación de ella. Si faltara uno de estos dos caracteres antagónicos, el espectador rechazaría o ignoraría la obra de arte; ésta sería para el espectador algo completamente extraño, o demasiado conocido; en ambos casos dejaría de ser arte...

¿Cómo se presenta el panorama poético español en la actualidad a los ojos de un no-especialista? Un grupo de poetas, ediciones limitadas

de poesía, y como público... el mismo grupito de poetas. Exagero un poco, pero la exageración es muchas veces la representación más aproximada de la realidad. Como dice un amigo, se trata de una poesía para poetas, la que nos puede ofrecer la misma consideración que una medicina para médicos o unas carreteras reservadas a los peones camineros.

¿Cuales son las causas de esta triste situación? Se trata, como nos explicarían algunos, de que la enorme mayoría del pueblo es bruto «por naturaleza», y la poesía, lo mismo que todas las cosas selectas, deben quedar reservadas a un grupo de elegidos? ¿O se tratará del célebre «carácter peculiar» del pueblo español? Homero y el Arcipreste de Hita podrían contestarnos fácilmente la primera y segunda pregunta. No; no se trata de un problema general y eterno. En la antigüedad y en el medievo, la poesía llegaba a todas las capas del pueblo; un pueblo que la creaba, transformaba y transmitía; y esta poesía no era una poesía inferior. Como dice otro amigo, en el Romancero se hallan algunas de las mejores líneas de la poesía castellana; aunque hay que tener en cuenta en todo esto que, por su carácter predominantemente oral, una mayoría creciente, con la antigüedad de esta poesía popular, habrá desaparecido, del mismo modo que se hubiera perdido el encantador folklore recogido por Frobenius en su Africa Negra.

Rechazadas, pues, las explicaciones antihistóricas, persiste el problema: ¿por qué una porción creciente del pueblo va quedando fuera del alcance de la poesía y del arte?

Como para todo fenómeno social, encontraremos su explicación examinando las condiciones económicas de producción y cambio. La característica fundamental que diferencia la economía capitalista de las anteriores, es que en aquella se produce para el mercado y en las otras para el consumo.

Veamos cómo se reflejan en la poesía, o más general en el arte, las relaciones económicas anteriores.

Desde un punto de vista económico el artista debe ser considerado como un productor, como otro cualquiera, en cuanto encarna una función necesaria, elaborando un objeto o efectuando un servicio, que son de utilidad social y por los cuales es recompensado o pagado. Ahora bien; en el mundo precapitalista, por la relación directa, inmediata en que se en-

cuentra el artista como productor con su público como consumidor, le es imposible ignorarlo. El público está continuamente plantado ante sus narices; el artista sabe para quién escribe y cómo debe escribir para que llegue a él, de una manera concreta, directa. Y así lo hace: llena sus romances de nombres de lugares y de villas; de nombres propios y de datos exactos. Incluso los reyes y diosas que se mueven en sus poemas son campesinos y artesanos vestidos de gala, pues la realidad que el juglar transmuta para su público es la de él mismo. Por otra parte, el mundo medieval está menos escindido y las clases tienen más puntos de contacto. Sin embargo, cada clase tiene su poesía: al lado del mester de juglaría está el de clerecía, existe la poesía popular y la erudita.

La posición del artista cambia con las relaciones de producción que pasan a capitalistas. Como todo productor, el artista es separado del público consumidor. La obra de arte se convierte en mercancía que el artista lanza al mercado y que el público adquiere en él. Es, entonces, cuando surgen las teorías de «el Arte por el Arte», «la Ciencia por la Ciencia»... Sustituyendo Capital por Arte y Tierra por Ciencia, podemos decir: «Es un mundo encantado, falseado, trastornado, en que Monsieur le Art y Madame la Science llevan a cabo sus travesuras de duendes como personajes sociales y a la vez como simples cosas». El artista ya no trabaja para los hombres; se convierte en sacerdote del Dios Arte. Como ejemplo de artista «supraterreno» podría citarse a Aldous Huxley, cronista psicológico de la buena sociedad.

¿Cómo escapa el poeta de la realidad? De dos formas fundamentales: metiéndose en su mente, como un caracol, y marchándose al campo, a la naturaleza.

El mundo mental del artista, o en general del hombre, tiene su origen último en el mundo exterior: ideas, representaciones, sensaciones son reflejos secundarios o de órdenes superiores de un mundo material primario:

*Ahora dentro de mi llevo  
mi alta soledad delgada.*

La huida a la Naturaleza, segunda forma de evasión, se observa de dos maneras distintas. Por una parte, el poeta no abandona a la amada sino para internarse en una Naturaleza químicamente pura. El ignora, en

absoluto, toda la naturaleza urbana, creación del hombre; los parques con sus quioscos de música, los mercados, las fábricas... Nada de este mundo, que es nuestro mundo, existe para él.

Así, pues, no es de extrañar el aislamiento del poeta. Encerrado en su mundo abstracto e insípido, confinado a su mundo mental carece de relaciones con el mundo real, del que ha desertado cobardemente.

No obstante, en la actualidad, con la sociedad en plena decadencia, sus convulsiones: crisis, paro, guerra, afectan ya a todas las clases sociales. No hay torre de marfil segura.

Surgen, entonces, frente a los poetas que se limitan a reflejar la decadencia de una sociedad, como T. S. Elliot, y nunca mejor que en su «The waste land»:

*Es tan elegante*

*Tan inteligente*

*¿Qué haré yo ahora? ¿Qué haré yo?*

*¿qué haré yo mañana?*

*¿Qué haremos jamás?*

*El agua caliente a las diez*

*Y si llueve, un coche cerrado a las cuatro.*

*Y jugaremos una partida de ajedrez,*

*Oprimiendo ojos sin párpados y esperando una llamada a la puerta,*

los poetas de intención sinceramente progresiva: Aragon, Neruda, Eluard...

**ELEGIA A UN COMPAÑERO**

*por*

**JOSE MARIA MILLARES SALL**

Como siembra de tus manos, como lluvia,  
como alojan las campanas desde el alba  
sementeras de armonía, donde arrullan  
los olivos todo el aire de tu cara,  
yo en tu nombre, como sólo tú querías,  
con la sangre en la palabra,  
no te lloro,  
tú me llenas toda el alma.

Como alondras que se buscan sin olvido,  
como siembras que se hinchan por un pueblo,  
como siempre, pese al rayo malherido,  
despojado en tu cintura, yo el primero,  
sin descanso, como hubieras preferido,  
con el puño bien despierto,  
no te lloro,  
te saludo, compañero.

Como sube hasta mi aliento tanta espiga,  
como canta entre mis manos la mañana,  
como el aire de más rosas, de más vida,  
como sólo tú quisiste, sin palabras,  
junto al río que te canta, que te nombra,  
junto al surco de tu muerte,  
no te lloro,  
yo te canto para verte.

Como siempre tú quisiste que cantara,  
con el pulso más valiente de la rosa,  
con la estrella más sencilla de mi cara,  
con la puerta de la vida más hermosa,  
con los frutos de este campo, con la azada  
sobre el hombro de un obrero,  
no te lloro,  
te recuerdo, compañero.

Junto al cielo que te dijo todo el aire,  
todo el peso de unos ojos, todo el brío,  
todo el llanto de la tierra: nuestra sangre,  
tu palabra que era nombre del sentido;  
como sólo tú querías, con el alma,  
con un puño entre los ojos,  
no te lloro,  
yo te aguardo siempre solo.

Donde muerda su miseria el jornalero,  
donde muerda su cintura el campesino,  
donde muerda la madera el carpintero,  
donde sangre la paloma, donde el lino  
como el alma de mis manos ya no venga,  
donde lucha fuiste siempre,  
no te lloro,  
tú eres fruto de mi frente.

Por tu aliento, por el alba, por tu suelo,  
por el llanto doloroso de tu herida,  
por tus trenes, por tu Asturias, por tu duelo,  
por la hoguera que nos dijo: esta es la vida;  
por el puño más hermoso de tu pueblo,  
porque así tú lo querías,  
no te lloro,  
yo te canto, compañero.

**CANTO A CIRILO BENITEZ**

*por*

**JUAN BRAVO**

Que digan otros tu amistad segura,  
que guarden tu perfil para el mañana.  
Yo quiero ser testigo de tu altura:  
quiero cantar tu dignidad humana.

Quiero decir cómo supiste verte  
en el trigo, la vid y la manzana.  
Para que triunfes de tu absurda muerte,  
quiero cantar tu dignidad humana.

El hombre entre las ruedas prisionero.  
Todos los niños al nacer ya atados.  
El pobre campesino y el minero  
viviendo como juncos humillados.

La mujer junto al fuego que marchita  
su riqueza de besos y de abrazos,  
y una pena escondida que no grita,  
que rompe el corazón en mil pedazos.

Todo en un mundo palpitante y hondo,  
un mar sin alegría ni esperanza,  
de oro la espuma y de miseria el fondo,  
un triste mar que casi nadie alcanza.

Y porque te inclinaste hasta su seno,  
como una espiga que de amor se grana,  
quiero en mi canto recogerte pleno:  
quiero cantar tu dignidad humana.

Quiero decirte que la rosa muere  
y se pierde el torrente río abajo;  
para matar al hombre se requiere  
mucho más fuerza y mucho más trabajo.

Que sepas que ahora vives repetido,  
como semilla hundida en tierra amada,  
que tu cosecha no perdió sentido,  
que partirán cien manos tu granada.

Quiero que un aire puro te transmita  
un saludo de llanto encadenado,  
sollozo con mordaza que repita  
tu nombre con acento apasionado.

Para que sepas que aún te queda esto:  
vivirás con nosotros tu mañana.

Que hoy los hombres se miden por tu gesto:  
quiero cantar tu dignidad humana.

## **HASTA SIEMPRE**

*por*

**JOSE LUIS JUNCO**

Ya me duele un amigo, aquí, en la frente.  
Un amigo en el pecho ya me duele.  
En mis ojos hay hueco de un amigo.  
Y llanto en la garganta para siempre.

Los latidos que surgen de tu pueblo  
que la Paz del futuro van forjando,  
son la dulce armonía que nos une  
en los rayos de sol de tu verano.

(Ingeniero del pueblo y de su alma:  
haremos una torre de recuerdos  
que llegue hasta la altura del mañana.)

Cada línea de plomo en que fundieron  
la más triste noticia de tu carne,  
la llevamos, ya fría y maldecida,  
en los ríos iguales de la sangre.

(Ingeniero del pueblo y de su alma:  
haremos que se caigan esas puertas  
que la muerte ha cerrado a tus espaldas.)

Cada espacio vacío de tu nombre  
que nos hiera al abrirse la mañana,  
es silencio, redondo de suspiros,  
que rueda hasta el oído y se derrama.

(Ingeniero del pueblo y de su alma:  
del tiempo que separa nuestras vidas  
haremos que se cubra la distancia.)

Cada instante repleto de silencio,  
que cae y se desploma en la mirada,  
nos parece el desierto más ardiente  
sin la suave explosión de tu palabra.

Ingeniero del pueblo y de su alma:  
haremos de tu nombre una trinchera  
para llegar unidos hasta el alba.

## LIBROS ELOCUENTES

por

ALFONSO ARMAS AYALA

Cirilo Benítez admiraba en Agustín Espinosa su inquietud, la que le hacía andar y pensar a saltos. No practicaba él, como Espinosa, una inquietud en movimiento. Sosegado, sereno, razonador, su inquietud era más del espíritu que del cuerpo: detrás de una aparente frialdad, un brotar incandescente; una especie de fuego siempre vivo, caluroso. Amaba lo intrascendente si tenía calor de humanidad; su propia naturaleza le exigía la acción, su único principio. Comprender esa inquietud suya no era fácil; una falsa capa de indiferencia o frialdad la ocultaba. No era su vida «prolongación humana de la máquina»; no actuaba por «acción refleja de órdenes establecidas a priori». «Comunicar al organismo impersonal las verdaderas necesidades de la humanidad circundante»; tal era el lema de su quehacer «vital».

Así era capaz de atender a sus ocupaciones profesionales y a los pasatiempos del espíritu. Cirilo, hondamente ocupado en su profesión, sabía igualmente, comentar una lectura, o, simplemente, intervenir, con aquel su aire despreocupado, en la intrascendencia de una tertulia. En su despacho profesional se podía encontrar junto al último texto de *Resistencia de Materiales*, la prosa tensa de SHAW, SIMENON, la psicológica de WELLS, la filosófica de CROCE, HEGEL, SIMMEL; la delicadeza de LORCA, la crudeza de WHITMAN, la civilidad de ARAGON, la angustia de S. JUAN DE LA CRUZ; obras de DHITLEY, CARRION, COHEN, CREUSSOL, CHALLAYE, DOBB, GEORGE, LILLEY, MARTIN, MAYNARD o SANCHEZ RAMOS; un criterio de selección apreciable. Libros pasados y repasados por sus manos. Las páginas acotadas, con llamadas especiales; el lápiz rojo, invariable compañero del lector, prueban la atención en la lectura.

Unamuno es, entre todos los ensayistas y novelistas, el preferido. Tal vez, por su sinceridad o por crudeza en la expresión. Quizá completara los conceptos que él mismo tanto había buscado a través de la vida y los libros. «Entre la nada y el hombre—decía don Miguel en «La Dignidad Humana», fuertemente anotada por Cirilo—la diferencia es infinita; entre éste y el genio, mucho menor de lo que una naturalísima ilusión nos hace creer... Junto a la facultad de saber andar y manejar las manos, y hablar, junto a lo que se aprende en los primeros años

de la niñez, ¿qué significa toda la llamada de exclusión y autonomía: ciencia, huelva más o menos a tinta de imprenta?». Yo diría que en éste y en otros textos unamunescos, parece descansar toda la humanidad que Cirilo poseía. Esa igualdad absoluta, un tanto ilógica en apariencia, que él establecía con todos sus semejantes parecía apoyarse en este ideal igualitario tan defendido por don Miguel. La *Ciencia*, la que él había estudiado, la que él estaba practicando, la que deseaba ampliar y conocer profundamente, debía de ser, como la defendida por don Miguel, una práctica del *primun vivere...* latino. Su afán de no *diferenciarse*, de no parecer *original*, de mezclarse con el pueblo—«el temor de mezclarse con el pueblo», vituperado por Unamuno—, nacía de su seguro conocimiento de lo humano, «lo común a todos»... «El primer deber del hombre no es diferenciarse; es ser hombre pleno, íntegro, capaz de consumir los más de los diversos elementos que un ámbito diferenciado le ofrece. Y el deber de quien quiera se consagre a la ciencia o el arte es estimar su obra más grande que él mismo y buscar en ella, no distinguirse, sino *la mayor satisfacción del mayor* número de prójimos, la intensificación mayor de la vida propia y del mayor número posible de vidas ajenas», concluye Unamuno su «Dignidad Humana». El grueso trazo del lápiz denunciador expresa el interés con que el lector apuró, palabra a palabra, aquel expresivo párrafo. Cirilo, enemigo de la erudición y el detalle, de los «forjadores de la rutina del mañana», no podía admitir el puro afán de la investigación sin un fin ulterior que redundase en beneficio de los demás; no comprendía la impaciencia de «los hormiguitas de la cultura española» por almacenar un trigo de utilidad muy limitada y muy discutible. No pensaba en la hormiga, sino en la sociedad de las hormigas; no apreciaba el trabajo de la hormiga, quizás infructífero; él, hombre, formando parte de una sociedad de hombres, debía tener la convicción de que ni «la sociedad es para el individuo o éste para aquélla, porque yo soy sociedad y la sociedad es yo». Unamuno, que posiblemente se detuvo a contemplar el ir y venir de un hormiguero, tal vez valorase como el más provechoso y enaltecedor de los trabajos ese misterioso telégrafo de las hormigas para comunicarse buenas nuevas; la hormiga humana, huidiza, silenciosa, esquiva, avara de su saber, le parecería tan absurdo como una hormiga que andase sola y sin compañía. Aquí se asentaba ese amplio sentido humano que Cirilo tenía de las cosas; «la sociedad es toda en todo y toda en cada uno», como él mismo subrayó en el texto unamuneco. *Para* todos y *con* todos pareció ser el signo de su vida; soledad era palabra que no entraba en su léxico.

Los libros que hoy quedan en los estantes de su habitación parecen recordarnos algo de su dueño; en cada uno de ellos, aún cerrados, creemos ver un poco del espíritu del inveterado lector. Un índice completo de materias podría señalar, una a una, todas sus preferencias y gustos, pero he forzado este principio tomando aquellas en que las acotaciones y el lápiz rojo revelan más su inquietud.

**PLANAS DE POESIA**  
**VII**

Tirada de 200 ejemplares, numerados

**SE TITULAN LOS DIBUJOS:**

1. *(Portada) Cirilo Benitez Ayala, por Manuel Millares Sall.*
2. *Dos amigos de la pensión, por Cirilo Benitez Ayala.*

**SE IMPRIMIO EL 24 JUNIO DE 1950**  
**EN LA IMPRENTA ORTEGA,**  
**EN LAS PALMAS, AL CUIDADO**  
**DE LOS**  
**HERMANOS MILLARES SALL**





J O R G E C A M P O S  
E D U A R D O V I C E N T E

# PASARSE DE BUENO

La poesía es para el historiador la imagen de lo que en cada momento hay de eterno en los pueblos, visto en todos sus aspectos; imagen que es, no pocas veces, lo único que se conserva y transmite; lo mejor que llega hasta nosotros.

*Alfonso Reyes*

Toda verdad exaspera a los mantenedores del error.

*Ramón y Cajal*

Escribe sin complicaciones, con la difícil sencillez de los que saben decir lo que quieren decir.

*Blasco Ibáñez.*

**PASARSE DE BUENO**

**EJEMPLAR**

**Nº**

AL abrir la puerta—la puerta de su propia casa—salió a recibirle un aliento extraño, como si se hubiera equivocado de piso. Pero esta sensación apenas si perduró un segundo. Instantáneamente su razón se daba cuenta del porqué de aquella semitiniebla, las telas blanqueando sobre los muebles y un vago olor a lugar desocupado y sin vida: Gloria no estaba.

Encendió la luz, cerró la puerta y quedó sentado en una de las butacas cubiertas con dril. Acababa de disiparse su esperanza: una carta que pudieran haber echado por debajo de la puerta. Pero ya no había duda de que ella no le había escrito, y tenía razón el portero al asegurarlo. Quizá a la tarde, en la oficina...

De aquel viaje inútil era responsable su enamoramiento. Siempre y cada día más enamorado, ¿para qué subir si le habían dicho que no había llegado nada para él? ¿Es que no se podía equivocar el portero? Pero en el amor siempre queda un ascuita de esperanza, aunque el tiempo pasado en la espera de aquel día la iba desvaneciendo.

Apenas llevaba unos días solo y por minutos se encontraba más desvinculado de su ambiente diario. Inmóvil, sentado de lado, incómodo y sin sentirlo, el vacío que le dominaba le conducía al pensamiento y el recuerdo:

—«Gloria: Dejarme solo estos días... Sabiendo cómo

siento yo las fiestas hogareñas. Y precisamente en esta fecha. Claro que en la última me hablaba de estar hoy aquí. Y si ha salido esta mañana llega antes de las cinco. Pero es incapaz de no escribir antes. También podría no haber tenido tiempo. Entonces enviará un telegrama a la oficina. Iré pronto. Mañana, por mucho que se retrase, habrá vuelto. Son ya dos semanas. Estará contando las horas como yo. Pero debía procurar que no estuviésemos separados en las fiestas. Aunque a ella no le gusta hablar de estas cosas se dá muy bien cuenta de todo, y comprende lo que para mí representa. Si no está aquí no es por culpa suya. Cuando ha creído oportuno salir de viaje es que no había otro remedio. O, mejor, porque era el momento preciso. Y si prolonga su estancia se debe a la fuerza de las circunstancias. Aunque yo me fastidie estos días, ella lo dejará todo bien arreglado. Y es importante para nosotros. ¡Qué previsora, qué meticulosa es Glor! Sólo va a estar fuera unos días y ha hecho trajar a la criada como si nos mudásemos de casa. Los muebles enfundados, la ropa de la cama recogida, todo guardado, y yo... a dormir a casa de esa vecina que no sabe hablarme más que de su hijo que estudia para perito. (Y al repetir la entonación de perito hubiese reído si no fuese porque el gesto de reír algo pensado en su interior lo utilizaba demasiado en la barata escenografía de que se rodeaba en su oficina—AVILA Y SANTOS.—«GESTIONES AGRICOLAS»—). La verdad es que está en todo y casi llega a pequeñas manías en su afán previsor. ¡Mira que obligarme a dejar el testamento y las pólizas de seguros bien dispuestas cada vez que tengo que viajar!... Por ejemplo, cuando los abonos. Buen negociete. Ochenta cayeron.—Así se refería en su argot negociero a las ochenta mil pesetas que le había valido su última hazaña, la venta de unos abonos sintéticos mezclados con greda y cal, a unos campesinos extremeños—. Y ahora, ya podía haberse cerrado el trato con los de la maquinaria. —Aprovechando el veraneo había encargado unos arados a una herrería rural que, bien barnizados, se le ofrecía oportu-

nidad de colocar. Pero por venir a buscar la carta no he concretado. No tengo ganas de nada.

Se levantó y salió a la escalera, dando dos vueltas de llave, no fuese a regresar Gloria y echarle en cara su costumbre de cerrar con un simple portazo. Descendió despacio y se encaminó a un restaurante económico. Caminaba con paso lento, balanceante, no sabiendo en que forma disponer de su tiempo ni su persona. Su mujer, Gloria, le había dejado por unos días para acudir al lado de una tía suya que se estaba muriendo. En ello apenas intervenía el cariño; pues desde la infancia no la veía, y podía pensarse que eran los olivares y unos huertos quienes la habían llamado. Pero, en todo caso, nada se dijo de ello y al reproche entristecido contestó con el fruncimiento de ceño que tan fácilmente se le producía y una respuesta tajante:—¡Cómo no voy a acudir al lado de tía Luisa...!

No podía estar sin ella ni apartarla de su pensamiento, y menos en fechas tan destacadas. Se encontraba desasistido y falto de apoyo en que reposar, lo sucedido en la dura lucha con los tantos por ciento y las agencias rivales. Hubiera invitado a comer a Nazario, pero le desagradaba originar confianzas en sus empleados. No ocurriese como con el cajero, que se creyó obligado a devolver el cumplido y Gloria criticó la comida y el mal gusto con que la esposa del empleado se vestía, la criada resultó paisana suya y les transmitió las impresiones, de donde vino a salir todo un embrollo que tuvo unos días preocupado al pobre Damián.

Ocupó su sitio en el Restaurante, tomó el cubierto más barato, estuvo otra vez a punto de sonreír, recordando a Gloria dejándole la cantidad medida para sus gastos, como si no manejase ganancias considerables en la oficina, y la imaginó en el pueblo, cercana a la difunta, entrando y saliendo, dando órdenes, y haciéndose cargo de todo en un rápido y exacto dominio de la situación.

Después se distrajo. Concluyó con brevedad y caminó hacia la oficina. Las calles comenzaban a llenarse de gentes,

con el movimiento y la animación del veinticuatro de diciembre. Subió. Estaban ya el botones y uno de los empleados. Le saludaron obsequiosos sin poder reprimir una interrogación en sus semblantes. Entonces se le apareció un problema oculto hasta el momento: los aguinaldos. Esperaban algo, pero ¿qué? Una semana, un mes, ¿algún billete encubriendo en el gesto pródigo la sordidez constitucional? No había resuelto nada. Con Gloria a su lado, la noche antes, o en la misma sobremesa, hubiera surgido la solución limpia y feliz, pero así... Aún cabía el recurso de esperar a Gloria. Si llegase aquel día... Si hubiese carta...

NO la hubo. La tarde se le iba haciendo cada vez más pesada y desagradable. Los empleados que habían llegado ya—hasta Matildita, otras veces con la mirada perdida en la pared frontera mientras teclaba insensible en la máquina—no parecían tener nada que hacer. Todo era moverse, cruzar la habitación, abrir armarios, consultar ficheros y liar cigarrillos. Damián—Damián Santos, de la firma Avila y Santos—se hubiera dejado caer hacia atrás en el sillón giratorio. Habría dejado vacío el cerebro y empezado a jugar con cualquier cosa: un llavero, un lápiz atado con una cuerdecita, o las hojas del calendario de mesa. Pero aquellos fantasmas sin dejar de lanzarle unas miradas blandas le conturbaban.

Un pandero prematuro resonó en la calle. De vez en cuando el desabrido graznar de un pavo. Se puso en pie, y dió indiferencia a su paso al cruzar la oficina:

—Hoy a las cinco y media nos vamos todos a casa. Yo tengo que hacer algo de absoluta precisión. Volveré antes. Pero si no, a las cinco y media, todos a casa. Claro que vendré. Por mi que no pierda brillo la fiestecita de cada uno. Estaré antes de las cinco y media.

Consternación. Duda. ¿Volvería? ¿Y los aguinaldos? Pero allí quedaban sobre la mesa los papeles desordenados en promesa de regreso cierto.

Ya en la calle, se dirigió al cercano despacho donde Avila, su socio, atendía sus personales asuntos. Era un hombre más viejo, de rostro curtido por el sol, ascendido a



su puesto desde la venta en ferias regionales y cuya felicidad estaba en abandonar la oficina para presentarse en cualquier poblacho a una necesidad imaginaria. Le recibió con una frase mecánica de saludo, mientras le veía dejarse caer en una silla. Como no decía nada, Avila habló por él. Le proponía comprar una cantera cerca de Burgos. Ahora no tenía valor, pero dentro de unos años, con el ferrocarril...

La conversación fluyó por el cauce de sus negocios. Pero Damián dejada resbalar su cavilación hacia otras vías: Los aguinaldos... ¿Regresar? ¿Desaparecer hasta pasadas las fiestas? ¿Y cómo no escribe Gloria? Si se le ocurre ponerle una conferencia y no está en la oficina... Tiene que volver. Pero entonces se enfrentará con la callada exigencia de los empleados. Podía telefonar diciendo que estaría ocupado hasta tarde, y podían repartirse lo que hubiera en la caja. ¡No! Habían llegado dos giros en la mañana y sumaban seis mil cuatrocientas pesetas. Entonces tuvo una de sus celebradas y victoriosas ideas:

—Pedro, te debo algo todavía, ¿no?

Su socio contestó con el tono de quien repite algo masticado muchas veces:

—Seis mil pesetas.

—Si vienes a la oficina te las doy.

Se levantó Avila, y empezó a fajarse con un amplio abrigo cruzado, y luego se dió una vuelta al cuello con su bufanda de cuadros verdes y amarillos y se amarró un cinturón. Damián iba tras él explicando:

—Así, ahora al hacer balance y entrar en el año, no me voy a quedar con colas atrasadas. No me gustan los atrasos.

A su entrada en la oficina pudieron verse encender brillos de esperanza en los empleados. Una vez los dos socios en el pequeño reducto particular, los brillos se hicieron más confiados al oírle decir:

—Nazario, trae la caja y el estado de cuentas.

Después, todo sucedió seguido. La entrega de las seis mil pesetas, la salida de Damián, solo, dirigiéndose a los

empleados, explicando podían repartirse lo que quedaba, en proporción a los sueldos, y recordando que el país atravesaba crisis económica. Una insinuada frase daba a entender que los socios aprietan cuando menos deben y en ocasiones estropean la voluntad. Les dió libertad para marcharse y volvió junto al curtido rostro de Avila. Este se sentía de buen humor y le hablaba de las posibilidades de cierta comarca si se convenciese a los campesinos de la utilidad de plantar girasoles. Pero Damián no le oía. Tornaba a pensar en Gloria, en el correo, en la casa vacía, en la noche que ocultaba el mundo tras los cristales en la cerrada tarde invernal.

Salieron juntos los dos socios. Avila se detuvo un momento para desear felices pascuas a la portera. Así pudo asegurarse de que en el último reparto no había llegado nada para él. Torcieron la esquina y enseguida se encontraron en la calle de Toledo. Una débil neblina quitaba perspectiva a la pendiente y amortiguaba el griterío que se iba levantando al avanzar la hora. Llamas de carburo iluminaban cajas de muñecas estupefactas y carretones de tosqueda artesana. Según iban subiendo predominaban los tenderetes de figuras de barro, los montones de corteza de alcornoque, los ramajes de pino y cedro.

Era Avila quien hablaba. Damián, tan tradicional, tan amigo de aquel ambiente, se dejaba llevar, con el abrigo desabrochado, que la aglomeración de gente en sentido contrario hacía quedar tras él, mientras las manos colgaban desanimadas. La plaza Mayor se les ofreció como una estampa de aguafuerte, rayada por el número de voces y pregones, los tranvías tintineaban para hacer apartarse a las gentes que se cruzaban incesantes, y a cada paso se espesaban los grupos, obligándoles a un paso más lento. Avila hablaba—¿de qué hablaba?—hasta llegar a dirigirse brusco a su amigo:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Es que no me oyes?

Reaccionó Santos con una risa cortada y una palmotada en la espalda. Agregó cualquier comentario, y no tardó

en perderse en abstracciones. Cuando salió de ellas entraban en una tabernilla. Avila, si no borracho, era amigo del coqueo ante un mostrador con todo su juego de rondas y conversación. Allí secundó sin gana el convite de su amigo y socio, anunciando su propósito de irse pronto a casa. Su compañero trató de convencerle para que fuese a cenar con él y su familia, pero se resistió tenazmente. Unos tratantes se acercaron a saludarles y se prolongaron las invitaciones ante la indiferencia de Santos, perdida su acostumbrada verborrea. Empezaba a animarse cuando Pedro Avila miró al reloj y proclamó que buena se iba a poner su mujer si en tal día llegaba tarde. Pagó lo que debía, y aún se sucedieron otras rondas antes de que arrastrase a la calle a su amigo, sumido en nostalgias por el inoportuno recuerdo. Parecía haber cedido el tumulto en las horas de la cena. Ahora era Pedro quien apresuraba el paso, deteniéndose solo a mirar en algún puestecillo. Cruzaron la calle Mayor y enfrentaron hacia la Plaza de Santa Cruz. Allí compró unas panderetas y algunas figurillas de barro. A poco se despidieron. Santos reiteró su negativa a acompañarle y decidió cenar en algún sitio céntrico. Bajaba hacia la Puerta del Sol, cuando el descubrimiento de sus empleados le detuvo. Debían haberse entretenido juntos, y se despedían en la esquina, como casi siempre, pero el brillo de sus rostros y las panderetas y paquetes atestiguaban que se habían preparado para su pequeña fiesta. Se ocultó entre los que pasaban y dando la vuelta buscó los callejones que bordean la plaza. No hubiera sabido explicar por qué sentía vergüenza de que lo vieran. Ni podía decir por qué se sentía disminuido ante ellos. Se encontraba arrancado del medio habitual, como surgiendo de una condena sutil y lacerante. Caminaba enredado en su mezzuino infortunio, y se sentía desamparado y blando. La alegría de todos aquellos que pasaban se le hacía visible a pesar de la gravedad de los semblantes acuciados por el frío y la prisa. Las copas de vino—quizá alguna más de las que él precisaba para enrojecer y manotear defendiendo sus impro-

visadas opiniones — no le habían producido animación, sino desaliento. Le iba creciendo una necesidad de compañía que superaba el vacío dejado por la mujer. Ya no era ella sino un sentimiento de solidaridad lo que iba fortaleciéndose en su interior. De instantáneo le surgió el recuerdo de Gervasio, el amigo que empezó estudios de Derecho con él y era dueño de un bar. Seguro de que si le visitaba le invitaría a cenar, con ellos. Pero, ¿por qué no haber aceptado el ofrecimiento de Avila?. Se respondió que con la conocida familia de su amigo se habría sentido más aislado, en medio de un bullicio en que los chicos pondrían excesivas notas discordantes. En cambio, Gervasio y su mujer, solos como eran, formarían con él el trío indispensable para una cena distraída y no ruidosa. Compraría una botella de algo, pero... ¡llevar una botella a un bar! Dulces... Bueno, no, tendrían de todo.

Pronto llegó al lugar, situado a espaldas del teatro Español. Gervasio le divisó desde el momento en que llegó a la puerta. Rubio, grueso, rebosante siempre de vitalidad, le llamó, le alargó la mano por encima de la fila que cerraba el paso al mostrador y la sacudió felicitándole y agradeciéndole la visita. Le hizo un hueco al lado de la caja y allí le fué atendiendo mientras despachaba o cortaba aperitivos. Los grupos que entraban se espaciaron, y entonces le explicó guiñándole un ojo:

—Hoy aquí, cerramos a las once y media. Gloria, me dices que está fuera, ¿no? Ya te habrás preparado tu plan para esta noche.

Negó confusamente. Gervasio sirvió unas cortaditas de mortadela, se echó una a la boca y le respondió mientras masticaba:

—¡No digas! ¡A mi me vas a engañar tú! Pues va a dar la media. Aquí tengo yo a mis suegros, los vecinos del segundo, y a una familia amiga nuestra. ¿Te quedas?

Se negó, aturdido por el número, como si se hallase ya entre la bullidora compañía, y se despidió, intentando sin

conseguirlo, pagar los tres vasitos que sucesivamente había ido colocando Gervasio ante él.

Pensó que no tenía ganas de cenar, que más valía acostarse pronto. Al otro día, con Gloria ya en casa, pasaría felizmente la Navidad. Al fin y al cabo la Navidad es fiesta más importante. Y si querían, podían celebrar la Nochebuena por la noche. Por retrasarse un día...

Otra vez se acercaba al centro de la población. El abrigo le estorbaba el paso. Los pies se movían despacio, y la mirada iba hacia los escaparates iluminados, y los establecimientos donde se iba advirtiendo la afluencia de un público más jaranero y ruidoso a cada paso. En uno de ellos, el aspecto del escaparatillo le hizo pensar que podía sustituir la cena por un plato de lonchas de jamón. Así lo decidió, pero, apenas había probado la primera, cuando le sacudieron violentamente por los hombros:

—¡Hombre, Damián! ¡Aquí tenemos otro para la pandilla! A ver, sirve para todos. Somos... uno, dos... cuatro, seis, siete, nueve... doce. Bueno, las chicas añís. Seis de añís y seis de coñac.

El grupo se acercó y Santos fué presentado a varios hombres y mujeres, casi todos jóvenes, y ellas con los rostros pintados con estridencia y ademanes exagerados. Era el inconfundible grupo bullanguero, capitaneado por un conocido de Damián, solterón y dueño de una gestoría al que frecuentemente tenía que acudir. Se movía con desenvoltura e invitó a todos a probar el jamón que éste tenía en el plato. No vacilaron en complacerle, y en un momento desaparecieron las lonchas. En compensación vió Santos surgir ante él una panzuda copa de coñac.

De momento, disimuló la contrariedad, sonrió y trató de no desentonar, pero la pandilla reía a la menor cosa, accionaban con la copa en la mano, salpicándose, y las chicas daban empujones a los hombres o les llamaban tonos a gritos. Una rubia se le colocó al lado y se sintió obligado o decirle algo ingenioso. Solo se le ocurrió una tonte-



ría y tuvo conciencia de ello, pero ella rió, con los ojos brillantes, como si hubiese oído algo graciosísimo, dicho por alguien a quien la ligase una gran intimidad.

Tudela, el conocido de Damián, le sacó aparte en uno de los cambios que se hacían en las rondas sucesivas, mientras uno con acento andaluz contaba chistes que lograban palmoteo y carcajadas. Le explicó que había tenido suerte porque les sobraba una de las chicas, que podía ir con él.

—La rubia no,—le aclaró—. Le interesa a uno de estos. Pero puedes acercarte a aquella morenita, pequeña. Te hará caso en cuanto la digas algo. Damián denegó: no quería mujeres. Ya tenía la suya. Y volvió a él el recuerdo punzador de Gloria. ¿Y si hubiese llegado a casa por cualquier medio y estuviera esperándole? Le acució el deseo de regresar, y excusándose por no seguir con ellos, pidió unas copas para todos y pagó cuanto se había consumido.

Mas no le dejaron irse. Planeaban salir de allí y se dividían las opiniones, mientras la astuta intervención del tabernero alineaba otra ronda por su propia cuenta. Entonces advirtió la presencia de un nuevo personaje, moreno, menudo, vestido de negro, que se inclinaba hacia adelante recitando:

Es de Córdoba la llana  
y no voy a exagerar  
si digo que Manolete  
es un torero sin par.

Dos chicas lanzaron un «ole». Les siguió la gracia otro de los acompañantes. El recitador les lanzó una mirada, muy seria, y continuó:

La mezquita y el río

los olivares,  
la sierra, las ermitas,  
y los cantares.  
Filosofía de Séneca.  
Pintura de Torres...

Le convidaron a un chato, y le pidieron que recitase otras. Comenzó:—«Diez años yo contaba...»—Pero no estaba para prestar mucha atención. El grupo iba haciéndose menor y se iban separando, para formar más allá, junto al mostrador. Cuando solo quedaban dos o tres, se dirigió a una chica:

Tu romanticismo es cosa  
que mantiene la ilusión,  
nacida de un corazón  
que tiene color de rosa.

A la joven le pareció mejor dar media vuelta y sumarse al animado grupo. El recitador calló, y con la mirada perdida, como profetizando, concluyó:

Y cuando la quiere desgranar  
y lo encuentra todo vano  
todo son vueltas y vueltas,  
y no ve nada más  
que astronómicos gusanos.

Damián se encontró con que se habían quedado los

dos separados de los demás y el recitador le hablaba, después de encogerse de hombros:

—Es el asunto de la vida, señor. No entienden de ná. La gente cree que uno... Porque le ven así, se creen que aquí no hay ná. Y se equivocan. Honrao como el primero. En la guerra llevaba yo camiones grandes: botes de leche, motores, unos motorcitos pequeños... Y ná contao. Y ni cinco he tocao. Bueno, lo que tomaba por el camino, sí. Llegaba a un bar, pedía un café, abría un bote de leche, le echaba un chorro y les dejaba el bote. Pero sabían que podían tener confianza.

Su interlocutor asentía y le daba motivo para continuar:

—Yo no pido ná. Me gano la vida y como necesito poco, tengo bastante. Yo no voy a ningún lao, ni quiero saber nada de nadie. Ando solo, y cuando me canso me voy a casa y me estoy con mi mujer.

El tipo se le iba ofreciendo a Damián transido de calor humano. Teniendo a su mujer no necesitaba de más. Como él y Gloria, aunque en otra escala. Aprovechando la distracción de los demás le dió su propia copa de coñac. Le había desaparecido toda gana de comer a causa del estómago, lleno de líquido, que se dejaba notar pesado y blanduzco. El ambiente se le enturbiaba y las luces parecían restringir su círculo de alcance sin disminuir la potencia. El grupo le era tan normalmente visible como sí mismo, pero la perceptibilidad de lo que había tras ellos se perdía en un difuminado de sombras y rumores.

Le iba haciendo una calurosa cordialidad hacia su reciente amigo. Era muy de agradecer el favor de beberse su copa. Lo malo es que ya había aparecido otra ante él. La miraba angustiado. Pero con gesto entre pícaro y protector, se la quitó de entre los dedos el recitador apenas cogerla, y la vació de un sorbo, dejándosela otra vez en la mano.

—No se preocupe. Cuando el cuerpo no quiere más no hay que darle. Yo aguanto todo lo que me echen. Manuel

Rey, para servirle—una pausa después del trago—. Y si no, igual estoy sin probarlo. Una vez en la guerra...

Tudela cortó la anécdota. Se iban. Ya estaba al caer la bola de Gobernación, motivo de juerga, aunque no fuese aquella la ritual noche de fin de año.

Salió con ellos, pero se despidió a la puerta. Aún le insistió Tudela sobre la morenita, pero solo de oírlo se le removió por completo el estómago con una sensación de náusea. Les dijo adiós con la mano, y se volvió en sentido contrario, sin dirección definida. Se creía solo, cuando vio a su lado, la enteca figura del recitador.

—Voy hacia casa. Por allá ¿y usted?

—No tengo ná que hacer. Le acompañaré un poco,

Entonces se le despertó su pomposa y habitual verbosidad de chalán, con el sentido de superioridad que le dominaba en tales ocasiones.

—Y mañana, ¿qué, igual que hoy?

—¡A ver! Qué va uno a hacer. Escuche:

Confórmate con tu suerte;  
gánate el pan de cada día  
con el sudor de tu frente.  
Así harás honor al pie de la letra  
a lo que dijo el gran profeta.

—Exacto. Así pienso yo. Pero parece mentira, usted que es hombre listo, que ande así. Si no hay más que moverse un poco para ganar dinero a espuestas. Usted sabe hacer versos—para la apreciación de Damián poca diferencia había entre los que había oído y los que pudiera haber escrito el mejor poeta—. Yo no soy capaz ni de una aleluya. Gloria, mi mujer, es otra cosa. Si usted viese unos que hizo a la Virgen de las Angustias... Pero no tiene el talento que yo.

Triunfo en lo que quiero. Los abonos: tres partes de esto y dos de lo otro. Se busca lo que no se distinga de lo uno o lo otro. Y se puede mezclar. Se multiplica. Ja, Ja!

—Reía con una risa que sería difícil saber si era imbécil o llevaba en su espontaneidad una falsedad de sentimientos.— Los químicos, ¿para qué? Se va uno al café. Pregunta a un amigo. Media pregunta a otro. Lo que falta, al químico, con otras que no tengan nada que ver con el asunto para que no se oriente, y ya está.

—A mi no me interesan químicas ni químicos. Yo vivo modestamente, tengo mis gustos...

—¡Desgraciado!—una expresión conmiserativa que se trocó otra vez en protectora. Tú tienes capacidad para hablar, para convencer. Con dos chistes y tres versos de esos te ganas la clientela de una taberna de pueblo o un casino. Luego déjales hablar. Siempre vuelven a los mismos temas: las tierras, la cosecha—el licor parecía traerle la lucidez de sus mejores momentos.—Entonces tú: los abonos, la maquinaria, lo que lleves.

—Si, eso parece fácil, pero luego...

Damián se crecía en su afán protector.

—Tu serías un buen agente. Yo haría de tí un vendedor de primera. Te doy el doce por ciento, y puedes empezar mañana mismo.

Protestaba su acompañante.

—Pero señor, andar por ahí, por los pueblos, pasar calamidades...

Se indignaba Damián:

—Luega os quejáis. Se os da todo hecho, y no sois capaces. Te voy a hacer socio mío. Te pongo en una cuenta, dos mil duros, que ya me pagarás de tus comisiones. Te vistas, respiras y ¡hála, a volar! Para que veas si confío en ti y en lo que puedes ganar.—Se detuvo, el estómago parecía amenazar con convertirse en una masa sólida. Le vino un sabor agrio a la boca, y continuó—: Sois pobres y no quereis salir de pobres.



—Si yo no le pido nada, señor. Yo tengo gusto de dedicarle a usted una de mis poesías:

La esencia de la vida  
pasa por dos conductores  
como la electricidad...

Damián no quería más versos. Se reía:

—El perfume de la vida, que tú dices, sólo lo huelen los listos, los tontos no tienen que hacer más que dar a ganar a los demás, tú vales.

Le pasó una mano por el hombro. La actitud le dió una mayor seguridad, y entonces advirtió que antes de hacerlo, su paso se había ido haciendo blando e inseguro, y aumentó su hermandad con aquel individuo.

—Nada, mañana mismo te espero en casa.

Extrajo del bolsillo una tarjeta que el otro se echó a uno de sus colgantes bolsillos.

—Vas a verme y hablamos.

Se cogieron del brazo. Los pasos que habían dado desde la taberna les habían llevado a lo alto de Carretas. La inclinada calle estaba llena hasta la mitad de gentes que vociferaban y metían ruido. Un rumor general uniformaba los estruendos, de los que salía el ronco bramar de alguna descomunal zambomba.

Navidad. Alegría. Bullicio. Despreocupación. Conceptos que iban sustituyendo a los de inquietud, melancolía, tristeza, hogar, Gloria y carta, que le dominaron las horas anteriores. Le renacía un afán por celebrar la fiesta hogareña y universal.

—Tu y yo tenemos que ser muy amigos. Te voy a hacer ganar mucho dinero. Vamos hasta la Puerta del Sol. ¿No es hermoso esto de ver toda la gente junta como si se conociesen?

Se detuvo para comprar dos zambombas y dió una a

su compañero. Al principio no lograba arrancar a la caña más que una estridente vibración, a la que siguió una serie de repetidos aullidos, poco a poco transformables en un continuado zumbár. Su reciente amigo cantaba y se reía, haciéndole gracia la situación, o simplemente gozando, mezclado a la alegría general en un logro de lo que Damián pretendía sin conseguirlo.

El estruendo crecía, y no era fácil hacerse oír. Damián sonreía con ese gesto de labio afuera que quería ser cordial en sus momentos de concluir un trato. Miró a su compañero y le vió algo distanciado, entre cuatro individuos que saltaban envueltos en sábanas. Fué a acercarse, pero una fila que corría, agarrados de las manos y serpeando entre el tumulto, le echó a un lado. Después tuvo que empinarse sobre los pies para divisarle. En aquel momento, el otro también le vió y le hizo una señal alzando la zambomba. Pero le fué imposible acercarse. Un pandero inmenso le tapó la visión, y su retumbar le hundía en un oscuro vértigo. Continuó apartando gentes, aunque ya no trataba de reunirse con nadie, y fué a salir al lado opuesto de Alcalá entre Carmen y Montera. Por allí siguió, acera adelante, hasta su casa, manteniendo en la mano la zambomba, que colgaba, mustia, con la caña semiarrancada del parche. Se dió cuenta de pronto y la tomó para mirarla. El florón de papel estaba arrugado y medio despegado, la caña se desprendió totalmente al darle la vuelta. Entonces se le ofreció a la vista el herrumbroso bote de conservas que el papel coloreado encubría. Lo tiró al suelo y rodó lateralmente hasta brincar a los adoquines y detenerse en la boca de una alcantarilla.

Damián se había insensibilizado. El alcohol le pesaba y le impedía darse cuenta del camino que recorría. Con pasos torpemente seguros caminaba sin que interviniese su voluntad. Estaba en la Red de San Luis y torció maquinalmente a la izquierda. Recobró conciencia de sí al abrir la puerta de la calle. Luego, en vez de subir a la pensión, lo hizo a su propia casa. Aún buscó, casi sin proponérselo, una carta

bajo la puerta. Después llegó al dormitorio, desenrolló el recogido colchón y, a medio desnudar, con los calcetines y el chaleco puestos, se cubrió con una manta. Apagó la luz y segundos después le dominaba un sueño denso y plumizo.

Cuando salió de él, una línea de luz, filtrada por la persiana, le cruzaba el rostro. Abrió los ojos, repentina y totalmente despierto. Un acorchamiento de boca y tirantez de piel en la cara era lo único que le trajo al recuerdo la borrasca de la noche anterior. Se levantó y fué al cuarto de baño donde se lavó y afeitó. Estando en éstas oyó ruido en la puerta. Corrió hacia ella y halló, ya en el descansillo, a Gloria dando órdenes al portero y un taxista, que disponían en el suelo a su lado, maletas, paquetes, y una cesta que dejaba caer briznas de paja.

Mientras la veía distribuir las propinas, se acercó. Al tiempo de cerrar la puerta le dió un beso. Iba a repetirlo, pero Gloria le apartó:

—Venga, tonto. Para eso estamos ahora. Lleva estas cestas a la cocina.

Obedeció. Mientras, ella deshacía las maletas y le explicaba:

—Iba a salir ayer mañana, pero no pudieron llevarme hasta la noche a la estación. Figúrate qué viaje, toda la noche en el Correo.

Damián la contemplaba yendo de un lado para otro.

—Pero no estés ahí quieto. Haz algo. ¿Dónde has cenado anoche?

El dió una versión matrimonial de lo sucedido. De la oficina había ido derecho a casa, en el camino tomó un bocadillo de jamón en un bar, y ni siquiera quiso subir a la pensión. Tenía la esperanza de encontrarla o de que llegase

en la noche. Y tras ello se enredó en una de sus sempiternas declaraciones de amor. Gloria se apartaba su empalago y le explicaba:

—La tía ha quedado bastante bien. Tiene un remiendo para algún tiempo. Pero qué desorden; allí haría falta yo una temporada.

Damián se acercaba a dar un testimonio pleno de su asentimiento cuando un largo timbrazo en la puerta le llevó hasta ella.

Al abrir, con la estampa que se le ofrecía en el descansillo de la escalera, le volvieron recuerdos que no se le habían presentado desde que cayó rendido en el lecho. Ante él, muy peinado y con la corbata mejor hecha, estaba Manuel Rey, el recitador y poeta. Damián hubiera dado algo por haber podido espantarlo como a un animal, y le pasó por la mente el dar un portazo y ocultarse. Pero no era posible. El hombre le saludaba, y sonreía quitándose una visera negra:

—Usted disimule si vengo en mal hora. No he querido que usted pensara que no iba a hacer caso de su proposición. Porque trabajador uno sí que es, aunque digan...

Se oyó la voz de Gloria, preguntando inquisitiva:

—¿Quién es?

Contestó, embarazado, no sabiendo cómo zafarse del compromiso:

—Una visita mía.

—Pero no la tengas ahí. Pásale al despacho. ¡Ay que hombre!

Sin decir nada se dirigió a la habitación gravemente decorada con muebles tallados en un convencional estilo renacimiento, seguido por su amigo de la víspera. Allí continuaba éste sus explicaciones:

—He querido venir hoy mismo, aunque sea fiesta, para que vea usted que no soy mal trabajador, pero sí he venido en mal hora vuelvo luego. U otro día. No he podido dormir pensando en ese asunto. Porque también está uno cansado



de andar siempre en la calle.

Damián recobró el aplomo externo de los grandes momentos.

—¡Si es lo mejor, hombre! Envidia te tengo. Yo cambiaba hoy mis negocios por un poco de tranquilidad. ¿Tu sabes lo que es no tener un rato libre? El tener una expansión como anoche, es para mi un extraordinario. Nada, hombre, si eres el más feliz del mundo.

Su visitante se encogía, y la gorra pasaba de una mano a otra.

—Yo venía... como usted dijo...

—Si hombre, sí. Te dí la tarjeta equivocada. Mira ésta es la de mi oficina: Avila y Santos. Pásate por allí y ya encontraremos algo.

La voz de Gloria le llamó más imperiosa, desde lo profundo de la casa. Dejó un momento solo al visitante con temor no fuera a desaparecer en su bolsillo alguno de los artísticos objetos que había sobre la mesa. El diálogo fué breve y rápido.

—¿Quién es?

—Un asunto de la oficina.

—Pues que vaya a la oficina. Jesús, hijo, no te dejan un momento. Que se largue.

—Ya lo estaba haciendo.

De regreso al despacho, la delgada figurilla no se había movido. Damián hizo uso de la tajante capacidad que tenía para zanjar situaciones turbias. Echó mano al bolsillo, abrió la cartera, y sacó un billete de cincuenta pesetas.

—Toma, para que pases estos días. Y allá para marzo, que es cuando hay trabajo, te pasas por la oficina.

Con la mano en el hombro le llevó hasta la puerta. Cerró y volvió a quedar sentado de lado en uno de los sillones. El recibidor, a media luz, le favorecía los recuerdos de la noche anterior. Se veía del brazo de aquel individuo, prometiéndole quien sabe cuantas cosas, y hablándole de hermandad. Despedirle de aquella manera—porque aquello era

despedirle de mala forma, y ya se sabía que no lograría encontrarle en la oficina—no había constituido precisamente una bella acción. Pero ¿por qué le había prometido todo aquello la noche anterior? Claro que ¿por qué había estado tocando una zambomba? El y el otro, magnífica pareja habrían hecho los dos con sus zambombas. ¡Si Gloria les hubiese visto...!—Se estremeció. Pero él era quien había comprado las zambombas, él era quien habló e hizo promesas, él quien se mostró pródigo y generoso. De nuevo le turbaba el encuentro de sus sentimientos.

Una voz le volvió al presente. Gloria estaba en la habitación, abría los balcones, quitaba fundas de los muebles, le sacudía.

—¡Quita de ahí! ¿Pero qué te pasa? ¿Quién era?

Entonces explicó:

—Un pobre hombre que me buscaba. Nada. Un sablazo. Le he dado... cinco duros.

Medio le riñó su mujer.

—Ya me figuraba yo algo. Si eres tonto, todos se aprovechan de ti. Siempre te lo estoy diciendo. Nunca aprendes: Te pasas de bueno.

Y Damián Santos, entre afligido y satisfecho, soportaba la regañina, con una sonrisa culpable en que entraba el convencimiento de su bondad.

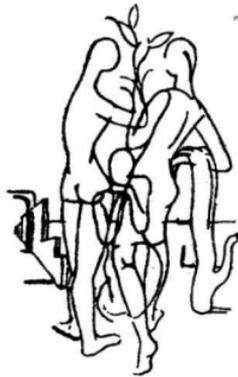
**PLANAS DE POESIA**  
**VIII**

Tirada de 200 ejemplares, numerados

**SE TITULAN LOS DIBUJOS:**

1. (Portada) 3, 4 y 5-Dibujos,  
por Eduardo Vicente.
2. Retrato de Jorge Campos,  
por Manuel Millares Sall.

**SE IMPRIMIO EL 24 JULIO DE 1950**  
**EN LA IMPRENTA ORTEGA,**  
**EN LAS PALMAS, AL CUIDADO**  
**DE LOS**  
**HERMANOS MILLARES SALL**  
**Y**  
**RAFAEL ROCA**





# CRUCIFIXION

FEDERICO GARCIA LORCA

PALABRAS  
DE  
FEDERICO

Ningún hombre verdadero cree ya en esa zandaja del arte puro, arte por el arte mismo.

En este momento dramático del mundo, el artista debe reír y llorar con su pueblo...

... el dolor del hombre y la injusticia constante que mana del mundo, y mi propio cuerpo y mi propio pensamiento, me evitan trasladar mi casa a las estrellas.

**CRUCIFIXION**

**FEDERICO GARCIA LORCA**

***Queda hecho el depósito  
que marca la ley.***

***EJEMPLAR Nº***



## NOTAS

de

MIGUEL BENITEZ INGLOTT

Federico García Lorca fué—es—uno de los más excelsos poetas de la literatura castellana.

He querido iniciar este esbozo con tan rotunda afirmación y me será obligado justificarla.

Para ello he de repetir cosas bien sabidas de todos los que se sienten efectivamente atraídos por la poesía. Ellos me perdonarán, porque no está de más intentar, otra vez, el convencimiento de cuantos persisten en una actitud, o de negativa, o—por lo menos—de indiferencia que merece la aplicación de aquel aforismo de Ovidio: *Ignotis nulla cupido*.

Ante todo: ¿qué es un poeta? El poeta es un hombre que por misterioso privilegio de la Divinidad—por estado de gracia, diría un místico—ve y siente la realidad de otra manera que los demás mortales. Yerra groseramente quien piensa que basta poseer en mayor o menor grado esa especial facilidad para rimar—faceta de una intuición musical—como título que permite cobijarse bajo el magnífico manto de la poesía. Entre los que se pretenden poetas, porque las consonancias se le ofrecen con cómoda profusión, y los copleros vulgares—algunos muy populares hemos conocido todos en nuestra ciudad—la distancia no es tan grande. Del auténtico poeta separa a ambos un abismo insondable.

Vive el poeta en un universo suyo, privativo, que él mismo se crea. Análogo al universo sonoro en que reinan los músicos: formado por recíprocas relaciones entre las

cosas. Un universo en el cual las sensaciones todas se ofrecen con lo que llamaríamos —siguiendo la comparación musical— sus *armónicos*. Un universo pleno de resonancias y reflejos. Un universo, en fin, mucho más amplio, mucho más opulento que el pobre universo que es nuestro patrimonio común, porque está poblado, enriquecido, con *bello detalles*, —decía Voltaire—, y que el poeta percibe por obra únicamente de su estado de *gracia* y que permanece escondido para todos los demás hombres a quienes está misteriosamente negado.

Pero no se confunda esa especial disposición *mística* para fabricarse un universo más abstracto, más amplio que el universo real, con lo que suele llamarse, con palabra vana, *inspiración*. La *mens divinator* de Horacio no existe, ni en poesía, ni en arte alguno. Como han señalado las más altas autoridades de la moderna estética, no hay nada más deleznable que la epiléptica sibila de Cumas con sus vociferaciones —*Ecce Deus*— seguidas de una retahíla de palabras sin sentido y, además, indigentes de musical contenido. Está claro que la referencia es a la inspiración tal y como se suele entender corrientemente. Porque hay otra cosa a la que cuadra perfectamente tal denominación, y Napoleón, con la precisión de su espíritu matemático, la definió exactamente como la espontánea solución de un problema largamente meditado. Y así puede decirse que un poeta estuvo inspirado cuando, en su mente, conceptos, ritmos y formas —en todo o en parte (el terceto, el cuarteto, el soneto total)— se precisaron e hicieron carne. Esta disquisición me parecía necesaria pues es sabido cuánta averiada mercancía literaria —y musical, no digamos— se cubre con la bandera de la *inspiración*. Se invocan las Musas —y hasta el Espíritu Santo— para una tercera que oculta la incapacidad y la incompetencia.

No se crea que ese universo poético es, en absoluto, cosa diversa del universo real. No. No se le superpone. Lo envuelve, como la atmósfera a la tierra, porque todas las abstracciones que lo forman tienen sus raíces en las realidades del pobre mundo sensible que es patrimonio común de los poetas y de los que no lo son. Estos son incapaces de volar; de aquéllos, unos —los más— apenas si pueden, como los murciélagos, elevarse hasta los aleros; otros ascienden a mayores alturas pero no pueden perder de vista la tierra; y otros, como los condores ciegos de que nos habló Rubén Darío, llegan a regiones inaccesibles. Pero todos cobran su impulso de la misma realidad.

Por ejemplo: Valéry —uno de los más grandes poetas contemporáneos— en su poema *Le Cimetière Marin* dijo: las barcas *picotean* —*picorent*— sobre el mar como si fueran una bandada de aves marinas.

La expresión causó escándalo y el autor la explicó en una ocasión de manera sencilla y total. Los marineros dicen —en francés; en castellano hay expresión semejante— que una barca *pique du nez*, cuando cabecea. Es evidente que la comparación se deducía lógicamente del dicho popular, en el cerebro del poeta y la palabra discutida se incrustó en el verso, como una consecuencia natural.

Federico cortaba raramente el hilo sutil que le mantenía en contacto con la realidad. Incluso, cuando —como en muchas de sus *Canciones*— parece que se deja arrebatar por la embriaguez musical de los vocablos, como un músico se deleita en una sucesión de acordes o en un contraste de timbres orquestales. Cuantos le conocimos con cierta intimidad sabemos que el origen de aquellos versos estuvo en algo, a veces mínimo, que

le sirvió de trampolín para el salto a las excelstudes poéticas. Aquellos «interminables trenes»...

### de rosas maniatadas por los comerciantes de perfumes

de *Oficina y Denuncia* fueron, acaso, inspirados por la contemplación, forzosa o fortuita, de un vulgar momento del tráfico en la populosa ciudad americana. Yo no entendí ciertos versos del maravilloso romance *San Miguel*:

Arcángel domesticado  
en el gesto de las doce

hasta que subí, en un luminoso atardecer, a San Miguel el Alto, en Granada. Ni comprendí aquel trozo del *Romance del Emplazado*:

Será de noche, en lo oscuro,  
por los montes imantados,  
donde los bueyes del agua  
beben los juncos soñando

y el otro verso precedente:

Los densos bueyes del agua  
embisten a los muchachos

sino cuando supe que, en Andalucía, los campesinos llaman *bueyes del agua* a los caudales profundos que se deslizan lentamente a través de los campos para dar una idea de cuánta es la potencia de aquel manso discurrir de las aguas.

El verdadero poeta está siempre atento a las excitaciones extrañas; y, naturalmente, también a las que la inteligencia profusamente le ofrece y que no son, sólo, las que en opulenta frondosidad se forman de la semilla de una sensación singular, en muchas ocasiones sin importancia, sino también las que tienen su raíz en las realidades sin realidad de la imaginación como aquel absurdo:

...affreux soleil noir d'ouú rayonne la nuit

del magnífico verso de Víctor Hugo.

Excitaciones sensibles y excitaciones intelectuales se tejen en su mente para la labor de creación del universo poético, el cual, desgraciadamente, es como el aire para las aeronaves y las aves: está lleno de depresiones—de *baches*, como se dice—que precipitarían inevitablemente al poeta a tierra, a la prosa. El poeta ha de luchar continuamente

con ese peligro; y lo hace en un ingente trabajo de fría selección, obra de razón, de lucidez, para mantenerse dentro de la atmósfera de la poesía. Labor tremenda y, además, baldía en buena parte, porque eliminar totalmente los elementos prosaicos es imposible. Por eso no hay poema, en todas las literaturas, sin desfallecimientos; y, a veces, de una larga tirada de versos, se salva uno solo, que se nos aparece resplandeciente como un lucero, con la más intensa luz poética.

En ese trabajo, que es de purificación y que nos placería detallar por el malsano placer de escandalizar a tanta gente que oyerá llamar *impurezas* de la poesía a la filosofía y a los mismos preceptos gramaticales; a la lógica y a las mismas emociones inmediatas; al didactismo, al simple relato; a la pintura; a la palabrería y a la elocuencia—(los versos de Iriarte en *La Música* dicen, por ejemplo, muchas cosas con lógica, con acierto y hasta con elegancia, pero sin poesía)—el poeta sólo cuenta para llevarlo a cabo, con la herramienta que le es propia: el lenguaje.

Valery—vuelvo a citarlo—ha dicho que si tuviera que dar a la palabra una humana representación la dotaría de tres rostros. Uno, informe, significaría la palabra vulgar, la que muere apenas nacida, la que se convierte en el pan que se pide, en el camino que se indica, o en la ira del injuriado. Otro rostro, de trazos más nobles, con grandes ojos entusiastas, y el cuello poderoso y robusto que los escultores griegos atribuyeron a las Musas, vertería de su boca un caudal cristalino de agua eterna. Y el tercero poseería una fisonomía sobrehumana, con las rígidas y sutiles líneas con que los egipcios dibujaban a sus dioses. Esta prodigiosa y poética invención de Valery separa, diversifica, mejor que centenares de explicaciones, los aspectos del lenguaje, como simple medio material de comunicación entre los hombres, como medio material de comunicación espiritual y como expresión de lo indecible, de lo inefable mismo.

Las palabras son las mismas para todos, están al alcance de cualquiera y nadie puede erigirse en señor y amo absoluto de ellas. Pero también, el lenguaje está dotado de esa fuerza de expansión que los sabios de hoy han descubierto en el universo físico; y como las nebulosas se alejan, se separan, las palabras tienden a separarse, a alejarse de sus significados concretos y originales. Los ejemplos abundan, aún en el habla corriente. Aprovechando ese poder de expansión, el poeta imprime a los vocablos una transformación análoga a la que los siglos les impusieron. Los carga de un potencial sorprendente que amplía hasta el infinito sus acepciones y los liga en relaciones complicadas y sutiles. El poeta dice: *una fruta*, y esta sencilla palabra le guía por senderos increíbles. En sus manos, las expresiones verbales son como los átomos de hidrógeno y oxígeno en el *agua pesada* de que ahora se habla tanto: los mismos átomos de hidrógeno y de oxígeno del agua de los mares y de los ríos; pero han soportado la misteriosa influencia eléctrica, y, por ello, asumen una función en el desenvolvimiento de la energía, nexo de la materia.

Y no sólo eso, sino que las palabras tienen, además del propio, y de sus poéticos significados, una belleza y un valor característicos, privativos, que depende de su eufonía siempre, y otras veces de su colocación en la frase, del adjetivo que la colorea, del adverbio que la precisa, de todos los artificios gramaticales, en fin.

¡Qué inmensa riqueza para el poeta auténtico! Hay en todas las literaturas grandes poemas—*Las Geórgicas*, por ejemplo—pobres de sentido poético, pero plétoricas de



En otras, un sencillo fenómeno físico le inspira una admirable poética:

Vuelan en la araña gris  
siete pájaros del prisma

en la que veo un lejano parentesco con el *ramillete con alas* de Calderón.

A veces un simple detalle es pretexto para una traslación atrevida como en el verso citado de *Oficina y Denuncia*, o como en el *Martirio de Santa Olalla*, cuando dice:

Por el suelo, ya sin norma,  
brincan sus manos cortadas  
que aún pueden cruzarse en tenue  
oración decapitada.

Con osada expresión, siempre breve, traza la pincelada definitiva de un paisaje, o de un elemento del paisaje, y huye de caer en el énfasis, o en el prosalismo. Y dice:

Una dura luz de naipe

o bien:

El aire cristaliza bajo el humo  
ojo de gato triste y amarillo

y también:

La noche llama temblando  
al cristal de los balcones,  
perseguida por los mil  
perros que no la conocen

Agosto,  
contraponentes  
de melocotón y azúcar,  
y el sol dentro de la tarde,  
como el hueso de una fruta.

Cuando Federico ataca temas elevados, como en la *Oda al Santísimo Sacramento del Altar*, su maestría para eludir los escollos filosóficos y salvar la poesía, es maravillosa.

Vivo estabas, Dios mío, dentro del ostensorio.  
Punzado por tu Padre con agujas de lumbre

dice, para afirmar la presencia real.

Panderito de harina para el recién nacido.  
Brisa y materia juntas en expresión exacta  
por amor de la carne que no sabe tu nombre

añade con poético concepto que no puede motivar la más mínima objeción de la ortodoxia católica. Y completa su adoración con aquellos dos cuartetos magníficos:

¡Oh, Forma sacratísima, vértice de las flores,  
donde todos los ángulos toman sus luces fijas,  
donde número y boca construyen un presente  
cuerpo de luz humana con músculos de harina!  
¡Oh, Forma limitada para expresar concreta  
muchedumbre de luces y clamor escuchado!  
¡Oh, nieve circundada por témpanos de música!  
¡Oh, llama crepitante sobre todas las venas!

en los que se encierra la doctrina de la transustanciación y se invoca la veneración de millones de almas.

Y más adelante—en *Mundo*—unas terribles palabras:

...Triste noche del mundo.  
Dos mitades opuestas y un hombre que no sabe  
cuándo su mariposa dejará los relojes

para expresar la tragedia moral de los hombres por igual solicitados por las fuerzas contrarias del mundo e ignorantes del minuto en que el alma se ausentará del tiempo. Y la esperanza en Jesús, defensa contra las desenfundadas pasiones de:

corazones lanzados a quinientos por hora.

Yo había elegido otros versos de Federico para mostrar la solar magnitud de su poesía—el maravilloso *Asesinato* que cuenta entre los Poemas de Nueva York: el soneto *Adán*; el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* donde está aquella escalofriante descripción del delirio:

Huesos y flautas suenan en su oído  
El toro ya mugía por su frente  
El cuarto se irisaba de agonía  
Las heridas quemaban como soles  
y el gentío rompía las ventanas

y tantos y tantos más. Citarlos todos harían interminable este trabajo.

Pero no quiero ni puedo prescindir de evidenciar aquel supremo dominio de Federico para construir las más pasmosas figuras poéticas.

Lo mismo cuando, acordándose del Poema de Mío Cid,—*apriessa cantan los gallos y quieren quebrar albores*—, escribe en el *Romance de la Pena Negra*:

Las piquetas de los gallos  
cavan buscando la aurora

que cuando dice en versos magníficos:

La hoguera pone al campo de la tarde,  
unas astas de ciervo enfurecido

o cuando, a la pregunta: *¿A dónde vas?*, hace que el mar responda:

Río arriba voy buscando  
fuente donde descansar

o, si Adán sueña:

Un niño que se acerca galopando  
por el doble latir de su mejilla

para quemarse luego en:

neutra luna de piedra sin semilla

subrayada expresión de la aridez y la esterilidad, Federico se nos muestra como el poeta máximo porque no se descubre en su juego ni el esfuerzo que tantas veces se advierte en Calderón, ni la contorsión que en ocasiones descubrimos en Góngora.

¡Y qué decir del cuidado en la selección de los vocablos! Sería necesario citar todo entero el *Poema del Cante Jondo*; citar, una por una, sus *Canciones*; el *Diván del Tamarit*; los versos de sus obras dramáticas, tan geniales, esperanza cierta de un soñado teatro español...

En cuanto a su maestría en las formas, léanse las primorosas décimas de *Doña Rosita la Soltera* o las más profundas de *Normas*; considérese la revalorización que hizo del romance, a tal punto que lo ha dejado imposible para quienes no puedan verter en tan fácil forma periclitada, un contenido poético como el que era su patrimonio, y estúdiense sus sonetos, los mejores que se han escrito en castellano después de Lope. Y se han perdido, desgraciadamente, la mayoría de aquéllos que oí de su boca y que habían de ser publicados con el título de *Sonetos del Amor Oscuro*. De ellos, conservé solamente en mi memoria—Federico no gustaba de que sus versos inéditos fueran copiados—aquél que empieza:

Tengo miedo a perder la maravilla  
de tus ojos de estatua, y el acento  
que de noche me pone en la mejilla  
la solitaria rosa de tu aliento

publicado en Madrid por la Revista *Romancero*. Me parece también reconocer otro, en el inserto en el volumen VI de las Obras Completas editadas en Buenos Aires por Losada. *Amor de mis entrañas, viva muerte...*; pero guardo la triste obsesión imposible de los demás; de aquél, sobre todo, que se titulaba: *En la visita a la ciudad encantada de Cuenca*, del que mi recuerdo sólo posee un verso:

Viste el pedazo azul de luna rota

maravillosa figuración poética del gran pedruzco azulado que recordarán todos los que han visto aquel fantástico paraje.



Federico fué amigo mío. Como mis ocupaciones me retenían muchas horas al día, no eran muy frecuentes nuestros encuentros. Pero por eso mismo, eran más alegres y solían motivar las llamadas telefónicas a otros—Rafael Martínez Nadal; el malogrado escultor Emilio Aladren etc.—que también veían a Federico de tarde en tarde, para comer o cenar juntos; ocasiones en que él nos daba cuenta de sus proyectos y nos hacía conocer las primicias de sus obras. Recuerdo una comida en el *restaurante* Bellavista de Madrid, a cuyo final nos leyó una terrible y magnífica escena—la única escrita, entonces—de la tragedia sin título aún, que había de tener por argumento el pasaje bíblico de la destrucción de Sodoma.

Mi admiración era plenamente suya, y él lo sabía. De lo que, acaso, no se daba cuenta, era de cómo se agigantaba mi afecto ante la generosidad de su espíritu en toda ocasión evidenciada; de su honradez total; y de su profundo y elevado sentimiento religioso, insospechado para tantos. Con todo ello, una singular disposición para aceptar y apreciar cualquier manifestación de arte, y un profundo sentido crítico. Y su alegría, aquella alegría de la que se han hecho lenguas todos sus biógrafos y comentaristas.

Lo ví por última vez, allá por el mes de Mayo de 1936. Aunque no puedo precisar la fecha, fué un día de la segunda decena del mes.

Puede ser que en mi admiración sin límites y, naturalmente, en lo que escrito queda, vean algunos el eco de mi amistad. Pero yo creo ser imparcialmente justo, al proclamar a Federico García Lorca digno compañero de los más preclaros poetas de habla castellana.

Me queda por hacer la historia del manuscrito de *Crucifixión* que *Planas de Poeta* tiene la honra y la gloria de publicar por primera vez.

Federico me regaló, en ocasión de su estancia en Barcelona, en el invierno de 1935, escrito a lápiz, el original. Como es hábito en mí, lo guardé en uno de sus libros. Cuando me lo pidió—según atestiguan las cartas que también se publican—no me fué posible encontrarlo. Lo buscaba anhelante, cuando estalló la guerra. Marché a Madrid en los primeros días de Agosto dejando en Barcelona todos mis libros. Sólo en Mayo de 1939 pude volver a hacerme cargo de ellos, y un día, entre las páginas del *Romancero Gitano*, encontré el manuscrito que era ya una reliquia.

Más tarde, en Canarias, se me extravió de nuevo de manera extraña: hasta tuve el pensamiento—Dios me lo perdone—de que me había sido sustraído. Y otro buen día, entre las hojas del mismo *Romancero*, tuve la alegría de hallar el precioso escrito que en estos días—porque sé los míos contados—he regalado a otro gran poeta que comparte conmigo la veneración a la memoria de Federico y la admiración por su obra, Agustín Millares Sall, como he hecho don por las mismas razones a su hermano, también poeta auténtico, José María, del original de *Oficina y Denuncia* y a Rafael Roca, el culto y buen amigo. *Homenaje a Maupassant*, en prosa, escrito éste a máquina, pero con largas e importantes correcciones de puño y letra de García Lorca.

En cuanto a las correcciones al Soneto en la muerte de Pepe Ciria, las cosas ocurrieron de esta manera: Una tarde, en Barcelona,—debió ser en 1935—Federico, en mi casa, tomó en sus manos la *Antología* de Gerardo Diego. Hojeándola, se detuvo en la página donde estaba inserto—que es la reproducida—y me pidió un lápiz. Hizo las enmiendas y dijo: *Así está mejor*.

Sr. Don Miguel Benítez

Queridísimo Miguel: Estoy poniendo a máquina mi libro de Nueva York para darlo a las prensas el próximo mes de Octubre; te ruego encarecidamente me mandes a vuelta de correo el poema Crucifixión puesto que tu eres el único que lo tienes y yo me quedé sin copia. Desde luego irá en el libro dedicado a tí.

Por primera vez en mi vida dicto una carta que está escrita por mi secretario.

Miguel, ten la bondad de ser bueno y mandarme ese poema, porque es de los mejores que llevará el libro. Estoy trabajando mucho, ya terminé Rosita la soltera. Nos veremos pronto por Barcelona. Abrazos:

J. P. [Signature]

F. [Signature]

carrete de vuelta a Alcalá 102

Carta dirigida a Don Miguel Benítez desde Madrid, sin fecha, en la que le pide el original del poema *Crucifixión*, por estar preparando la edición del libro *Poeta en Nueva York*. Y afirma: «es de los mejores que llevará el libro.»

Madrid 14 de Agosto de 1935

Querido Miguel:

Hace unos días te escribí una carta rogandote me enviaras mi poema Crucifixión, que guardas tú. Como no he recibido contestación te lo vuelvo a recordar, suplicandote no desjes de hacerlo pues es de los poemas más interesantes del libro y no quiero que se pierda.

Recibe un abrazo muy fuerte de:

Federico

¿Tienes tu también un poema que se llama  
Pequeño poema infinito?

Carta dirigida a Don Miguel Benítez desde Madrid, con fecha 14 de Agosto de 1935. Insiste en la petición del poema *Crucifixión* y vuelve a afirmar: «es de los poemas más interesantes del libro». Cita el *Pequeño poema infinito* que se ha publicado en *Cartas a sus amigos* de Federico García Lorca. Barcelona, 1950. Edic. Cobarzo, pág. 97.



La muchachita estaba en la casa  
 y la lluvia baja a...  
 y la muchachita se...  
 traía mal de la vaca  
 tiene las tetas llenas de...  
 como los faros...  
 la sangre...  
 chistaba aquella...  
 se cayó el...  
 siempre la llama largo con agua...  
 de los caballos...  
 por la doble...  
 por mal de la vaca...  
 que no desara...  
 se al...  
 siempre los...  
 la tierra del...  
 1929

## CRUCIFIXION

La luna pudo detenerse al fin [por] la curva blanquísima de los caballos.  
Un rayo de luz violeta que se escapaba de la herida  
proyectó en el cielo el instante de la circuncisión de un niño muerto.

La sangre bajaba por el monte y los ángeles la buscaban,  
pero los cálices eran de viento y al fin llenaba los zapatos.  
Cojos perros fumaban sus pipas y un olor de cuero caliente  
ponía grises los labios redondos de los que vomitaban en las esquinas.  
Y llegaban largos alaridos por el Sur de la noche seca.  
Era que la luna quemaba con sus bujías el falo de los caballos.  
Un sastre especialista en púrpura  
había encerrado a las tres santas mujeres  
y les enseñaba una calavera [por] los vidrios de la ventana.  
Las tres en el arrabal rodeaban a un camello blanco  
que lloraba porque al alba  
tenía que pasar sin remedio por el ojo de una aguja.  
¡Oh cruz! ¡Oh clavos! ¡Oh espina!  
¡Oh espina clavada en el hueso hasta que se oxiden los planetas!  
Como nadie volvía la cabeza, el cielo pudo desnudarse.  
Entonces se oyó la gran voz y los fariseos dijeron:  
Esa maldita vaca tiene las tetas llenas de leche.  
La muchedumbre cerraba las puertas  
y la lluvia bajaba por las calles decidida a mojar el co[razón]  
mientras la tarde se puso turbia de latidos y leñadores  
y la oscura ciudad agonizaba bajo el martillo de los carpinteros.

Esa maldita vaca  
tiene las tetas llenas de perdigones,  
dijeron los fariseos.  
Pero la sangre mojó sus pies y los espíritus inmundos  
estrellaban ampollas de laguna sobre las paredes del templo.  
Se supo el momento preciso de la salvación de nuestra vida  
porque la luna lavó con agua  
las quemaduras de los caballos  
y no la niña viva que callaron en la arena.  
Entonces salieron los fríos cantando sus can[ciones]  
y las ranas encendieron sus lumbres en la doble orilla del río.  
Esa maldita vaca, maldita, maldita, maldita  
no nos dejará dormir, dijeron los fariseos,  
y se alejaron a sus casas por el tumulto de la calle  
dando empujones a los borrachos y escupiendo sal de los sacrificios  
mientras la sangre los seguía con un balido de cordero.

Fué entonces  
y la tierra despertó arrojando temblorosos ríos de polilla.

18 Octubre  
New York  
1929.

Segunda redacción definitiva. Las variantes de la primera no alteran la idea frontal del poema.

Ms. propiedad de Agustín Millares Sall.

## ***OTROS POEMAS***

## EN LA MUERTE DE JOSE DE CIRIA Y ESCALANTE

¿QUIEN dirá que te vió, y en qué momento?  
 ¡Qué dolor de penumbra iluminada!  
 Dos voces suenan: el reloj y el viento,  
 mientras flota sin ti la madrugada.

Un delirio de nardo ceniciento  
 invade tu cabeza delicada.  
 ¡Hombre! ¡Pasión! ¡Dolor de luz! Memento.  
 Vuelve hecho luna y corazón de nada.

Vuelve hecho luna: con mi propia mano  
 lanzaré tu manzana sobre el río  
 turbio de rojos peces de verano.

Y tú arriba, en lo alto, verde y frío,  
 ¡olvidate! Y olvida el mundo vano,  
 delicado Giocondo, amigo mío.

tristísimo

Es reproducción del poema publicado en *Poesía española. Antología*. Madrid, 1934.  
 Edic. Gerardo Diego, pág. 427 n.º 3. Ejemplar propiedad de Don Miguel Benítez Inglott, corregido  
 por el mismo García Lorca.

## CANCION

Si tu oyeras  
a la amarga adelfa sollozar,  
¿qué harías, amor mío?  
¡Suspirar!

Si tu vieras que la luz  
te llama cuando se va,  
¿qué harías, amor mío?  
Pensaría en el mar.

Si yo te dijera un día  
—¡te amo!— desde mi olivar,  
¿qué harías, amor mío?  
¡Clavarme un puñal!

CanCIÓN inédita, escrita a máquina, propiedad de Don Miguel Benítez Inglott.

## **SEGUIDILLAS**

*de*

**JOSE MARIA MILLARES SALL**

Yo tengo, Federico,  
la carretera  
que canta por el río  
tu vida entera.

Yo tengo, Federico,  
los olivares,  
y el viento que te dijo:  
cantad, cantares.

Yo tengo, Federico,  
el corazón  
que se busca en el río  
de tu canción.

Yo tengo, Federico,  
rosa en la noria,  
la palabra en el filo  
de tu memoria.

Yo tengo, Federico,  
de Andalucía,  
la guitarra en el vino  
de tu alegría.

Yo tengo, Federico,  
la campanada  
que en el campo te canta  
de tu Granada.

Y siempre, Federico  
García Lorca,  
por mi sangre tu nombre  
de boca en boca.

Yo tengo, Federico,  
la más sencilla  
seguidilla que vino  
de tu Sevilla.

Yo tengo, Federico,  
las marineras  
gaditanas de Cádiz  
por peteneras.

Yo tengo, Federico,  
la romería,  
que te canta en el nombre  
de tu Almería.

Yo tengo, Federico,  
por mi cintura,  
donde Córdoba baila,  
un toro miura.

Yo tengo, Federico,  
Málaga sola  
en tu vaso de sangre  
tan española.

Yo tengo, Federico,  
la madrugada  
jaenesa del alba  
de tu alborada.

Yo tengo, Federico,  
a los mineros,  
en tu Huelva del alma  
por compañeros.

**GRANADA OSCURA**

*de*

**AGUSTIN MILLARES SALL**

El pulso se me ha abierto como una herida oscura  
al borde de una alondra de recuerdos demente  
desde que la explosión que dispersó los astros  
demostró que manchaban los sesos las paredes.

El paladar dormido del hombre indiferente  
siente sobresaltado cómo la sed discurre  
a través de la muda galería del llanto  
donde la angustia crece como enhebrando túneles.

Por más que a la razón se le ponen candados  
la ausencia del poeta se conoce por nada.  
La mañana cojea y el aire se extravía.  
No hay ola que descubra fácilmente una playa.

La sangre pone un muro de fuego ante los ojos  
para impedir que el hombro sostenga el firmamento.  
Se pasan de la raya las aguas de los ríos  
y el monte no respeta la frontera del vértigo.

El campo es hoy más fértil que nunca porque abona  
su corazón la muerte del poeta más alto.  
La tormenta se aparta para que pase el puño  
genitor de la furia que no tiene relámpago.

Nada tiene sentido después de los disparos.  
Ni la planta respira para calmar la sed.  
El sol no se aventura por la calle homicida  
ni en una sola orilla la verdad hace pie.

Pero el fruto dilata la corteza terrestre  
y el pez rompe la dura superficie del agua.  
No importa que parezca la ciudad tan oscura.  
La claridad no puede morir asesinada.

# **PLANAS DE POESIA**

**IX**

Tirada de 500 ejemplares, numerados.

**Portada: FEDERICO GARCIA LORCA, de  
Manuel Millares Sall.**

**Notas de Miguel Benitez Ingloff.**

**Notas bibliográficas de Aurina Rodriguez.**

**Seguidillas de José María Millares Sall.**

**Granada Oscura de Agustín Millares Sall.**

**SE IMPRIMIO EN SEPTIEMBRE DE 1950,  
EN LA IMPRENTA ORTEGA,  
EN LAS PALMAS, AL CUIDADO  
DE LOS  
HERMANOS MILLARES SALL  
Y  
RAFAEL ROCA**

PALABRAS  
PARA  
FEDERICO

Su *verde viento* nos  
tocó a todos, dejándonos  
su eco en los oídos.

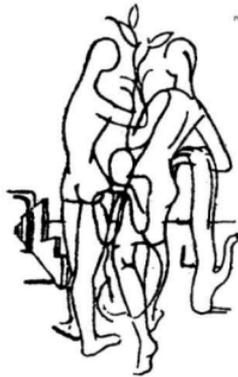
Tu nombre, tu recuerdo,  
echan raíces en España,  
en el corazón de toda  
nuestra tierra.

... con ese mismo pueblo  
dolorido y magnífico de  
tus romances, guardamos  
tu recuerdo, y celebramos  
tu memoria con el mismo  
fervor que a un Garcilaso de  
la Vega sus poetas amigos.

*Rafael Alberti.*

Era un relámpago físico,  
una energía en continua  
rapidez, una alegría,  
un resplandor, una ternura  
completamente sobrehumana.  
Su persona era mágica y  
morena, y traía la felicidad.

*Pablo Neruda*



**ESTA EDICIÓN FACSIMILAR  
DE PLANAS DE POESÍA [1949-1951]  
ACABÓ DE IMPRIMIRSE EN LOS TALLERES  
DE NUEVA GRÁFICA (LA LAGUNA)  
EL 10 DE FEBRERO DE 1995**